

[DE DOCTRINA CHRISTIANA.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DE DOCTRINA CRISTIANA.

Hemos cuidado de anteponer a los opúsculos exegéticos, que este tercer tomo comprende, los libros de Doctrina Cristiana, cuyo argumento se refiere a que seamos instruidos con ciertos documentos y preceptos necesarios para la comprensión y el tratamiento de las Sagradas Escrituras. Es una obra elaborada con esmero por la dignidad del asunto, y ciertamente no indigna de que se le conceda un lugar en el umbral de la Biblia junto con las prefaciones jeronimianas. Agustín la comenzó, como entendemos por la serie de Retracciones, poco después de haber asumido el episcopado, es decir, en el año trescientos noventa y siete de Cristo, y cuando había llevado el trabajo solo hasta la parte del libro tercero que ahora lleva el número 36, no pudo impedir que saliera inmediatamente al público: ya que en los libros contra Fausto, escritos alrededor del año cuatrocientos, menciona un pasaje de él sobre los egipcios despojados por los hebreos por orden de Dios, con estas palabras: "Qué prefiguró, ya lo puse, según recuerdo, en algunos libros que titulé sobre la Doctrina Cristiana, tanto como se me ocurrió entonces" (Lib. 22, cont. Faust. c. 91). Posteriormente, al revisar sus opúsculos, al encontrarlo incompleto, quiso terminarlo antes de proceder a revisar otros: y entonces no solo completó el tercer libro, sino que también añadió un cuarto, alrededor del octavo año de su viaje a Mauritania Cesariense, es decir, en el año 426 o 427 de Cristo, como observamos aquí en el capítulo vigésimo cuarto del mismo cuarto libro.

Los argumentos de los libros son estos. En el primer libro, hecha la partición de la obra, se emprende el tratamiento de las cosas: una vez explicadas, se enseña que la plenitud y el fin de la Ley y de todas las Escrituras divinas es el amor de la cosa que debe disfrutarse, y de la cosa que puede disfrutarse con ella, es decir, de Dios y del prójimo.

En el segundo libro se discute sobre los signos y las palabras de la Sagrada Escritura. Y dado que su sentido a menudo no se percibe ya sea por ignorancia de los signos o por su ambigüedad, Agustín, después de presentar el canon de los Libros divinos, procede a declarar qué conocimientos de lenguas y qué disciplinas y ciencias contribuyen a eliminar esa ignorancia de los signos. Donde, dada la ocasión, trata sobre el rechazo de las artes supersticiosas. También declara cómo debe estar dispuesto el ánimo de quien va a dedicarse al estudio de las Escrituras, al principio y al final del libro.

En el tercer libro, el Santo Doctor pasa a considerar la ambigüedad que puede ocurrir tanto en los signos propios como en los trasladados: discute cuidadosamente de qué fuentes surge esta ambigüedad y de qué manera puede eliminarse. De aquí ofrece reglas para discernir si una locución es figurada; y si es figurada, cómo debe explicarse. Luego examina individualmente las siete Reglas de Ticonio.

Hasta aquí sobre la investigación del sentido de la Escritura. Ahora bien, en el cuarto libro trata sobre la disertación, y allí persigue las partes y los deberes del orador cristiano; a quien propone imitar a los autores de las Sagradas Escrituras y a los doctores eclesiásticos, presentando ejemplos de sana elocuencia en diversos géneros de discurso tomados de sus escritos. Finalmente, exhorta al mismo eclesiástico a que, en primer lugar, se dedique a la oración; y que lo que enseña a otros con palabras, lo muestre completamente con su vida y costumbres.

Esta misma obra fue mandada copiar por Angilberto, abad de Corbie, para el uso de Luis, rey de los francos, hermano de Carlomagno, como atestiguan los versos prefijados al frente del

códice de Corbie, en los cuales se leen estos entre otros: "Este humilde abad mandó fabricar este librito, Angilberto, vil y pequeño: para que lo diera él, sostenido por el piadoso numen celestial, al rey Ludovico, que es piadoso y humilde."

SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA, CUATRO LIBROS.

Prólogo. No es superfluo enseñar la doctrina sobre la interpretación de la Escritura.

1. Hay ciertos preceptos para tratar las Escrituras, que veo que pueden ser enseñados convenientemente a los estudiosos de ellas; para que no solo progresen leyendo a otros que han desvelado los misterios de las Divinas Letras, sino también desvelándolos ellos mismos a otros. He decidido enseñar esto a quienes desean y pueden aprender, si Dios y nuestro Señor no me niegan, al escribir, lo que suele sugerir al que piensa sobre este asunto. Antes de comenzar, me parece que debo responder a aquellos que van a criticar esto, o que lo criticarían si no los aplacáramos antes. Y si algunos lo critican incluso después de esto, al menos no moverán a otros, ni los apartarán del estudio útil hacia la pereza de la ignorancia, a quienes podrían mover, si no los encontraran prevenidos y preparados.

2. Algunos criticarán esta obra nuestra, cuando no entiendan lo que vamos a enseñar. Otros, cuando quieran usar lo que han entendido y se esfuercen por tratar las Escrituras divinas según estos preceptos, y no puedan abrir y explicar lo que desean, pensarán que he trabajado en vano; y porque ellos mismos no serán ayudados por esta obra, juzgarán que nadie puede ser ayudado. Un tercer tipo de críticos son aquellos que realmente tratan bien las Escrituras divinas, o creen que las tratan bien: quienes, como no han leído ninguna de estas observaciones que ahora he decidido enseñar, creen o piensan que han adquirido la capacidad de exponer los Libros sagrados, clamarán que nadie necesita estos preceptos, sino que todo lo que se desvela laudablemente de las oscuridades de esas Letras puede hacerse por don divino.

3. A todos estos respondo brevemente, a aquellos que no entienden lo que escribimos, les digo esto: que no deben criticarme porque no entienden esto; como si quisieran ver la luna vieja o nueva, o alguna estrella poco clara, que yo señalara con el dedo; y ellos no tuvieran suficiente agudeza visual para ver ni siquiera mi dedo, no deberían por eso enojarse conmigo. Aquellos que, incluso conociendo y comprendiendo estos preceptos, no pueden ver lo que está oscuro en las Escrituras divinas, deben pensar que pueden ver mi dedo, pero no las estrellas a las que se dirige. Que dejen de criticarme, y pidan a Dios que les conceda la luz de los ojos. Porque si puedo mover mi miembro para señalar algo, no puedo también encender los ojos, con los que se vea tanto mi señalización como aquello que quiero señalar.

4. Ahora bien, la conmoción de aquellos que se regocijan en el don divino, y se glorían de entender y tratar los Libros sagrados sin tales preceptos como los que ahora he decidido enseñar, y por eso piensan que he querido escribir algo superfluo, debe ser apaciguada de tal manera que, aunque con razón se alegren de un gran don de Dios, recuerden que aprendieron las letras a través de hombres; y no deben ser insultados por Antonio, el santo y perfecto monje egipcio, que sin ningún conocimiento de las letras se dice que retuvo las Escrituras divinas de memoria al escucharlas, y las entendió prudentemente al reflexionar; ni por aquel siervo bárbaro cristiano, del que recientemente hemos oído de hombres muy serios y dignos de fe, que también sin ningún maestro humano, recibió el conocimiento pleno de las letras orando para que le fueran reveladas, obteniendo en tres días de oración que, al presentársele un códice, lo leyera de corrido, para asombro de los presentes.

5. O si alguien piensa que estas cosas son falsas, no discuto con vehemencia. Ciertamente, ya que estamos tratando con cristianos, quienes se alegran de conocer las Escrituras santas sin guía humana, y si es así, se alegran de un bien verdadero y no pequeño; deben conceder que cada uno de nosotros aprendió su lengua desde la infancia por la costumbre de escucharla, y que otra lengua, ya sea griega, hebrea o cualquiera de las demás, la aprendió de manera similar escuchando, o a través de un maestro humano. Así que, si les parece bien, aconsejemos a todos los hermanos que no enseñen esto a sus pequeños, porque en un solo momento, con la llegada del Espíritu Santo, los Apóstoles llenos hablaron en las lenguas de todas las naciones; o que quien no haya recibido tales dones, no se considere cristiano, o dude de haber recibido el Espíritu Santo. Más bien, que aprenda sin soberbia lo que debe aprender a través de un hombre; y que quien enseña a otro, transmita sin soberbia y sin envidia lo que ha recibido: y no tentemos a aquel en quien hemos creído, no sea que, engañados por tales astucias y perversidades del enemigo, no queramos ir a las iglesias a escuchar y aprender el Evangelio, o leer el códice, o escuchar a un hombre que lee y predica; y esperemos ser arrebatados hasta el tercer cielo, ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo, como dice el Apóstol, y allí escuchar palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar, o allí ver al Señor Jesucristo, y escuchar de él el Evangelio en lugar de los hombres.

6. Evitemos tales tentaciones sumamente orgullosas y peligrosas, y pensemos más bien que el mismo apóstol Pablo, aunque fue derribado e instruido por una voz divina y celestial, fue enviado sin embargo a un hombre para recibir los sacramentos y unirse a la Iglesia: y que el centurión Cornelio, aunque un ángel le anunció que sus oraciones habían sido escuchadas y sus limosnas recordadas, fue entregado a Pedro para ser instruido; por quien no solo recibiría los sacramentos, sino que también escucharía qué debía creer, qué esperar, qué amar. Y ciertamente todo esto podría haberse hecho por un ángel, pero la condición humana habría sido despreciada si Dios no hubiera querido ministrar su palabra a los hombres a través de hombres. ¿Cómo sería verdad lo que se ha dicho, "Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo", si Dios no respondiera desde el templo humano, y todo lo que quisiera enseñar a los hombres lo proclamara desde el cielo y a través de los ángeles? Además, la misma caridad, que une a los hombres entre sí con el vínculo de la unidad, no tendría entrada para la comunicación y casi mezcla de las almas entre sí, si los hombres no aprendieran nada a través de otros hombres.

7. Y ciertamente aquel eunuco que leía al profeta Isaías y no entendía, no fue enviado al apóstol por un ángel, ni lo que no entendía le fue expuesto por un ángel, ni le fue revelado divinamente en su mente sin el ministerio de un hombre; sino que más bien, por sugerencia divina, fue enviado a él, y Felipe, que conocía al profeta Isaías, se sentó con él y le abrió con palabras humanas y lengua lo que estaba oculto en esa Escritura. ¿Acaso Dios no hablaba con Moisés, y sin embargo recibió el consejo de gobernar y administrar a un pueblo tan grande de su suegro, un hombre extranjero, y lo aceptó con la máxima prudencia y mínima soberbia? Pues aquel hombre sabía que, de cualquier alma que procediera un consejo verdadero, no debía atribuirlo a él, sino al que es la verdad, al Dios inmutable.

8. Finalmente, cualquiera que se gloríe de entender lo que está oscuro en las Escrituras por don divino sin estar instruido por preceptos, cree bien, y es verdad, que esa capacidad no es como si existiera por sí misma, sino que le ha sido dada divinamente; pues así busca la gloria de Dios y no la suya: pero cuando lee, y sin que nadie se lo explique entiende, ¿por qué él mismo se esfuerza por exponerlo a otros, y no más bien los remite a Dios, para que ellos también entiendan no por un hombre, sino con él enseñándoles internamente? Pero evidentemente teme oír del Señor, "Siervo malo, debías haber dado mi dinero a los banqueros". Así como estos exponen a otros lo que entienden, ya sea hablando o escribiendo;

así también, si yo expongo no solo lo que entienden, sino también lo que observan al entender, ciertamente no debo ser criticado por ellos: aunque nadie debe tener algo como propio, a menos que sea quizás una mentira. Pues toda verdad es de aquel que dijo: "Yo soy la verdad". ¿Qué tenemos que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos gloriamos como si no lo hubiéramos recibido?

9. Quien lee las letras a los oyentes, ciertamente pronuncia las que reconoce; pero quien enseña las mismas letras, hace que otros también sepan leer: sin embargo, ambos insinúan lo que han recibido. Así también quien expone a los oyentes lo que entiende en las Escrituras, pronuncia como lector las letras que reconoce; pero quien enseña cómo debe entenderse, es similar a quien enseña las letras, es decir, a quien enseña cómo debe leerse: para que así como aquel que sabe leer no necesita otro lector cuando encuentra un códice, de quien oiga qué está escrito allí; así también quien haya recibido los preceptos que intentamos enseñar, cuando encuentre algo oscuro en los libros, teniendo ciertas reglas como letras, no requiera otro intérprete para que le revele lo que está oculto; sino que, siguiendo ciertas pistas, llegue él mismo al sentido oculto sin error, o al menos no caiga en la absurdidad de una sentencia errónea. Por lo tanto, aunque en la misma obra pueda aparecer suficientemente que nadie puede contradecir correctamente a este nuestro laborioso servicio; sin embargo, si con este tipo de prólogo parece que se ha respondido convenientemente a cualquier opositor, tal es el comienzo que se nos ocurre para este camino que queremos emprender en este libro.

LIBRO PRIMERO.

Al principio se hace la partición de toda la obra, para que el estudioso de las Escrituras sea instruido tanto en la investigación de su sentido como en su exposición. Observada la distinción de aquellas cosas sobre las que se ha de enseñar, en cosas y signos, se emprende en este primer libro el tratamiento de las cosas. Las cosas, por cierto, son aquellas de las que podemos disfrutar, y aquellas de las que solo podemos hacer uso: y ciertamente solo a Dios debemos adherirnos con fruición, y por su encarnación, verdad y cosas temporalmente realizadas por él, y las llaves entregadas a la Iglesia, somos promovidos; entre aquellas cosas que se usan, hay algunas a las que se les debe amor con justicia, pero referido a Dios. Explicado esto, se enseña que la plenitud y el fin de toda la Sagrada Escritura es la doble caridad, de Dios por sí mismo, y del prójimo por Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.---La interpretación de la Escritura se basa en la invención y la enunciación; que debe emprenderse con la ayuda de Dios.

1. Hay dos cosas en las que se basa toda interpretación de las Escrituras; el modo de encontrar lo que debe entenderse, y el modo de expresar lo que se ha entendido. Primero hablaremos de encontrar, luego de expresar. Gran obra y ardua, y si es difícil de sostener, temo que sea temeraria de emprender. Así sería si confiáramos en nosotros mismos: pero ahora, ya que la esperanza de llevar a cabo esta obra está en aquel de quien ya hemos recibido muchas cosas sobre este asunto en la reflexión, no hay que temer que deje de dar lo demás, cuando comencemos a emplear lo que se ha dado. Pues toda cosa que no se agota al dar, mientras se tiene y no se da, aún no se tiene como debe tenerse. Pero él dijo: "A quien tiene, se le dará". Dará, pues, a los que tienen, es decir, a los que usan con benevolencia lo que han recibido, llenará y colmará lo que ha dado. Aquellos cinco y aquellos siete panes, antes de que comenzaran a darse a los hambrientos; cuando esto comenzó a hacerse, llenaron cestas y canastos después de haber saciado a tantos miles de personas. Así como aquel pan creció mientras se partía, así también las cosas que el Señor ya ha provisto para emprender esta obra, cuando comiencen a dispensarse, se multiplicarán por su misma sugerencia, para que en

este nuestro ministerio, no solo no suframos escasez, sino que también nos regocijemos por la maravillosa abundancia.

CAPÍTULO II.---Qué son las cosas, qué son los signos.

2. Toda doctrina es de cosas o de signos, pero las cosas se aprenden a través de los signos. Sin embargo, ahora llamo propiamente cosas a aquellas que no se emplean para significar algo, como la madera, la piedra, el ganado, y otras cosas semejantes. Pero no aquella madera que leemos que Moisés arrojó a las aguas amargas para que perdieran su amargura; ni aquella piedra que Jacob puso bajo su cabeza; ni aquel ganado que Abraham inmoló en lugar de su hijo. Pues estas son cosas de tal manera que también son signos de otras cosas. Sin embargo, hay otros signos cuyo uso completo es significar, como las palabras. Nadie usa palabras, sino con el fin de significar algo. De lo cual se entiende qué llamo signos; cosas, a saber, que se emplean para significar algo. Por lo tanto, todo signo es también alguna cosa; porque lo que no es ninguna cosa, no es nada en absoluto: pero no toda cosa es también un signo. Y por eso, en esta división de cosas y signos, cuando hablemos de cosas, hablaremos de tal manera que, aunque algunas de ellas puedan emplearse para significar, no impidan la partición, por la cual primero hablaremos de cosas, luego de signos; y recordemos que ahora debemos considerar en las cosas lo que son, no lo que también significan además de sí mismas.

CAPÍTULO III.---División de las cosas.

3. Las cosas, por tanto, son algunas para disfrutar, otras para usar, otras que disfrutan y usan. Aquellas de las que se debe disfrutar, nos hacen felices. Con aquellas que se deben usar, somos ayudados y como apoyados en nuestro camino hacia la felicidad, para que podamos llegar y adherirnos a aquellas que nos hacen felices. Pero nosotros, que disfrutamos y usamos, situados entre ambas, si queremos disfrutar de aquellas que deben usarse, se obstaculiza nuestro curso, y a veces incluso se desvía, para que seamos retardados o incluso apartados del logro de aquellas cosas de las que se debe disfrutar, impedidos por el amor de las inferiores.

CAPÍTULO IV.---Qué es disfrutar y usar.

4. Disfrutar es adherirse con amor a algo por sí mismo. Usar, en cambio, es referir lo que se ha puesto en uso a lo que amas obtener, si es que debe ser amado. Pues el uso ilícito debe llamarse más bien abuso o mal uso. Así como, si fuéramos peregrinos que no pudiéramos vivir felices sino en nuestra patria, y en esa peregrinación ciertamente miserables y deseando terminar con la miseria, quisiéramos regresar a la patria, necesitaríamos vehículos terrestres o marítimos que debiéramos usar para llegar a la patria, de la cual debíamos disfrutar; pero si las bellezas del camino y el mismo transporte de los vehículos nos deleitaran, y nos volviéramos a disfrutar de lo que debíamos usar, no quisiéramos terminar pronto el camino, y atrapados por un placer perverso nos alejaríamos de la patria, cuya dulzura nos haría felices: así en esta vida de mortalidad peregrinando lejos del Señor (II Cor. V, 6), si queremos regresar a la patria donde podemos ser felices, debemos usar de este mundo, no disfrutar de él; para que las cosas invisibles de Dios, entendidas a través de las cosas hechas, sean contempladas (Rom. I, 26), es decir, para que de las cosas corporales y temporales capturemos las eternas y espirituales.

CAPÍTULO V.---Dios Trinidad, cosa que debe disfrutarse.

5. Las cosas, por tanto, que deben disfrutarse son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y esta misma Trinidad, una cierta cosa suprema, común a todos los que disfrutan de ella; si es que es cosa y no la causa de todas las cosas, si es que también es causa. No es fácil encontrar un nombre que convenga a tan gran excelencia, a menos que mejor se diga que esta Trinidad es un solo Dios de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas (Rom. XI, 36). Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y cada uno de ellos es Dios, y todos juntos un solo Dios; y cada uno de ellos es plena sustancia, y todos juntos una sola sustancia. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo, el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo, el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo; sino que el Padre es solo Padre, el Hijo solo Hijo, y el Espíritu Santo solo Espíritu Santo. La misma eternidad en los tres, la misma inmutabilidad, la misma majestad, la misma potestad. En el Padre la unidad, en el Hijo la igualdad, en el Espíritu Santo la concordia de la unidad y la igualdad: y estas tres cosas son una por el Padre, todas iguales por el Hijo, todas conectadas por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO VI.---Dios inefable, cómo.

6. ¿Hemos dicho algo y pronunciado algo digno de Dios? Más bien siento que no he querido decir otra cosa que decir: si he dicho, no es esto lo que quise decir. ¿Cómo sé esto, sino porque Dios es inefable; y lo que he dicho, si fuera inefable, no se habría dicho? Por lo tanto, ni siquiera debe decirse que Dios es inefable, porque incluso cuando se dice esto, se dice algo. Y se produce una especie de lucha de palabras, porque si es inefable lo que no se puede decir, no es inefable lo que puede decirse inefable. Esta lucha de palabras debe evitarse más bien con el silencio que apaciguarse con la voz. Y sin embargo, Dios, aunque nada digno puede decirse de Él, ha admitido el servicio de la voz humana, y ha querido que nos regocijemos con nuestras palabras en su alabanza. Pues de ahí viene también que se diga Dios. No es que realmente en el ruido de estas dos sílabas se le conozca; pero sin embargo, todos los que conocen la lengua latina, cuando este sonido toca sus oídos, se mueven a pensar en una naturaleza excelentísima e inmortal.

CAPÍTULO VII.---Todos entienden a Dios en quien no hay nada mejor.

7. Pues cuando se piensa en el único Dios de los dioses, incluso por aquellos que sospechan y llaman y adoran a otros dioses, ya sea en el cielo o en la tierra, se piensa de tal manera que la mente intenta alcanzar algo que no hay nada mejor ni más sublime. Ciertamente, como se mueven por diferentes bienes, algunos por los que pertenecen al sentido del cuerpo, otros por los que pertenecen a la inteligencia del alma; aquellos que están entregados a los sentidos del cuerpo, piensan que el mismo cielo, o lo que ven más brillante en el cielo, o el mismo mundo, es el Dios de los dioses: o, si intentan ir más allá del mundo, imaginan algo luminoso, y lo constituyen con una sospecha vana, ya sea infinito, o con la forma que parece mejor, o piensan en la figura del cuerpo humano, si la anteponen a las demás. Pero si no creen que hay un solo Dios de los dioses, y más bien muchos o innumerables dioses de igual orden; sin embargo, los tienen en mente figurados según lo que a cada uno le parece sobresalir en el cuerpo. Pero aquellos que a través de la inteligencia avanzan a ver lo que es Dios, lo prefieren a todas las naturalezas visibles y corporales, incluso a las inteligibles y espirituales, a todas las mutables. Sin embargo, todos compiten por la excelencia de Dios; y no se puede encontrar a nadie que crea que Dios es algo que hay algo mejor. Por lo tanto, todos están de acuerdo en que Dios es aquello que anteponen a todas las demás cosas.

CAPÍTULO VIII.---Dios, siendo sabiduría inmutable, debe anteponerse a todas las cosas.

8. Y puesto que todos los que piensan en Dios, piensan en algo vivo, solo aquellos pueden no considerar absurdo e indigno de Dios, que piensan en la vida misma, y cualquier forma de cuerpo que se les ocurra, determinan que esa forma vive o no vive por la vida, y anteponen la que vive a la que no vive; y esa misma forma de cuerpo viviente, por más que resplandezca con luz, por más que sobresalga en magnitud, por más que se adorne con belleza, entienden que es una cosa, y otra la vida por la que se anima, y la prefieren con dignidad incomparable a la masa que es animada y vivificada por ella. Luego prosiguen a examinar la vida misma, y si la encuentran vegetando sin sentido, como es la de los árboles, la prefieren a la que siente, como es la de los animales; y a esta nuevamente la que entiende, como es la de los hombres. Cuando la ven aún mutable, también a esta se ven obligados a anteponer alguna inmutable, a saber, aquella vida que no alguna vez es insensata, alguna vez sabia, sino que es más bien la misma Sabiduría. Pues la mente sabia, es decir, la que ha alcanzado la sabiduría, antes de alcanzarla no era sabia; pero la misma Sabiduría nunca fue insensata, ni puede serlo jamás. Si no la vieran, de ninguna manera con plena confianza antepondrían la vida inmutablemente sabia a la vida mutable. Pues ven la misma regla de verdad, por la que claman que es mejor, inmutable; y no la ven en ninguna parte sino por encima de su propia naturaleza, ya que se ven a sí mismos mutables.

CAPÍTULO IX.---Todos saben que la sabiduría inmutable debe preferirse a la mutable.

9. No hay nadie tan impudicamente insensato que diga: ¿De dónde sabes que la vida inmutablemente sabia debe preferirse a la mutable? Pues eso mismo que pregunta, de dónde lo sé, está presente para ser contemplado por todos común e inmutablemente. Y quien no lo ve, es como un ciego en el sol, a quien no le sirve de nada el resplandor de tan clara y presente luz infundido en los mismos lugares de sus ojos. Pero quien lo ve y lo rechaza, lleva una débil agudeza mental por la costumbre de las sombras carnales. Por lo tanto, los hombres son rechazados de la misma patria por los vientos contrarios de los malos hábitos; persiguiendo lo posterior e inferior, que aquello que confiesan ser mejor y más excelente.

CAPÍTULO X.---Para ver a Dios, el alma debe purificarse.

10. Por lo tanto, ya que debe disfrutarse de esa verdad que vive inmutablemente, y en ella la Trinidad Dios, autor y creador del universo, cuida de las cosas que ha creado; el alma debe purificarse, para que pueda ver esa luz y adherirse a lo que ha visto. Consideremos esa purificación como un cierto caminar, y como una navegación hacia la patria. Pues no nos movemos hacia aquel que está presente en todas partes, por lugares, sino por buen estudio y buenas costumbres.

CAPÍTULO XI.---Ejemplo de purificación del alma en la Sabiduría encarnada.

11. Lo cual no podríamos hacer, si la misma Sabiduría no se dignara a adaptarse a nuestra gran debilidad, y nos ofreciera un ejemplo de vida, no de otra manera que en un hombre, ya que también nosotros somos hombres. Pero porque cuando vamos hacia ella, actuamos sabiamente; ella, cuando vino a nosotros, fue considerada como si hubiera actuado neciamente por los hombres soberbios. Y porque cuando vamos hacia ella, nos fortalecemos; ella, cuando vino a nosotros, fue considerada como débil. Pero lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres: y lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Por lo tanto, siendo ella misma la patria, también se hizo camino para nosotros hacia la patria.

CAPÍTULO XII.---Cómo vino a nosotros la Sabiduría de Dios.

Y estando presente en todas partes para el ojo interior sano y puro, se dignó aparecer también a los ojos carnales de aquellos que tienen ese ojo débil e impuro. Pues en la Sabiduría de Dios no podía el mundo conocer a Dios por la Sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación (I Cor. I, 21).

12. Por lo tanto, no se dice que vino a nosotros recorriendo espacios de lugares, sino apareciendo en carne mortal a los mortales. Vino, pues, a donde estaba, porque estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por ella. Pero como por el deseo de disfrutar de la criatura en lugar del Creador, los hombres configurados a este mundo, y llamados con el nombre del mundo muy congruentemente, no la conocieron, por eso dijo el Evangelista: Y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). Así que en la Sabiduría de Dios no podía el mundo conocer a Dios por la Sabiduría. ¿Por qué, entonces, vino cuando estaba aquí, sino porque agradó a Dios salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación?

CAPÍTULO XIII.---El Verbo se hizo carne.

¿Cómo vino, sino que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14)? Así como cuando hablamos, para que lo que llevamos en el alma, se infiltre en el alma del oyente a través de los oídos carnales, se hace sonido la palabra que llevamos en el corazón, y se llama locución; sin embargo, nuestro pensamiento no se convierte en ese mismo sonido, sino que permaneciendo íntegro en sí mismo, asume la forma de la voz por la que se insinúa a los oídos, sin ninguna mancha de su mutación: así el Verbo de Dios no cambiado, sin embargo, se hizo carne, para habitar entre nosotros.

CAPÍTULO XIV.---Cómo la Sabiduría de Dios sanó al hombre.

13. Así como la curación es un camino hacia la salud, así esta curación asumió a los pecadores para ser sanados y restaurados. Y así como los médicos cuando vendan las heridas, no lo hacen de manera desordenada, sino adecuadamente, para que la utilidad del vendaje también sea seguida por cierta belleza: así la medicina de la Sabiduría, a través de la asunción del hombre, se adaptó a nuestras heridas; curando algunas con contrarios, y otras con semejantes. Así como también el que cura una herida del cuerpo, aplica algunas cosas contrarias, como frío a caliente, o húmedo a seco, o algo más de este tipo; también aplica algunas cosas semejantes, como un lienzo redondo a una herida redonda, o alargado a una alargada, y el mismo vendaje no lo aplica igual a todos los miembros, sino semejante a semejantes: así la sabiduría de Dios curando al hombre, se ofreció a sí misma para sanar, ella misma médico, ella misma medicina. Porque el hombre cayó por la soberbia, aplicó la humildad para sanar. Fuimos engañados por la sabiduría de la serpiente, somos liberados por la necesidad de Dios. Así como aquella Sabiduría era llamada, pero era necesidad para los que desprecian a Dios; así esta que se llama necesidad, es Sabiduría para los que vencen al diablo. Usamos mal de la inmortalidad, para que muriéramos; Cristo usó bien de la mortalidad, para que viviéramos. La enfermedad entró en el alma corrompida de la mujer; la salvación salió del cuerpo íntegro de la mujer. A los mismos contrarios pertenece, que también con el ejemplo de sus virtudes se curan nuestros vicios. Ahora bien, los semejantes como vendajes aplicados a nuestros miembros y heridas, son aquellos, que naciendo de una mujer engañada, nacido de una mujer, hombre a hombres, mortal a mortales, con su muerte liberó a los muertos. También muchas otras cosas aparecen en la instrucción de la medicina cristiana, ya sea de contrarios o de semejantes, para aquellos que consideran con más diligencia, a quienes la necesidad de llevar a cabo la obra emprendida no arrebatara.

CAPÍTULO XV.---La resurrección y ascensión de Cristo sostiene la fe, la despierta con el juicio.

14. Ahora bien, la resurrección del Señor de entre los muertos, y su ascensión al cielo, sostienen grandemente nuestra fe con esperanza. Pues muestra cuánto voluntariamente puso su vida por nosotros, quien así tuvo en su poder retomarla. ¿Cuánta confianza, entonces, consuena la esperanza de los creyentes, considerando cuánto sufrió por los que aún no creían? Cuando se espera que venga del cielo como juez de vivos y muertos, infunde gran temor a los negligentes, para que se conviertan a la diligencia, y lo deseen más haciendo el bien, que temerlo haciendo el mal. Pero, ¿con qué palabras puede decirse, o con qué pensamiento puede captarse la recompensa, que él dará al final; cuando para consuelo de este viaje ha dado tanto de su Espíritu, para que en las adversidades de esta vida tengamos tanta confianza y amor por él, a quien aún no vemos, y dones propios a cada uno para la instrucción de su Iglesia, para que lo que mostró que debía hacerse, no solo lo hagamos sin murmurar, sino también con deleite?

CAPÍTULO XVI.---La Iglesia de Cristo, cuerpo y esposa, es purgada por él con molestias medicinales.

15. Pues la Iglesia es su cuerpo, como lo recomienda la doctrina apostólica (Efes. I, 23), que también se llama su esposa. Por lo tanto, su cuerpo con muchos miembros que llevan diferentes funciones (Rom. XII, 4), lo une con el nudo de la unidad y la caridad como de la salud. Sin embargo, en este tiempo la ejerce y purga con ciertas molestias medicinales, para que arrancada de este mundo, se una a sí misma como esposa en la eternidad, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Efes. V, 23-32).

CAPÍTULO XVII.---Cristo, al perdonar los pecados, abrió el camino a la patria.

16. Además, ya que estamos en el camino, y este camino no es de lugares, sino de afectos, que estaba bloqueado, como ciertos setos espinosos, por la maldad de los pecados pasados; ¿qué pudo hacer más liberal y misericordiosamente, quien quiso subyugarse a sí mismo para que regresáramos, sino perdonar todos los pecados a los convertidos, y arrancar los interdictos gravemente fijados de nuestro regreso, crucificado por nosotros?

CAPÍTULO XVIII.---Las llaves entregadas a la Iglesia.

17. Por lo tanto, dio estas llaves a su Iglesia, para que lo que atara en la tierra, estuviera atado en el cielo; y lo que desatara en la tierra, estuviera desatado también en el cielo (Mat. XVI, 19): es decir, para que cualquiera que no creyera que sus pecados podían ser perdonados en su Iglesia, no le fueran perdonados; pero quien creyera, y se apartara corregido de ellos, constituido en el seno de la misma Iglesia, se sanara con la misma fe y corrección. Pues quien no cree que sus pecados pueden ser perdonados, se hace peor por la desesperación, como si nada mejor que el mal le quedara, donde es infiel al fruto de su conversión.

CAPÍTULO XIX.---Muerte y resurrección del cuerpo y del alma.

18. Ahora bien, así como la muerte del alma es, en cierto modo, el abandono de la vida anterior y de las costumbres, que se hace por el arrepentimiento; así también la muerte del cuerpo es la disolución de la animación anterior: y así como el alma después del arrepentimiento, por el cual destruye las costumbres anteriores perdidas, se reforma en mejor; así también el cuerpo después de esta muerte, que todos debemos por el vínculo del pecado, debe creerse y esperarse que en el tiempo de la resurrección se cambie en mejor, para que ni

la carne ni la sangre posean el reino de Dios, lo cual no puede ser; sino que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 50, 53), y no causando molestia alguna, porque no sufrirá necesidad alguna, sea vivificado con suma quietud por el alma bienaventurada y perfecta.

CAPÍTULO XX.---Quienes no renacerán a la vida sino a los castigos.

19. Pero el alma de quien no muere a este mundo, ni comienza a configurarse a la verdad, es arrastrada a una muerte más grave por la muerte del cuerpo; y no revivirá para la transformación de la disposición celestial, sino para pagar castigos.

CAPÍTULO XXI.---De nuevo sobre la resurrección del cuerpo.

Por lo tanto, esto es lo que la fe tiene, y así debe creerse que es, que ni el alma ni el cuerpo humano sufren una destrucción total; sino que los impíos resucitan para castigos inestimables, y los piadosos para la vida eterna.

CAPÍTULO XXII.---Solo Dios debe disfrutarse.

20. En todas estas cosas, por tanto, solo aquellas deben disfrutarse, que hemos mencionado como eternas e inmutables; pero las demás deben usarse, para que podamos llegar al disfrute de aquellas. Nosotros, por tanto, que disfrutamos y usamos de otras cosas, somos algunas cosas. Pues el hombre es una gran cosa, hecho a imagen y semejanza de Dios, no en cuanto está incluido en un cuerpo mortal, sino en cuanto precede a las bestias en el honor del alma racional. Por lo tanto, es una gran cuestión si los hombres deben disfrutarse a sí mismos, o usarse, o ambas cosas. Pues se nos ha mandado que nos amemos unos a otros; pero se pregunta si el hombre debe ser amado por sí mismo, o por otra cosa. Pues si es por sí mismo, disfrutamos de él; si es por otra cosa, lo usamos. Sin embargo, me parece que debe ser amado por otra cosa. Pues lo que debe ser amado por sí mismo, en eso se constituye la vida bienaventurada; de la cual, aunque aún no tengamos la realidad, sin embargo, su esperanza nos consuela en este tiempo. Pero maldito el que pone su esperanza en el hombre (Jer. XVII, 5).

21. Pero tampoco debe uno disfrutar de sí mismo, si se considera con claridad; porque tampoco debe amarse a sí mismo por sí mismo, sino por aquel de quien se debe disfrutar. En efecto, el hombre es mejor cuando toda su vida se dirige hacia la vida inmutable y se adhiere a ella con todo su afecto: pero si se ama a sí mismo por sí mismo, no se refiere a Dios; sino que, vuelto hacia sí mismo, no se convierte en algo inmutable. Y por eso ya disfruta de sí mismo con algún defecto; porque es mejor cuando se adhiere y se une completamente al bien inmutable, que cuando se relaja de él hacia sí mismo. Si, por lo tanto, no debes amarte a ti mismo por ti mismo, sino por aquel donde está el fin más recto de tu amor, que ningún otro hombre se ofenda si también lo amas a él por Dios. Esta es la regla del amor establecida divinamente: Amarás, dice, a tu prójimo como a ti mismo; pero a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Lev. XIX, 18; Deut. VI, 5; y Mat. XXII, 37, 39); para que todas tus pensamientos y toda tu vida y todo tu entendimiento los dirijas a aquel de quien tienes incluso lo que diriges. Pero cuando dice, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, no dejó ninguna parte de nuestra vida que deba estar vacía y como si diera lugar a que se quiera disfrutar de otra cosa; sino que cualquier otra cosa que venga a la mente para ser amada, sea llevada allí donde corre todo el ímpetu del amor. Por lo tanto, quien ama correctamente al prójimo, debe hacer esto con él, para que también él ame a Dios con todo su

corazón, toda su alma, toda su mente. Pues amándolo como a sí mismo, refiere todo el amor de sí mismo y de él a ese amor de Dios, que no permite que se derive de sí ningún riachuelo que lo disminuya.

CAPÍTULO XXIII.---El hombre no necesita un precepto para amarse a sí mismo y a su cuerpo. Amor propio desviado.

22. Sin embargo, no todo lo que debe usarse debe ser amado, sino solo aquello que, o bien se refiere a Dios con nosotros en cierta sociedad, como el hombre o el ángel; o bien, relacionado con nosotros, necesita de nosotros por beneficio de Dios, como el cuerpo. Pues ciertamente los mártires no amaron el crimen de quienes los perseguían, aunque lo usaron para merecer a Dios. Así, cuando hay cuatro cosas que deben ser amadas, una que está por encima de nosotros, otra que somos nosotros, una tercera que está junto a nosotros, y una cuarta que está debajo de nosotros; no era necesario dar preceptos sobre la segunda y la cuarta. Porque por mucho que el hombre se aleje de la verdad, le queda el amor de sí mismo y el amor de su cuerpo. Pues el alma fugitiva de la luz inmutable, el gobernante de todo, actúa para gobernarse a sí misma y a su cuerpo; y por eso no puede sino amarse a sí misma y a su cuerpo.

23. Sin embargo, cree haber logrado algo grande si también puede dominar a sus compañeros, es decir, a otros hombres. Pues en el alma viciosa está más el apetecer esto, y reclamarlo como un derecho debido a sí mismo, lo que solo a Dios se debe propiamente. Sin embargo, tal amor propio se llama mejor odio. Pues es injusto, porque quiere que le sirva lo que está debajo de él, cuando él no quiere servir al superior: y se ha dicho muy correctamente, Quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6): y por eso el alma se debilita y se angustia por el cuerpo mortal. Pues necesariamente ama eso, y se ve agobiada por su corrupción. Porque la inmortalidad y la incorruptibilidad del cuerpo provienen de la salud del alma; y la salud del alma es adherirse firmemente al mejor, es decir, al Dios inmutable. Pero cuando también desea dominar a aquellos que son naturalmente iguales a él, es decir, a los hombres, es una soberbia completamente intolerable.

CAPÍTULO XXIV.---Nadie odia su carne, ni siquiera aquellos que se levantan contra ella.

24. Por lo tanto, nadie se odia a sí mismo. Y en esto no ha habido disputa con ninguna secta. Pero tampoco nadie odia su cuerpo: pues es verdad lo que dice el Apóstol, Nadie jamás odió su propia carne (Efes. V, 29). Y aquellos que dicen que prefieren estar completamente sin cuerpo, están completamente equivocados: no odian su cuerpo, sino sus corrupciones y su peso. Por lo tanto, no quieren no tener cuerpo, sino tener un cuerpo incorrupto y ágil: pero piensan que no es cuerpo si es así, porque creen que algo así es el alma. Pero lo que parece que persiguen sus cuerpos con cierta continencia y trabajos; quienes lo hacen correctamente, no lo hacen para no tener cuerpo, sino para tenerlo sometido y preparado para las obras necesarias. Pues las pasiones que usan mal el cuerpo, es decir, las costumbres e inclinaciones del alma para disfrutar de lo inferior, intentan extinguirlas mediante una cierta milicia laboriosa del cuerpo mismo. Pues no se destruyen a sí mismos, sino que cuidan de su salud.

25. Pero quienes lo hacen de manera perversa, como si naturalmente estuvieran en guerra con su cuerpo enemigo. En esto se engañan por lo que leen: La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; porque estas cosas se oponen entre sí (Gál. V, 17). Esto se dijo por la costumbre carnal indomada, contra la cual el espíritu desea; no para destruir el cuerpo, sino para que, una vez dominada su concupiscencia, es decir, su mala costumbre, lo haga sometido al espíritu, lo que el orden natural desea. Pues esto será después de la resurrección, que el

cuerpo, de manera completamente tranquila, esté sometido al espíritu y viva inmortalmente; esto también debe meditar en esta vida, para que la costumbre carnal se cambie a mejor, y no resista al espíritu con movimientos desordenados. Mientras esto no se logre, la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: no resistiendo el espíritu por odio, sino por dominio; porque quiere que lo que ama esté sometido a lo mejor: ni la carne resiste por odio, sino por el vínculo de la costumbre, que incluso desde la propagación de los padres se ha arraigado en la ley de la naturaleza. Por lo tanto, el espíritu actúa en domar la carne, para romper los pactos perversos de la mala costumbre, y hacer la paz de la buena costumbre. Sin embargo, ni siquiera aquellos que, depravados por una falsa opinión, detestan sus cuerpos, estarían dispuestos a perder un ojo sin sentir dolor, incluso si en el otro quedara tanto sentido de la vista como había en los dos, a menos que alguna cosa que deba ser preferida los urgiera. Con este y otros documentos similares se muestra suficientemente a aquellos que buscan la verdad sin obstinación, cuán cierta es la sentencia del Apóstol, donde dice: Porque nadie jamás odió su propia carne. Añadió también: Sino que la nutre y la cuida, como Cristo a la Iglesia.

CAPÍTULO XXV.---Aunque se ame algo más que el cuerpo, no por eso se odia el cuerpo.

26. Por lo tanto, se debe prescribir al hombre el modo de amar, es decir, cómo debe amarse a sí mismo para beneficiarse. Dudar de que se ame a sí mismo y quiera beneficiarse es demente. También se debe prescribir cómo debe amar su cuerpo, para que lo cuide ordenada y prudentemente. Pues que ame también su cuerpo, y quiera tenerlo sano e íntegro, es igualmente manifiesto. Por lo tanto, alguien puede amar algo más que la salud e integridad de su cuerpo. Pues se encuentra que muchos han soportado voluntariamente dolores y la pérdida de algunos miembros, pero para conseguir otras cosas que amaban más. Por lo tanto, no se debe decir que alguien no ama la salud e integridad de su cuerpo, porque ama algo más. Pues incluso el avaro, aunque ama el dinero, compra pan para sí mismo: lo cual hace, da el dinero que ama mucho y desea aumentar; pero porque valora más la salud de su cuerpo, que se sostiene con ese pan. Es superfluo discutir más sobre algo tan evidente, lo cual, sin embargo, a menudo nos vemos obligados a hacer por el error de los impíos.

CAPÍTULO XXVI.---El precepto de amar a Dios y al prójimo, e incluso a uno mismo, ha sido dado.

27. Por lo tanto, ya que no se necesita un precepto para que uno se ame a sí mismo y a su cuerpo, es decir, ya que lo que somos, y lo que está debajo de nosotros, pero nos pertenece, lo amamos por una ley inquebrantable de la naturaleza, que también se ha promulgado en las bestias (pues también las bestias se aman a sí mismas y a sus cuerpos); quedaba que tomáramos preceptos sobre lo que está por encima de nosotros y lo que está junto a nosotros. Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos depende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40). Por lo tanto, el fin del precepto es el amor (I Tim. I, 5), y es doble, es decir, de Dios y del prójimo. Pero si te entiendes a ti mismo completamente, es decir, tu alma y tu cuerpo, y al prójimo completamente, es decir, su alma y su cuerpo (pues el hombre consta de alma y cuerpo), no se ha omitido ningún tipo de cosas que deban ser amadas en estos dos preceptos. Pues cuando precede el amor de Dios, y aparece prescrito el modo de ese amor, de modo que las demás cosas confluyan en él, no parece haberse dicho nada sobre el amor de ti mismo; pero cuando se dijo, Amarás a tu prójimo como a ti mismo, al mismo tiempo no se omitió tu amor por ti mismo.

CAPÍTULO XXVII.---Orden del amor.

28. Pero vive justa y santamente quien es un íntegro evaluador de las cosas: y es quien tiene un amor ordenado, para que no ame lo que no debe ser amado, o no ame lo que debe ser amado, o ame más lo que debe ser amado menos, o ame igualmente lo que debe ser amado menos o más, o menos o más lo que debe ser amado igualmente. Todo pecador en cuanto pecador no debe ser amado; y todo hombre en cuanto hombre debe ser amado por Dios, pero Dios por sí mismo. Y si Dios debe ser amado más que cualquier hombre, cada uno debe amar a Dios más que a sí mismo. Asimismo, otro hombre debe ser amado más que nuestro cuerpo: porque todas estas cosas deben ser amadas por Dios, y otro hombre puede disfrutar de Dios con nosotros, lo que no puede el cuerpo; porque el cuerpo vive por el alma con la que disfrutamos de Dios.

CAPÍTULO XXVIII.---A quién socorrer, cuando no puedes socorrer a todos, o a dos.

29. Todos deben ser amados por igual: pero cuando no puedes beneficiar a todos, se debe atender principalmente a aquellos que, por las oportunidades de lugares y tiempos o de cualquier cosa, están más estrechamente unidos a ti como por una especie de suerte. Pues así como, si te sobrara algo que debiera darse a quien no lo tiene, y no pudiera darse a dos, si se te presentaran dos, ninguno de los cuales superara al otro en necesidad o en alguna relación contigo; no harías nada más justo que elegir por suerte a quién dar lo que no puede darse a ambos: así, entre los hombres a quienes no puedes atender a todos, se debe considerar como por suerte, según quien pueda adherirse temporalmente a ti más estrechamente.

CAPÍTULO XXIX.---Desear y actuar para que todos amen a Dios.

30. De todos aquellos que pueden disfrutar de Dios con nosotros, amamos a algunos a quienes ayudamos, a otros de quienes somos ayudados, a otros de quienes necesitamos ayuda y a quienes ayudamos en su necesidad; a otros a quienes ni les conferimos algún beneficio, ni esperamos que nos lo confieran. Sin embargo, debemos desear que todos amen a Dios con nosotros, y todo lo que hacemos para ayudarlos o ser ayudados por ellos, debe referirse a ese único fin. Pues si en los teatros de la iniquidad quien ama a un actor, y disfruta de su arte como de un gran o incluso supremo bien, ama a todos los que lo aman con él, no por ellos, sino por aquel a quien aman juntos; y cuanto más ferviente es en su amor, tanto más actúa por los medios que puede, para que sea amado por más personas, y tanto más desea mostrárselo a más personas; y a quien ve más frío, lo excita cuanto puede con alabanzas de aquel; pero si encuentra a alguien que se opone, odia vehementemente en él el odio hacia su amado, e insiste con los medios que puede para quitarlo: ¿qué nos conviene hacer en la sociedad del amor de Dios, en quien disfrutar es vivir bienaventuradamente; y de quien tienen todos los que lo aman, tanto lo que son, como que lo aman; de quien no tememos que pueda desagradar a nadie que lo conozca; y quien quiere ser amado, no para que se le confiera algo a él, sino para que se confiera un premio eterno a quienes lo aman, es decir, él mismo a quien aman? De aquí se sigue que también amamos a nuestros enemigos: pues no los tememos, porque no pueden quitarnos lo que amamos; sino que más bien los compadecemos, porque cuanto más nos odian, más separados están de aquel a quien amamos. A quien si se convirtieran, y lo amaran como el bien beatífico, y a nosotros como compañeros de tan gran bien, necesariamente nos amarían.

CAPÍTULO XXX.---Nuestros prójimos, todos los hombres, e incluso los Ángeles.

31. Sin embargo, surge aquí alguna cuestión sobre los Ángeles. Pues disfrutando de él, también ellos son bienaventurados, de quien deseamos disfrutar; y cuanto más disfrutamos de

él en esta vida, ya sea por espejo o en enigma (I Cor. XIII, 12), tanto más soportamos nuestra peregrinación y más ardientemente deseamos terminarla. Pero si el amor de los Ángeles también pertenece a esos dos preceptos, no se puede preguntar irracionalmente. Pues que no exceptuó a ningún hombre quien mandó que amáramos al prójimo, lo mostró el mismo Señor en el Evangelio, y el apóstol Pablo. Pues aquel a quien había propuesto esos dos preceptos, y había dicho que de ellos dependía toda la Ley y los Profetas, cuando le preguntó diciendo, ¿Y quién es mi prójimo? propuso a un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó, que cayó en manos de ladrones, y fue dejado gravemente herido, herido y medio muerto; a quien no enseñó que era prójimo, sino quien se mostró misericordioso para con él al restaurarlo y curarlo, de modo que quien había preguntado, al ser preguntado, lo confesó. A quien el Señor dijo, Ve, y haz tú lo mismo (Luc. X, 27, 37); para que entendamos que es prójimo aquel a quien se debe prestar el oficio de misericordia, si lo necesita, o se le debería prestar, si lo necesitara. De lo cual ya se sigue que también aquel de quien nos debe ser prestado esto recíprocamente, es nuestro prójimo. Pues el nombre de prójimo es relativo, y nadie puede ser prójimo sino de un prójimo. Pero que no se exceptúe a nadie a quien se le niegue el oficio de misericordia, ¿quién no lo ve, cuando se ha extendido incluso a los enemigos, diciendo el mismo Señor: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Mat. V, 44)?

32. Así también enseña el apóstol Pablo, cuando dice: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor al prójimo no hace mal (Rom. XIII, 9, 10). Por lo tanto, quien piense que el Apóstol no mandó sobre todo hombre, se ve obligado a admitir, lo cual es absurdísimo y criminal, que al Apóstol le pareció que no era pecado si alguien adulteraba con la esposa de un no cristiano, o lo mataba, o codiciaba su propiedad: lo cual si es demente decir, es manifiesto que todo hombre debe ser considerado prójimo, porque no se debe hacer mal a nadie.

33. Ahora bien, si se llama prójimo a aquel a quien se debe prestar, o de quien nos debe ser prestado el oficio de misericordia; es manifiesto que en este precepto en el que se nos manda amar al prójimo, también se incluyen los santos Ángeles, de quienes se nos imparten tantos oficios de misericordia, como se puede observar fácilmente en muchos lugares de las Escrituras divinas. De lo cual también el mismo Dios y Señor nuestro quiso ser llamado nuestro prójimo. Pues el Señor Jesucristo también se significó a sí mismo como quien socorrió al medio muerto tirado en el camino, afligido y dejado por los ladrones. Y el profeta en oración dice: Como un prójimo, como nuestro hermano, así complacía (Sal. XXXIV, 14). Pero como la sustancia divina es más excelente y está por encima de nuestra naturaleza, el precepto de amar a Dios se distingue del amor al prójimo. Pues él nos presta misericordia por su bondad, pero nosotros nos prestamos misericordia mutuamente por él: es decir, él se compadece de nosotros, para que lo disfrutemos; pero nosotros nos compadecemos mutuamente, para que lo disfrutemos a él.

CAPÍTULO XXXI.---Dios no disfruta de nosotros, sino que nos usa.

34. Por lo tanto, aún parece ambiguo cuando decimos que disfrutamos de aquello que amamos por sí mismo, y que solo debemos disfrutar de aquello que nos hace bienaventurados, pero usar de las demás cosas. Pues Dios nos ama, y la Escritura divina nos recomienda mucho su amor hacia nosotros: ¿cómo, entonces, nos ama? ¿Para usarnos, o para disfrutarnos? Pero si disfruta de nosotros, necesita de nuestro bien, lo cual nadie en su sano juicio diría. Pues todo nuestro bien es él mismo, o de él es: ¿y quién no sabe que la luz no necesita del brillo de las cosas que ella misma ilumina? También dice claramente el profeta: Dije al Señor, Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Sal. XV, 2). Por lo tanto,

no disfruta de nosotros, sino que nos usa. Pues si ni disfruta ni usa, no encuentro cómo nos ama.

CAPÍTULO XXXII.---Cómo Dios usa al hombre.

35. Pero tampoco usa las cosas como nosotros: pues nosotros referimos las cosas que usamos a disfrutar de la bondad de Dios; pero Dios refiere nuestro uso a su bondad. Porque es bueno, existimos; y en cuanto existimos, somos buenos. Además, porque también es justo, no somos malos impunemente; y en cuanto somos malos, en tanto también somos menos. Pues Él es sumamente y primeramente, quien es totalmente inmutable, y quien pudo decir plenamente: Yo soy el que soy; y, Dirás a ellos, El que es, me envió a vosotros (Éxodo III, 14). Para que las demás cosas que son, y que no podrían ser sin Él, sean buenas en la medida en que recibieron ser. Por lo tanto, el uso que se dice de Dios, por el cual nos usa, no se refiere a su utilidad, sino a la nuestra, y solo a su bondad. Sin embargo, cuando nos compadecemos de alguien y le aconsejamos, lo hacemos para su utilidad, y la miramos; pero de alguna manera también se convierte en nuestra consecuencia, ya que Dios no deja sin recompensa la misericordia que brindamos al necesitado. Esta recompensa suprema es disfrutar de Él, y todos los que disfrutamos de Él, también disfrutamos mutuamente en Él.

CAPÍTULO XXXIII.---Cómo conviene disfrutar del hombre.

36. Pues si lo hacemos en nosotros, permanecemos en el camino, y colocamos nuestra esperanza de felicidad en el hombre o en el ángel. Lo cual el hombre orgulloso y el ángel orgulloso se arrojan a sí mismos, y se alegran de que se coloque en ellos la esperanza de otros. Pero el hombre santo y el ángel santo, incluso cuando estamos cansados y deseamos descansar y permanecer en ellos, nos restauran más bien, ya sea con el sustento que recibieron por nosotros, o incluso con el que recibieron por sí mismos; y así, restaurados, nos impulsan a ir hacia Aquel en quien disfrutamos juntos y somos felices. Pues el Apóstol clama: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13) y, Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Y el ángel advierte al hombre que lo adora que adore más bien a Aquel bajo quien él mismo es también siervo (Apoc. XIX, 10).

37. Pero cuando disfrutas del hombre en Dios, disfrutas más bien de Dios que del hombre. Pues disfrutas de Aquel que te hace feliz; y te alegrarás de haber llegado a Aquel en quien pones tu esperanza de llegar. De ahí que Pablo diga a Filemón: Así, hermano, dice, yo disfrutaré de ti en el Señor (Filemón 20). Si no hubiera añadido, en el Señor, y solo hubiera dicho, disfrutaré de ti, habría puesto su esperanza de felicidad en él. Aunque también se dice disfrutar muy cercanamente, cuando se usa con deleite. Pues cuando está presente lo que se ama, necesariamente lleva consigo el deleite: por el cual, si pasas y lo refieres a aquello donde se debe permanecer, lo usas, y se dice abusivamente, no propiamente, que disfrutas. Pero si te adhieres y permaneces, poniendo en ello el fin de tu alegría, entonces verdaderamente y propiamente se dice que disfrutas: lo cual no debe hacerse sino en esa Trinidad, es decir, en el sumo e inmutable bien.

CAPÍTULO XXXIV.---La primera vía hacia Dios, Cristo.

38. Mira cómo, cuando la misma Verdad, y el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, se hizo carne para habitar entre nosotros (Juan I, 14), sin embargo, dice el Apóstol: Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así (II Cor. V, 16). Pues Él, que no

solo quiso ser la posesión de los que llegan, sino también el camino para los que vienen al principio de los caminos, quiso asumir carne: de donde también está aquello, El Señor me creó en el principio de sus caminos (Prov. VIII, 22); para que comenzaran desde allí los que quisieran llegar. Por tanto, el Apóstol, aunque aún caminaba en el camino, y seguía al Dios que lo llamaba a la meta de la vocación celestial, olvidando lo que queda atrás y extendiéndose a lo que está delante (Filip. III, 12-14), ya había pasado el principio de los caminos; es decir, no necesitaba de aquello de lo que, sin embargo, todos deben comenzar y emprender el camino si desean llegar a la verdad y permanecer en la vida eterna. Pues así dice, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6); es decir, por mí se llega, a mí se llega, en mí se permanece. Pues cuando se llega a Él, también se llega al Padre; porque por el igual se reconoce a Aquel a quien es igual; venciendo y como uniendo a nosotros el Espíritu Santo, por el cual podemos permanecer en el sumo e inmutable bien. De lo cual se entiende cuán ninguna cosa en el camino debe retenernos, cuando ni siquiera el mismo Señor, en cuanto se dignó ser nuestro camino, quiso retenernos, sino hacernos pasar; para que no nos aferremos débilmente a las cosas temporales, aunque asumidas y realizadas por Él para nuestra salvación, sino que más bien corramos a través de ellas con alegría, para que merezcamos ser llevados y llegar a Él mismo, quien liberó nuestra naturaleza de las cosas temporales y la colocó a la derecha del Padre.

CAPÍTULO XXXV.---La plenitud y fin de las Escrituras, el amor a Dios y al prójimo.

39. Por tanto, de todo lo que se ha dicho, desde que tratamos sobre las cosas, esta es la suma, que se entienda que la plenitud y el fin de la Ley y de todas las Escrituras divinas es el amor (Rom. XIII, 10; y I Tim. I, 5) de la cosa que debe disfrutarse, y de la cosa que con nosotros puede disfrutar de esa cosa; porque para que uno se ame a sí mismo, no se necesita precepto. Por tanto, para que conociéramos y pudiéramos esto, se hizo toda la dispensación temporal por la divina providencia para nuestra salvación, la cual debemos usar, no con un amor y deleite como si fuera algo permanente, sino más bien transitorio, como un camino, como vehículos, o cualesquiera otros instrumentos, o si se puede decir algo más adecuado; para que amemos aquellas cosas por las cuales somos llevados, por causa de aquello hacia lo cual somos llevados.

CAPÍTULO XXXVI.---La interpretación de la Escritura, aunque defectuosa, no es mentirosa ni perniciosamente engañosa, si es útil para edificar la caridad. Sin embargo, debe corregirse al intérprete que se equivoca así.

40. Por tanto, cualquiera que crea haber entendido las Escrituras divinas o cualquier parte de ellas, de tal manera que con esa comprensión no edifique esta doble caridad de Dios y del prójimo, aún no ha entendido. Pero cualquiera que haya extraído de allí una sentencia tal que sea útil para edificar esta caridad, aunque no haya dicho lo que se probará que el autor quiso decir en ese lugar, no se engaña perniciosamente, ni miente en absoluto. Pues en el mentiroso hay voluntad de decir lo falso: y por eso encontramos a muchos que quieren mentir; pero a nadie que quiera ser engañado. Por tanto, cuando alguien hace esto a sabiendas, pero lo sufre sin saberlo, es evidente en una misma cosa que el que es engañado es mejor que el que miente; ya que es mejor sufrir la iniquidad que cometerla: todo el que miente comete iniquidad; y si a alguien le parece que alguna vez es útil mentir, puede parecerle que alguna vez es útil la iniquidad. Pues nadie que miente guarda la fe en lo que miente; ya que ciertamente quiere que quien es engañado le crea, lo cual no le guarda al mentirle: todo violador de la fe es iniquo. O bien la iniquidad es alguna vez útil, lo cual no puede ser; o la mentira es siempre inútil.

41. Pero cualquiera que en las Escrituras sienta algo diferente de lo que sintió el autor, es engañado por ellas, que no mienten: pero, como comencé a decir, si se engaña con una sentencia que edifica la caridad, se engaña como si alguien, por error, dejando el camino, atravesara el campo, pero llegara al mismo lugar al que también conduce el camino. Sin embargo, debe ser corregido, y se le debe mostrar cuán más útil es no dejar el camino, para que no se acostumbre a desviarse y se vea obligado a ir en dirección transversal o perversa.

CAPÍTULO XXXVII.---Hay mucho peligro en esta interpretación defectuosa.

Pues al afirmar temerariamente lo que no sintió el autor que lee, a menudo incurre en otras cosas que no puede conectar con esa sentencia: las cuales, si consiente que son verdaderas y ciertas, no puede ser verdadero lo que sintió; y de alguna manera, al amar su propia sentencia, comienza a ser más ofensivo con la Escritura que consigo mismo. Si se permite que este mal se extienda, será destruido por ello. Pues caminamos por fe, no por vista (II Cor. V, 7); pero la fe vacilará si la autoridad de las Escrituras divinas vacila: y si la fe vacila, también la caridad languidece. Pues si alguien cae de la fe, necesariamente cae también de la caridad; ya que no puede amar lo que no cree que existe: pero si cree y ama, actuando bien y obedeciendo los preceptos de las buenas costumbres, logra esperar que llegará a lo que ama. Por tanto, estas tres cosas son, a las que toda ciencia y profecía sirven, fe, esperanza, caridad.

CAPÍTULO XXXVIII.---La caridad permanece perpetuamente.

42. Pero a la fe sucede la visión, que veremos; y a la esperanza sucede la misma bienaventuranza, a la que llegaremos: pero la caridad, incluso cuando estas cosas desaparecen, más bien aumentará. Pues si creyendo amamos lo que aún no vemos, cuánto más cuando comencemos a verlo; y si esperando amamos lo que aún no hemos alcanzado, cuánto más cuando lo alcancemos. Pues entre las cosas temporales y las eternas hay esta diferencia, que algo temporal se ama más antes de tenerlo, pero se vuelve despreciable cuando llega; pues no satisface al alma, cuya verdadera y cierta sede es la eternidad: pero lo eterno se ama más ardientemente cuando se alcanza que cuando se desea: pues a ningún deseante se le concede pensar más de lo que es, para que le parezca despreciable cuando encuentra menos; pero cuanto más pueda pensar al llegar, más encontrará al llegar.

CAPÍTULO XXXIX.---El hombre instruido en fe, esperanza y caridad no necesita las Escrituras.

43. Por tanto, el hombre apoyado en la fe, la esperanza y la caridad, y reteniéndolas firmemente, no necesita las Escrituras sino para instruir a otros. Por tanto, muchos por estas tres cosas viven incluso en soledad sin libros. Por lo cual creo que en ellos ya se ha cumplido lo que se dijo: Ya sea que las profecías se acabarán, o las lenguas cesarán, o la ciencia se acabará. Sin embargo, con estas máquinas ha surgido en ellos una instrucción de fe, esperanza y caridad tan grande, que teniendo algo perfecto, no buscan lo que es en parte: perfecto, ciertamente, en cuanto puede ser en esta vida; pues en comparación con la vida futura, la vida de ningún justo y santo es perfecta. Por eso permanecen, dice, la fe, la esperanza, la caridad; estas tres: pero la mayor de ellas es la caridad (I Cor. XIII, 8, 13); porque incluso cuando alguien llega a las cosas eternas, desapareciendo estas dos, la caridad permanecerá más aumentada y más cierta.

CAPÍTULO XL.---Qué tipo de lector requiere la Escritura.

44. Por tanto, cuando alguien haya conocido que el fin del precepto es la caridad, de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida (I Tim. I, 5), refiriendo todo entendimiento de las Escrituras divinas a estas tres cosas, puede acercarse con seguridad al estudio de esos Libros. Pues cuando dijo, caridad, añadió, de corazón puro, para que no se ame nada más que lo que debe ser amado. Y unió buena conciencia por la esperanza: pues aquel que tiene el escrúpulo de una mala conciencia, desespera de llegar a lo que cree y ama. Tercero, y fe, dice, no fingida. Pues si nuestra fe carece de mentira, entonces no amamos lo que no debe ser amado, y viviendo rectamente esperamos que nuestra esperanza no sea defraudada. Por eso, sobre las cosas que contienen la fe, quise decir lo que consideré suficiente por el momento, porque en otros volúmenes, ya sea por otros o por nosotros, ya se han dicho muchas cosas. Por tanto, este es el límite de este libro. Lo demás sobre los signos, en cuanto el Señor lo conceda, lo discutiremos.

LIBRO SEGUNDO.

Ya sobre los signos y las palabras de la sagrada Escritura, Agustín inicia su discurso, y muestra que su verdadero sentido a menudo no se percibe porque esos signos son desconocidos o ambiguos. Por lo cual, después de presentar el canon de los Libros divinos, continúa declarando qué lenguas en particular, qué disciplinas y ciencias contribuyen a remover esa ignorancia de los signos. Donde, dada la ocasión, discute brevemente pero profundamente sobre el rechazo de las artes y doctrinas supersticiosas. También declara cómo debe estar dispuesto el ánimo de quien va a dedicarse al estudio de las Escrituras, al principio y al final del libro.

CAPÍTULO PRIMERO.---Qué es un signo y cuántos tipos hay.

1. Ya que al escribir sobre las cosas, advertí que nadie debe atender en ellas sino lo que son, no también si significan algo más allá de sí mismas; recíprocamente, al disertar sobre los signos, digo esto, que nadie debe atender en ellos lo que son, sino más bien lo que significan, es decir, lo que significan. Pues un signo es una cosa que, además de la apariencia que presenta a los sentidos, hace que algo más venga a la mente: como al ver una huella, pensamos que ha pasado el animal del cual es la huella; y al ver humo, sabemos que hay fuego debajo; y al oír la voz de un animal, advertimos la afección de su ánimo; y al sonar la trompeta, los soldados saben que deben avanzar, retroceder, o lo que sea necesario en la batalla.

2. Por tanto, de los signos, algunos son naturales, otros dados. Los naturales son aquellos que, sin voluntad ni deseo de significar, hacen que algo más se conozca a partir de ellos, como el humo que significa fuego. Pues no lo hace queriendo significar, sino que por la observación y anotación de las cosas experimentadas se conoce que hay fuego debajo, incluso si solo aparece el humo. Pero también la huella del animal que pasa pertenece a este género: y el rostro de un enojado o triste significa la afección de su ánimo, incluso sin la voluntad de quien está enojado o triste; o si algún otro movimiento del ánimo se revela por el rostro, incluso sin que nosotros lo hagamos para que se revele. Pero de todo este género ahora no es el propósito disertar. Sin embargo, como ha caído en nuestra partición, no pudo pasarse por alto; y basta con que haya sido notado hasta aquí.

CAPÍTULO II.---De qué género de signos se tratará aquí.

3. Pero los signos dados son aquellos que los seres vivos se dan mutuamente para demostrar, en la medida de lo posible, los movimientos de su ánimo, o cualquier cosa que hayan sentido

o entendido. Y no hay otra causa para nosotros de significar, es decir, de dar un signo, sino para manifestar y transferir al ánimo de otro lo que lleva en su ánimo quien da el signo. Por tanto, hemos decidido considerar y tratar este género de signos, en cuanto concierne a los hombres; porque también los signos dados por Dios, que se contienen en las Escrituras sagradas, nos fueron indicados por hombres, quienes los escribieron. También los animales tienen ciertos signos entre sí, por los cuales manifiestan el deseo de su ánimo. Pues el gallo, al encontrar comida, da un signo de voz a la gallina para que acuda; y la paloma llama con su gemido a la paloma, o es llamada por ella; y muchas cosas de este tipo suelen observarse. Si estos, como el rostro o el clamor del doliente, siguen al movimiento del ánimo sin voluntad de significar, o si realmente se dan para significar, es otra cuestión, y no pertenece al asunto que se trata: esta parte la removemos de esta obra como no necesaria.

CAPÍTULO III.---Entre los signos, las palabras tienen el principal lugar.

4. Por tanto, de los signos con los cuales los hombres comunican entre sí sus pensamientos, algunos pertenecen al sentido de la vista, la mayoría al del oído, y muy pocos a los otros sentidos. Pues cuando hacemos señas, no damos un signo sino a los ojos de aquel a quien queremos hacer partícipe de nuestra voluntad por este signo. Y algunos significan muchas cosas con el movimiento de las manos: y los actores, con los movimientos de todos sus miembros, dan ciertos signos a los que saben, y como si hablaran con sus ojos; y las banderas y dragones militares insinúan la voluntad de los jefes a través de los ojos: y todas estas cosas son como ciertas palabras visibles. Pero las que pertenecen a los oídos, como dije, son más, especialmente en las palabras. Pues también la trompeta, la flauta y la cítara, a menudo dan no solo un sonido agradable, sino también significativo. Pero todos estos signos comparados con las palabras son muy pocos. Pues las palabras han obtenido entre los hombres el principal lugar para significar cualquier cosa concebida en el ánimo, si alguien quiere manifestarla. Pues también el olor del ungüento del Señor, con el cual fueron ungidos sus pies, dio algún signo (Juan XII, 3 y 7); y con el Sacramento de su cuerpo y sangre probado, significó lo que quiso (Lucas XXII, 19, 20); y cuando la mujer tocando el borde de su manto fue sanada, significó algo (Mateo IX, 21): pero la innumerable multitud de signos con los cuales los hombres expresan sus pensamientos está constituida en las palabras. Pues todos esos signos cuyos géneros toqué brevemente, pude enunciar con palabras; pero las palabras no podría de ninguna manera con esos signos.

CAPÍTULO IV.---De dónde provienen las letras.

5. Pero como al golpear el aire pasan inmediatamente, y no permanecen más tiempo del que suenan, se instituyeron las letras como signos de las palabras. Así, las voces se muestran a los ojos, no por sí mismas, sino por ciertos signos suyos. Por tanto, estos signos no pudieron ser comunes a todas las naciones, por un cierto pecado de disensión humana, cuando cada uno se arroga el principado. De cuya soberbia es signo aquella torre elevada al cielo, donde los hombres impíos merecieron tener no solo ánimos, sino también voces disonantes (Gén. XI, 1-9).

CAPÍTULO V.---Diversidad de lenguas.

6. De lo cual se hizo que también la Escritura divina, por la cual se socorre a tantas enfermedades de las voluntades humanas, procediendo de una lengua, por la cual oportunamente pudo ser diseminada por el mundo, se difundiera ampliamente a través de las diversas lenguas de los intérpretes, y se diera a conocer a las naciones para salvación: los que la leen no buscan otra cosa que encontrar los pensamientos y la voluntad de aquellos por

quienes fue escrita, y a través de ellos la voluntad de Dios, según la cual creemos que tales hombres hablaron.

CAPÍTULO VI.---La utilidad de la oscuridad de la Escritura en tropos y figuras. 7. Muchos se engañan con las múltiples y variadas oscuridades y ambigüedades al leer temerariamente, interpretando una cosa por otra; en algunos lugares, ni siquiera encuentran qué sospechar falsamente, pues ciertas expresiones tan oscuras cubren con una densa niebla. No dudo que todo esto ha sido dispuesto divinamente para domar el orgullo con trabajo y para apartar el entendimiento del hastío, ya que lo que se investiga fácilmente suele volverse despreciable. Pues, ¿qué es, pregunto, que si alguien dice que son santos y perfectos aquellos hombres cuya vida y costumbres la Iglesia de Cristo ha separado de cualquier superstición para aquellos que vienen a ella, y que, mediante la imitación de los buenos, de alguna manera se incorporan a sí mismos; estos buenos fieles y verdaderos siervos de Dios, dejando las cargas del mundo, han venido al santo lavacro del Bautismo, y de allí, ascendiendo, dan fruto de la doble caridad, es decir, de Dios y del prójimo: ¿qué es, entonces, que si alguien dice esto, deleita menos al oyente que si expone ese mismo sentido en el lugar del Cantar de los Cantares, donde se dice a la Iglesia, cuando se la alaba como a una hermosa mujer, Tus dientes son como un rebaño de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero, todas ellas con crías gemelas, y no hay estéril entre ellas (Cant. IV, 2)? ¿Acaso aprende el hombre algo diferente que cuando escuchaba aquello con palabras clarísimas, sin el auxilio de esta similitud? Y, sin embargo, no sé cómo, pero veo con más agrado a los santos cuando los veo como dientes de la Iglesia, cortando a los hombres de sus errores y transfiriéndolos a su cuerpo, suavizada la dureza, como si fueran mordidos y mansos. También reconozco con gran alegría a las ovejas trasquiladas, dejando las cargas seculares como si fueran vellones, y subiendo del lavadero, es decir, del Bautismo, creando todos gemelos, es decir, los dos preceptos del amor, y veo que no hay estéril en este santo fruto.

8. Pero, ¿por qué veo esto con más agrado que si no se ofreciera tal similitud en los Libros divinos, siendo la misma cosa y el mismo conocimiento, es difícil de decir, y es otra cuestión. Sin embargo, ahora nadie duda de que las cosas se conocen con más agrado a través de similitudes, y que lo que se busca con alguna dificultad se encuentra con mucho más placer. Pues quienes no encuentran en absoluto lo que buscan, sufren de hambre; pero quienes no buscan porque lo tienen a mano, a menudo se marchitan por el hastío: en ambos casos, se debe evitar la languidez. Por tanto, el Espíritu Santo ha dispuesto magnífica y saludablemente las Escrituras sagradas de tal manera que en los lugares más claros se satisfaga el hambre, y en los más oscuros se elimine el hastío. Pues casi nada se extrae de esas oscuridades que no se encuentre dicho claramente en otro lugar.

CAPÍTULO VII.---Grados hacia la sabiduría: primero, temor; segundo, piedad; tercero, ciencia; cuarto, fortaleza; quinto, consejo; sexto, purificación del corazón; séptimo grado o fin, sabiduría.

9. Ante todo, es necesario convertirse al temor de Dios para conocer su voluntad, lo que nos manda desear y evitar. Este temor debe infundir el pensamiento sobre nuestra mortalidad y la muerte futura, y como si clavara la carne, fijar todos los movimientos de orgullo al madero de la cruz. Luego, es necesario suavizarse con piedad, y no contradecir la Escritura divina, ya sea entendida, si golpea algunos de nuestros vicios; o no entendida, como si pudiéramos saber mejor y prescribir mejor: sino pensar y creer que es mejor y más verdadero lo que está escrito allí, incluso si está oculto, que lo que podemos saber por nosotros mismos.

10. Después de estos dos grados de temor y piedad, se llega al tercer grado de ciencia, del cual ahora he decidido hablar. Pues en él se ejercita todo estudioso de las Escrituras divinas, no encontrando en ellas otra cosa que amar a Dios por Dios, y al prójimo por Dios: y a Él, amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente; y al prójimo como a uno mismo (Mat. XXII, 37 y 39), es decir, que todo el amor al prójimo, así como el nuestro, se refiera a Dios. Sobre estos dos preceptos, cuando tratamos sobre las cosas, hablamos en el libro anterior. Por tanto, es necesario que primero uno se encuentre en las Escrituras implicado en el amor a este mundo, es decir, a las cosas temporales, estando lejos de tanto amor a Dios y tanto amor al prójimo como prescribe la misma Escritura. Entonces, aquel temor que piensa en el juicio de Dios, y aquella piedad que no puede sino creer y ceder a la autoridad de los Libros santos, lo lleva a lamentarse de sí mismo. Pues esta ciencia hace al hombre de buena esperanza, no jactancioso, sino lamentándose: con este afecto obtiene con oraciones diligentes el consuelo de la ayuda divina, para no quebrarse por la desesperación, y comienza a estar en el cuarto grado, es decir, de fortaleza, donde se tiene hambre y sed de justicia. Con este afecto se extrae de toda mortal delectación de las cosas pasajeras, y apartándose de ellas, se convierte al amor de las eternas, a la unidad inmutable y la misma Trinidad.

11. Cuando la ha contemplado, tanto como puede, resplandeciendo en la lejanía, y ha percibido que no puede sostener esa luz por la debilidad de su visión; en el quinto grado, es decir, en el consejo de la misericordia, purifica el alma que de algún modo se agita y se opone a sí misma por el apetito de las cosas inferiores con las impurezas concebidas. Aquí se ejercita suavemente en el amor al prójimo, y en él se perfecciona; y lleno ya de esperanza y entero en fuerzas, cuando ha llegado hasta el amor al enemigo, asciende al sexto grado, donde ya purifica el ojo, con el que Dios puede ser visto, tanto como pueden aquellos que mueren a este mundo tanto como pueden. Pues en la medida en que mueren a este mundo, ven; en la medida en que viven para él, no ven. Y por eso, aunque ya más cierta, y no solo más tolerable, sino también más agradable, comienza a aparecer la visión de aquella luz; sin embargo, se dice que aún se ve en enigma y por espejo (I Cor. XIII, 12), porque se camina más por fe que por visión, mientras peregrinamos en esta vida (II Cor. V, 6, 7), aunque tengamos nuestra conversación en los cielos (Filip. III, 20). En este grado purifica el ojo del corazón, de modo que no prefiere ni siquiera al prójimo a la verdad; por tanto, tampoco a sí mismo, porque tampoco a aquel a quien ama como a sí mismo. Este santo será, por tanto, de corazón tan simple y purificado, que no se desviará de la verdad por el deseo de agradar a los hombres, ni por el respeto a evitar cualquier inconveniente propio que se oponga a esta vida. Tal hijo asciende a la sabiduría, que es la última y séptima, con la que disfruta pacífico y tranquilo. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX, 10, y Ecli. I, 16). Desde él hasta ella se tiende a través de estos grados, y se llega.

CAPÍTULO VIII.---Libros canónicos.

12. Pero volvamos nuestra consideración a ese tercer grado, sobre el cual hemos decidido hablar y tratar lo que el Señor sugiera. Será, por tanto, un investigador muy diligente de las Escrituras divinas, quien primero las haya leído todas, y las tenga conocidas, aunque no aún por el entendimiento, al menos por la lectura, al menos aquellas que se llaman canónicas. Pues las demás las leerá con más seguridad, instruido por la fe de la verdad, para que no ocupen su mente débil, y engañándolo con peligrosas mentiras y fantasías, prejuzguen algo contra la sana inteligencia. En las Escrituras canónicas, siga la autoridad de las muchas Iglesias católicas; entre las cuales, ciertamente, estén aquellas que han merecido tener Sedes apostólicas y recibir Epístolas. Por tanto, mantendrá este método en las Escrituras canónicas, que prefiera aquellas que son aceptadas por todas las Iglesias católicas, a aquellas que

algunas no aceptan: en aquellas que no son aceptadas por todas, prefiera aquellas que son aceptadas por más y más graves, a aquellas que son tenidas por menos y de menor autoridad. Si encuentra que unas son tenidas por más, y otras por más graves, aunque esto no pueda encontrarlo fácilmente, creo que deben ser tenidas como de igual autoridad.

13. Todo el canon de las Escrituras, en el cual decimos que debe versarse esta consideración, se contiene en estos libros: Cinco de Moisés, es decir, Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio; y un libro de Josué, uno de Jueces, un librito que se llama Rut, que parece pertenecer más al principio de los Reyes; luego cuatro de los Reyes, y dos de las Crónicas, no consecutivos, sino como añadidos al lado y continuando juntos. Esta es la historia, que contiene los tiempos conectados entre sí, y el orden de las cosas: hay otros como de diverso orden, que no se conectan ni con este orden, ni entre sí, como Job, Tobías, Ester, Judit, y los dos libros de los Macabeos, y los dos de Esdras, que parecen más bien seguir aquella historia ordenada hasta los Reyes o las Crónicas terminadas: luego los Profetas, en los cuales un libro de Salmos de David; y tres de Salomón, Proverbios, Cantar de los Cantares, y Eclesiastés. Pues aquellos dos libros, uno que se titula Sabiduría, y otro que se titula Eclesiástico, se dice que son de cierta similitud de Salomón: pues se afirma con gran constancia que Jesús Sirac los escribió, que, sin embargo, como han merecido ser recibidos en la autoridad, deben ser contados entre los proféticos. Los restantes son los libros de aquellos que propiamente se llaman Profetas, doce libros de Profetas individuales, que conectados entre sí, ya que nunca se han separado, se tienen por uno: los nombres de estos Profetas son estos, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías: luego hay cuatro Profetas de volúmenes mayores, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel. Con estos cuarenta y cuatro libros se termina la autoridad del Antiguo Testamento: del Nuevo, con cuatro libros del Evangelio, según Mateo, según Marcos, según Lucas, según Juan; catorce Epístolas del apóstol Pablo, a los Romanos, dos a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, dos a los Tesalonicenses, a los Colosenses, dos a Timoteo, a Tito, a Filemón, a los Hebreos; dos de Pedro; tres de Juan; una de Judas, y una de Santiago; un libro de los Hechos de los Apóstoles, y un libro del Apocalipsis de Juan.

CAPÍTULO IX.---Cómo dedicarse al estudio de la Escritura.

14. En todos estos libros, los que temen a Dios y son mansos por piedad, buscan la voluntad de Dios. La primera observación de esta obra y labor es, como hemos dicho, conocer estos libros, aunque aún no en el entendimiento, al menos leyéndolos o memorizándolos, o al menos no tenerlos completamente desconocidos. Luego, aquellas cosas que están puestas claramente en ellos, ya sean preceptos de vida o reglas de fe, deben ser investigadas con más diligencia y cuidado: cuanto más se encuentra de estas, más capaz es uno de inteligencia. Pues en las cosas que están claramente puestas en las Escrituras, se encuentran todas aquellas que contienen la fe y las costumbres de vida, es decir, la esperanza y la caridad, de las cuales tratamos en el libro anterior. Entonces, habiendo adquirido cierta familiaridad con el mismo lenguaje de las Escrituras divinas, se debe proceder a abrir y discutir las cosas que son oscuras, para que de las más manifiestas se tomen ejemplos para ilustrar las locuciones más oscuras, y ciertos testimonios de sentencias quiten la duda a las inciertas. En esto, la memoria es de gran valor: si falta, no puede darse con estos preceptos.

CAPÍTULO X.---La Escritura puede no entenderse por signos desconocidos o ambiguos.

15. Las cosas escritas no se entienden por dos causas, si están cubiertas por signos desconocidos o ambiguos. Los signos son propios o trasladados. Se llaman propios cuando se emplean para significar las cosas para las que fueron instituidos; como decimos buey, cuando

entendemos el ganado, que todos los que hablan latín con nosotros llaman con este nombre. Son trasladados cuando las mismas cosas que significamos con palabras propias se usan para significar otra cosa: como decimos buey, y por estas dos sílabas entendemos el ganado que suele llamarse con este nombre; pero nuevamente por ese ganado entendemos al evangelista, que la Escritura significó, interpretando el Apóstol, diciendo, No pondrás bozal al buey que trilla (I Cor. IX, 9).

CAPÍTULO XI.---Para eliminar la ignorancia de los signos, es necesario el conocimiento de las lenguas, especialmente la griega y la hebrea.

16. Contra los signos propios desconocidos, el gran remedio es el conocimiento de las lenguas. Y los hombres de lengua latina, a quienes ahora hemos asumido instruir, necesitan dos otras para el conocimiento de las Escrituras divinas, hebrea y griega; para que se recurra a los ejemplares precedentes, si alguna duda trae la infinita variedad de los intérpretes latinos. Aunque también encontramos a menudo palabras hebreas no interpretadas en los libros, como Amén, y Aleluya, y Raca, y Hosanna, y si hay otras: algunas de las cuales, por una autoridad más sagrada, aunque pudieron ser interpretadas, se ha conservado la antigüedad, como Amén, y Aleluya; otras, sin embargo, se dice que no pudieron ser trasladadas a otra lengua, como las otras dos que mencionamos. Pues hay ciertas palabras de ciertas lenguas que no pueden pasar al uso de otra lengua por interpretación. Y esto sucede especialmente con las interjecciones, que son palabras que significan más un movimiento del ánimo que alguna parte de una sentencia concebida; pues también se dice que estas dos son así: dicen que Raca es una voz de indignación, Hosanna de alegría. Pero no por estas pocas, que es muy fácil notar e interrogar, sino por las diversidades, como se ha dicho, de los intérpretes, es necesario el conocimiento de esas lenguas. Pues quienes tradujeron las Escrituras del hebreo al griego, pueden contarse; pero los intérpretes latinos de ningún modo. Pues como a cualquiera en los primeros tiempos de la fe le llegó a las manos un códice griego, y parecía tener alguna facultad de ambas lenguas, se atrevió a interpretar.

CAPÍTULO XII.---La diversidad de interpretaciones es útil. El error del intérprete puede ocurrir por la ambigüedad de las palabras.

17. Esta situación ha ayudado más a la comprensión que la ha impedido, si los lectores no son negligentes. Pues la inspección de varios códices a menudo ha manifestado algunas sentencias más oscuras, como aquello del profeta Isaías que un intérprete tradujo, Y no desprecies a los de tu propia carne; otro, Y no desprecies a tu carne (Is. LVIII, 7): ambos se atestiguan mutuamente. Pues uno se explica por el otro, ya que carne podría tomarse propiamente, para que uno se considere advertido de no despreciar su propio cuerpo; y los de tu propia carne, en sentido figurado, podrían entenderse como los cristianos, nacidos espiritualmente con nosotros del mismo semilla de la palabra: ahora, al comparar el sentido de los intérpretes, surge una sentencia más probable de que se trata de un precepto de no despreciar a los consanguíneos, ya que cuando se refiere a carne, los consanguíneos son los que principalmente vienen a la mente; de donde creo que es aquello del Apóstol que dice, Si de alguna manera puedo provocar a emulación a mi carne, para salvar a algunos de ellos (Rom. XI, 14); es decir, para que emulando a aquellos que habían creído, ellos también creyeran. Pues llamó carne suya a los judíos, por la consanguinidad. Asimismo, aquello del mismo profeta Isaías, Si no creéis, no entenderéis; otro lo interpretó, Si no creéis, no permaneceréis (Is. VII, 9): cuál de ellos siguió las palabras, es incierto a menos que se lean los ejemplares de la lengua precedente. Pero, sin embargo, algo grande se insinúa a los que leen con conocimiento. Pues es difícil que los intérpretes tan diversos entre sí no se toquen de alguna manera en alguna vecindad. Por tanto, ya que el entendimiento está en la visión

sempiterna, pero la fe en ciertos cunas de cosas temporales como leche alimenta a los pequeños; ahora, sin embargo, caminamos por fe, no por visión (II Cor. V, 7); pero si no caminamos por fe, no podremos llegar a la visión que no pasa, sino que permanece, adhiriéndonos a la verdad con el entendimiento purificado: por eso uno dijo, Si no creéis, no permaneceréis; y el otro, Si no creéis, no entenderéis.

18. Y a menudo el intérprete se equivoca por la ambigüedad de la lengua precedente, cuando no le es bien conocida la sentencia, y transfiere esa significación que está completamente ajena al sentido del escritor: como algunos códices tienen, Agudos son sus pies para derramar sangre; pues ὀξύς en griego significa tanto agudo como veloz. Aquel, por tanto, vio la sentencia, quien tradujo, Veloces son sus pies para derramar sangre (Sal. XIII, 3); pero el otro, llevado por el signo ambiguo a otra parte, erró. Y tales cosas no son oscuras, sino falsas: cuya condición es diferente; pues no se debe mandar entender tales códices, sino corregirlos. De aquí también es aquello, ya que μόσχος en griego se dice de los becerros, algunos no entendieron que μοσχεύματα son plantaciones, y lo interpretaron como becerros: este error ha ocupado tantos códices, que apenas se encuentra escrito de otra manera; y, sin embargo, la sentencia es clarísima, porque se aclara con las palabras siguientes: pues, Las plantaciones adulterinas no darán raíces profundas (Sab. IV, 3), se dice más convenientemente que becerros, que caminan con los pies en la tierra y no se adhieren con raíces. Esta traducción en ese lugar también la custodian los demás contextos.

CAPÍTULO XIII.---De dónde puede corregirse el vicio de la interpretación.

19. Pero como la verdadera interpretación, que muchos intérpretes intentan expresar según su capacidad y juicio, no se revela a menos que se examine en el idioma del cual se traduce; y a menudo el intérprete se desvía del sentido del autor si no es muy erudito: o bien se debe buscar el conocimiento de aquellas lenguas de las cuales la Escritura ha llegado al latín; o se deben tener las interpretaciones de aquellos que se han atado demasiado a las palabras; no porque sean suficientes, sino para que a partir de ellas se descubra la verdad o el error de otros, que han preferido seguir interpretando no tanto las palabras como los sentidos. Pues no solo se trasladan palabras individuales, sino también locuciones que, si alguien desea mantener la costumbre de los antiguos que hablaron latín, no pueden pasar al uso de la lengua latina. A veces no quitan nada al entendimiento, pero ofenden a aquellos que se deleitan más con las cosas, cuando incluso en sus signos se conserva cierta integridad. Pues el solecismo, como se le llama, no es otra cosa que cuando las palabras no se ajustan a la ley con la que se ajustaron quienes hablaron antes que nosotros con alguna autoridad. Porque si se dice "Inter homines" o "Inter hominibus", no afecta al conocedor de las cosas. Asimismo, el barbarismo no es otra cosa que una palabra pronunciada con letras o sonido que no es el acostumbrado por quienes hablaron latín antes que nosotros. Porque si se dice "Ignoscere" con la tercera sílaba larga o corta, no le importa mucho a quien pide a Dios que perdone sus pecados, de cualquier manera que pueda sonar esa palabra. ¿Qué es entonces la integridad de la locución, sino la conservación de una costumbre ajena, afirmada por la autoridad de los antiguos hablantes?

20. Sin embargo, los hombres se ofenden más por esto cuanto más débiles son; y son más débiles cuanto más desean parecer doctos, no por el conocimiento de las cosas que nos edifica, sino por el de los signos, que es difícil no inflarse con él, ya que incluso el conocimiento de las cosas a menudo levanta el cuello, a menos que sea reprimido por el yugo del Señor. ¿Qué importa al entendimiento que esté escrito: "¿Qué tierra es aquella en la que habitan, si es buena o mala; y qué ciudades son aquellas en las que habitan?" (Núm. XIII,

20)? Esta locución me parece más de lengua ajena que de algún sentido más profundo. Aquello que ya no podemos quitar de la boca de los cantantes del pueblo, "Sobre él florecerá mi santificación" (Sal. CXXXI, 18), ciertamente no quita nada al sentido: sin embargo, un oyente más experto preferiría corregirlo para que no se dijera "florecerá", sino "florece"; y nada impide la corrección, excepto la costumbre de los cantantes. Estas cosas, por lo tanto, pueden ser fácilmente despreciadas si alguien no quiere evitarlas, ya que no quitan nada al entendimiento sano. Pero aquello que dice el Apóstol, "Lo que es necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo que es débil de Dios es más fuerte que los hombres" (1 Cor. I, 25): si alguien quisiera conservar la locución griega en ello, diciendo, "Lo que es necio de Dios es más sabio que de los hombres; y lo que es débil de Dios es más fuerte que de los hombres"; la intención del lector atento iría a la verdad del sentido, pero alguien más lento o no lo entendería, o lo entendería de manera perversa. Pues no solo es una locución viciosa en la lengua latina, sino que también cae en ambigüedad; como si lo necio de los hombres o lo débil de los hombres pareciera ser más sabio o más fuerte que de Dios. Aunque también aquello, "es más sabio que los hombres", no carece de ambigüedad, aunque carezca de solecismo. Porque si se dice "a estos hombres" desde "a este hombre"; o "de estos hombres" desde "de este hombre", no se revela sino por la iluminación del sentido. Por lo tanto, es mejor decir, "Es más sabio que los hombres, y más fuerte que los hombres".

CAPÍTULO XIV.---De dónde obtener el conocimiento de una palabra o locución desconocida.

21. Hablaremos después de los signos ambiguos; ahora tratamos de los desconocidos, de los cuales hay dos formas, en cuanto a las palabras se refiere. Pues o una palabra desconocida hace que el lector se detenga, o una locución desconocida. Si vienen de lenguas extranjeras, se deben buscar de los hablantes de esas lenguas, o si hay tiempo y talento, se deben aprender esas mismas lenguas, o se debe consultar la comparación de varios intérpretes. Pero si ignoramos algunas palabras o locuciones de nuestra propia lengua, se hacen conocidas por la costumbre de leer y escuchar. Ciertamente, no hay nada más digno de ser memorizado que esos géneros de palabras y locuciones que ignoramos; para que cuando se presente alguien más experto de quien se pueda preguntar, o una lectura tal que por lo que precede o sigue o ambos, muestre qué fuerza tiene o qué significa lo que ignoramos, podamos fácilmente, con la ayuda de la memoria, advertir y aprender. Aunque tan grande es la fuerza de la costumbre incluso para aprender, que quienes han sido de alguna manera nutridos y educados en las Escrituras sagradas, se maravillan más de otras locuciones, y las consideran menos latinas que aquellas que aprendieron en las Escrituras, y que no se encuentran en los autores de la lengua latina. Aquí también ayuda mucho la abundancia de intérpretes, inspeccionados y discutidos los códices comparados; siempre que esté ausente la falsedad: pues la diligencia de aquellos que desean conocer las Escrituras divinas debe vigilar primero la corrección de los códices, para que los no corregidos cedan a los corregidos, viniendo de un solo género de interpretación.

CAPÍTULO XV.---Se recomienda la versión latina Itala y la griega de los Setenta intérpretes.

22. En las mismas interpretaciones, se debe preferir la Itala a las demás; pues es más fiel a las palabras con claridad de sentido. Y para corregir cualquier texto latino, se deben emplear los griegos, entre los cuales destaca la autoridad de los Setenta intérpretes en lo que respecta al Antiguo Testamento; quienes se dice que interpretaron con tanta presencia del Espíritu Santo en todas las Iglesias más expertas, que fue una sola voz de tantos hombres. Si, como se dice, y muchos dignos de fe lo proclaman, cada uno interpretó en celdas separadas, no se encontró en el código de ninguno de ellos algo que no se encontrara con las mismas palabras y en el

mismo orden en los demás; ¿quién se atrevería a comparar algo con esta autoridad, y mucho menos a preferirla? Pero si se reunieron para que una voz común de todos fuera hecha por juicio y deliberación, tampoco entonces es apropiado o decente que un solo hombre, por cualquier pericia, aspire a corregir el consenso de tantos ancianos y doctos. Por lo tanto, aunque algo se encuentre diferente en los ejemplares hebreos de lo que ellos establecieron, creo que se debe ceder a la disposición divina que se hizo a través de ellos, para que los libros que la nación judía no quería entregar a otros pueblos, ya sea por religión o envidia, fueran entregados a las naciones que creerían en el Señor, mucho antes por el poder del ministro del rey Ptolomeo. Así que es posible que ellos interpretaran de tal manera que el Espíritu Santo, que los guiaba y que hizo una sola voz para todos, juzgó que era adecuado para las naciones. Sin embargo, como dije antes, la comparación de estos intérpretes que se aferraron más a las palabras no es inútil para explicar a menudo el sentido. Por lo tanto, los códices latinos del Antiguo Testamento, si es necesario, deben ser corregidos por la autoridad de los griegos, especialmente de aquellos que se dice que interpretaron con una sola voz entre los Setenta. Pero los libros del Nuevo Testamento, si algo vacila en las variantes latinas, no hay duda de que deben ceder a los griegos, y especialmente a los que se encuentran en las Iglesias más doctas y diligentes.

CAPÍTULO XVI.---Para entender los signos traducidos, ayuda tanto el conocimiento de las lenguas como de las cosas.

23. En cuanto a los signos traducidos, si algún desconocido obliga al lector a detenerse, se deben investigar en parte por el conocimiento de las lenguas, en parte por el de las cosas. Pues algo vale por la similitud, y sin duda insinúa algún secreto la piscina de Siloé, donde se le ordenó lavar el rostro a quien el Señor había ungido los ojos con lodo hecho de saliva (Juan IX, 7): pero este nombre de lengua desconocida, si el Evangelista no lo hubiera interpretado, un gran entendimiento permanecería oculto. Así también muchos nombres hebreos que no han sido interpretados por los autores de los mismos libros, no cabe duda de que tienen un gran valor y ayuda para resolver los enigmas de las Escrituras, si alguien puede interpretarlos: lo cual algunos hombres expertos en la misma lengua han hecho, no sin un beneficio considerable para la posteridad, quienes han interpretado todos esos términos separados de las Escrituras; y qué significa Adán, qué Eva, qué Abraham, qué Moisés; o incluso los nombres de lugares, qué significa Jerusalén, o Sion, o Jericó, o Sinaí, o Líbano, o Jordán; o cualquier otro nombre en esa lengua que nos sea desconocido: al abrirse e interpretarse, muchas locuciones figuradas en las Escrituras se manifiestan.

24. La ignorancia de las cosas, sin embargo, hace oscuras las locuciones figuradas, cuando ignoramos las naturalezas de los animales, de las piedras, de las hierbas, o de otras cosas que a menudo se ponen en las Escrituras por alguna similitud. Pues también sobre la serpiente, que es conocido, que ofrece todo su cuerpo como cabeza a los que la golpean, cuanto ilustra ese sentido en el que el Señor nos manda ser astutos como serpientes (Mat. X, 16); para que, por nuestra cabeza, que es Cristo, ofrezcamos más bien el cuerpo a los perseguidores, no sea que la fe cristiana parezca morir en nosotros si, al cuidar el cuerpo, negamos a Dios. O aquello, que se dice que al ser comprimida por las estrecheces de una caverna, al despojarse de su antigua piel, recibe nuevas fuerzas, cuanto concuerda para imitar la misma astucia de la serpiente, y despojarse del viejo hombre, como dice el Apóstol, para revestirse del nuevo (Efes. IV, 22, 24; Col. III, 9, 10); y despojarse a través de las estrecheces, como dice el Señor, "Entrad por la puerta estrecha" (Mat. VII, 13). Así como el conocimiento de la naturaleza de la serpiente ilustra muchas similitudes que la Escritura suele dar de este animal; así la ignorancia de algunos animales que no menos menciona por similitudes, impide mucho al entendimiento. Así de las piedras, así de las hierbas, o de cualquier cosa que se mantenga con

raíces. Pues también el conocimiento del carbunco, que brilla en la oscuridad, ilumina muchas cosas oscuras de los libros, dondequiera que se ponga por similitud; y la ignorancia del berilo o del diamante a menudo cierra las puertas de la inteligencia. No es fácil entender por qué el ramito de olivo, que la paloma llevó de regreso al arca, significa paz perpetua (Gén. VIII, 11), a menos que sepamos que el suave contacto del aceite no se corrompe fácilmente por humedad ajena, y que el árbol mismo permanece siempre verde. Muchos, sin embargo, debido a la ignorancia del hisopo, mientras desconocen qué poder tiene, ya sea para purificar el pulmón, o, como se dice, para penetrar las rocas con sus raíces, aunque es una hierba corta y humilde, no pueden encontrar en absoluto por qué se dijo, "Rociame con hisopo, y seré limpio" (Sal. L, 9).

25. La ignorancia de los números también hace que muchas cosas no se entiendan, puestas de manera figurada y mística en las Escrituras. Pues el ingenio, por así decirlo, ingenuo no puede dejar de ser movido por lo que significa que tanto Moisés, como Elías, como el mismo Señor ayunaron cuarenta días (Éx. XXIV, 18; III Reg. XIX, 8; y Mat. IV, 2). El nudo figurado de esta acción no se desata sino por el conocimiento y la consideración de este número. Pues tiene el diez cuatro veces, como si la cognición de todas las cosas estuviera entretrejida en los tiempos. Porque el número cuatro realiza tanto los ciclos diurnos como anuales: los diurnos con los espacios de horas matutinas, meridianas, vespertinas y nocturnas; los anuales con los meses de primavera, verano, otoño e invierno. Pero de la delectación de los tiempos, mientras vivimos en los tiempos, debemos abstenernos y ayunar por la eternidad en la que queremos vivir: aunque la misma doctrina de despreciar los tiempos y desear los eternos se nos insinúa por el curso de los tiempos. Además, el número diez significa el conocimiento del Creador y la criatura: pues la trinidad es del Creador, y el número siete indica la criatura, por la vida y el cuerpo. Pues en aquella hay tres cosas, de donde también se debe amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente (Id. XXII, 37); en el cuerpo, sin embargo, aparecen cuatro elementos manifiestísimos, de los cuales consta. En este diez, por lo tanto, mientras se nos insinúa temporalmente, es decir, se multiplica por cuatro, se nos aconseja vivir castamente y continentemente, absteniéndonos de la delectación de los tiempos, esto es, ayunar cuarenta días. Esto lo aconseja la Ley, cuya persona está en Moisés, esto lo aconseja la Profecía, cuya persona lleva Elías, esto lo aconseja el mismo Señor; quien, teniendo testimonio de la Ley y los Profetas, resplandeció en medio de ellos en el monte, visto y asombrado por tres discípulos (Id., XVII, 2, 3). Luego se pregunta cómo el número cincuenta surge del número cuarenta, que no es poco sagrado en nuestra religión por el Pentecostés (Hech. II), y cómo, multiplicado por tres por los tres tiempos, antes de la Ley, bajo la Ley, bajo la Gracia, o por el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con la misma Trinidad añadida más eminentemente, se refiere al misterio de la Iglesia purísima, y llega a los ciento cincuenta y tres peces que las redes, echadas a la derecha después de la resurrección del Señor, capturaron (Juan XXI, 11). Así, en muchas otras formas de números, se ponen ciertos secretos de similitudes en los libros sagrados, que están cerrados para los lectores debido a la ignorancia de los números.

26. No poca cosa también cierra y oculta la ignorancia de algunas cosas musicales. Pues también sobre la diferencia entre el salterio y la cítara, alguien no sin razón ha abierto algunas figuras de cosas: y el salterio de diez cuerdas (Sal. XXXII, 2; y Sal. XCI, 4), no se pregunta sin razón entre los doctos si tiene alguna ley musical que obligue a tal número de cuerdas; o si no la tiene, por eso mismo el número debe ser tomado más sagradamente, ya sea por el decálogo de la Ley, sobre el cual también si se pregunta, no debe referirse sino al Creador y la criatura, o por el mismo diez expuesto anteriormente. Y ese número de la edificación del templo, que se menciona en el Evangelio, cuarenta y seis años (Juan II, 20), suena algo

musical; y referido a la estructura del cuerpo del Señor, por la cual se hizo mención del templo, obliga a algunos herejes a confesar que el Hijo de Dios no fue revestido de un cuerpo falso, sino verdadero y humano: y encontramos en muchos lugares de las Escrituras sagradas que tanto el número como la música se ponen honorablemente.

CAPÍTULO XVII.---Origen de la fábula de las nueve Musas.

27. No deben ser escuchados los errores de las supersticiones gentiles, que fingieron que las nueve Musas eran hijas de Júpiter y Memoria. Los refuta Varrón, quien no sé si puede haber alguien más docto o curioso que él en tales cosas entre ellos. Pues dice que una ciudad, cuyo nombre no recuerdo, encargó a tres artesanos tres estatuas de Musas, para que las colocaran como ofrenda en el templo de Apolo, y que el artesano cuyas obras fueran más bellas, fuera elegido para comprarlas. Así sucedió que esos artesanos también expusieron sus obras igualmente bellas, y a la ciudad le agradaron todas las nueve, y todas fueron compradas para ser dedicadas en el templo de Apolo; a las cuales después, dice, el poeta Hesíodo les impuso nombres. No fue, por lo tanto, Júpiter quien engendró nueve Musas, sino tres artesanos quienes crearon tres cada uno. Pero la ciudad no encargó tres porque las hubiera visto en sueños, o porque se hubieran mostrado a los ojos de alguno de ellos; sino porque era fácil advertir que todo sonido, que es la materia de las canciones, es triforme por naturaleza. O se produce por la voz, como es el caso de quienes cantan con la garganta sin instrumento; o por el soplo, como en las trompetas y flautas; o por el golpe, como en las cítaras y tambores, y en cualquier otro instrumento que sea sonoro al ser golpeado.

CAPÍTULO XVIII.---Lo que los profanos han dicho bien, no debe ser despreciado.

28. Pero ya sea que lo que Varrón relató sea así o no; no debemos evitar la música por la superstición de los profanos, si podemos tomar algo útil de ella para entender las Escrituras sagradas; ni convertirnos en sus vanidades teatrales, si discutimos algo sobre las cítaras y los órganos que pueda valer para captar lo espiritual. Pues no debimos dejar de aprender las letras porque dicen que su inventor fue Mercurio; o porque dedicaron templos a la justicia y la virtud, y prefirieron adorar en piedras lo que debe llevarse en el corazón, por eso debemos evitar la justicia y la virtud: más bien, quien sea un buen y verdadero cristiano, debe entender que pertenece a su Señor, dondequiera que encuentre la verdad, que confesando y reconociendo, incluso en las Escrituras sagradas, repudie las ficciones supersticiosas; y lamente a los hombres y se cuide de ellos, que conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció: pues profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles (Rom. I, 21 ss.).

CAPÍTULO XIX.---Dos tipos de doctrinas encontradas entre los gentiles.

29. Pero para explicar más diligentemente todo este lugar, pues es sumamente necesario; hay dos tipos de doctrinas que se ejercen incluso en las costumbres gentiles. Una de las cosas que los hombres han instituido; otra de las que han observado ya realizadas o instituidas divinamente. Aquella que es según las instituciones de los hombres, es en parte supersticiosa, en parte no lo es.

CAPÍTULO XX.---Algunas ciencias instituidas por los hombres están llenas de supersticiones. Un dicho gracioso de Catón.

30. Es supersticioso todo lo que ha sido instituido por los hombres para hacer y adorar ídolos, o para adorar como Dios a la criatura o a alguna parte de la criatura; o para consultas y ciertos pactos de significados acordados y federados con los demonios, como son los esfuerzos de las artes mágicas, que los poetas suelen mencionar más bien que enseñar. De este género son, pero con una vanidad más permisiva, los libros de los arúspices y augures. A este género pertenecen también todas las ligaduras y remedios, que la disciplina de los médicos también condena, ya sea en encantamientos, o en ciertos signos que llaman caracteres, o en cualquier cosa que se suspenda o ate, o incluso se adapte de alguna manera, no para la temperancia de los cuerpos, sino para ciertos significados ocultos o incluso manifiestos; que llaman con un nombre más suave física, para que no parezca que implican superstición, sino que benefician por naturaleza: como son los pendientes en la parte superior de las orejas individuales, o los anillos de huesos de avestruz en los dedos, o cuando se te dice al que tiene hipo, que sostengas el pulgar izquierdo con la mano derecha.

31. A esto se añaden miles de observaciones vanas, como si un miembro del cuerpo se moviera involuntariamente, si al caminar juntos unos amigos un perro, un niño o una piedra se interpusieran entre ellos: y aquello de pisar una piedra, como si fuera un separador de la amistad, es menos molesto que golpear con el puño a un niño inocente si se interpone mientras caminan juntos. Pero es curioso que a veces los niños se vengan de los perros: pues algunos son tan supersticiosos que incluso se atreven a golpear al perro que se interpone, no sin consecuencias; ya que a veces, por un remedio vano, el perro envía rápidamente a su agresor al médico verdadero. De aquí también provienen cosas como pisar el umbral al pasar frente a su casa; regresar a la cama si alguien estornuda mientras se calza; volver a casa si tropieza al salir; cuando la ropa es roída por ratones, temer más por la sospecha de un mal futuro que lamentar el daño presente. De ahí que Cato dijera elegantemente, cuando fue consultado por alguien que decía que sus sandalias habían sido roídas por ratones; respondió que eso no era un presagio, sino que realmente habría sido un presagio si las sandalias hubieran roído a los ratones.

CAPÍTULO XXI.---Superstición de los matemáticos.

32. Tampoco deben ser separados de este tipo de superstición perniciosa aquellos que, llamados genethliacos por la consideración de los días natales, ahora comúnmente se les llama matemáticos. Pues aunque ellos persigan la verdadera posición de las estrellas cuando alguien nace, y a veces incluso la investiguen; sin embargo, al intentar predecir nuestras acciones o los resultados de las acciones a partir de ello, cometen un gran error y venden a personas ignorantes una miserable esclavitud. Pues cualquiera que entre libremente a un matemático de este tipo, paga dinero para salir de allí como esclavo de Marte, de Venus, o más bien de todos los astros; a los cuales aquellos que primero erraron, y transmitieron el error a las generaciones posteriores, les impusieron nombres de bestias por su similitud, o de hombres para honrar a los mismos hombres. No es de extrañar, pues incluso en tiempos más recientes, intentaron dedicar el astro que llamamos Lucero al honor y nombre del César romano. Y tal vez se habría hecho y habría pasado al olvido, si su abuela Venus no hubiera reclamado previamente este derecho de nombre; y no habría pasado a los herederos lo que nunca poseyó en vida ni pidió poseer. Pues cuando el lugar estaba vacío, y no estaba ocupado por el honor de alguno de los muertos anteriores, se hizo lo que suele hacerse en tales asuntos. En lugar de los meses quintilis y sextilis, llamamos Julio y Agosto, nombrados en honor a Julio César y César Augusto; para que fácilmente quien quiera pueda entender que también esos astros vagaban por el cielo sin estos nombres: pero cuando murieron aquellos cuya memoria los hombres se vieron obligados a honrar por el poder real, o les agradó por

vanidad humana, al imponer sus nombres a los astros, parecían elevarlos al cielo. Pero, sean llamados como sean por los hombres, son sin embargo astros, que Dios instituyó y ordenó como quiso; y su movimiento es cierto, por el cual se distinguen y varían los tiempos. Este movimiento, al nacer alguien, es fácil de notar, según las reglas inventadas y escritas por aquellos a quienes la Sagrada Escritura condena, diciendo: Si pudieron tanto saber, que pudieron estimar el mundo, ¿cómo no encontraron más fácilmente a su Señor? (Sab. XIII, 9).

CAPÍTULO XXII.---La observación de los astros para conocer la serie de la vida es vana.

33. Pero querer predecir los caracteres, acciones y eventos de los nacidos a partir de esa observación es un gran error y una gran demencia. Y entre aquellos que han aprendido a desaprender tales cosas, esta superstición se refuta sin ninguna duda. Las constelaciones que llaman, son la observación de las estrellas, cómo estaban cuando nació aquel de quien estos miserables son consultados por otros más miserables. Pero puede suceder que algunos gemelos nazcan tan seguidamente del útero, que no se pueda percibir ningún intervalo de tiempo entre ellos, y se anoten en los números de las constelaciones. Por lo tanto, es necesario que algunos gemelos tengan las mismas constelaciones, aunque no tengan los mismos eventos en las cosas que hacen o sufren, sino que a menudo sean tan dispares, que uno viva muy feliz y el otro muy infeliz: como hemos recibido que Esaú y Jacob nacieron gemelos, de tal manera que Jacob, que nació después, fue encontrado sosteniendo con su mano el talón del hermano que le precedía (Gen. XXV, 25). Ciertamente, el día y la hora del nacimiento de estos no podrían anotarse de otra manera, sino que la constelación de ambos sería una; y cuán diferentes son sus caracteres, hechos, trabajos y éxitos, lo testifica la Escritura, ya divulgada por todas las naciones.

34. No importa lo que dicen, que el mismo momento mínimo y estrechísimo de tiempo que separa el nacimiento de los gemelos, tiene gran importancia en la naturaleza y en la rapidísima velocidad de los cuerpos celestes. Pues aunque conceda que tiene gran importancia, sin embargo, no puede ser encontrado en las constelaciones por el matemático, quien al inspeccionarlas profesa predecir los destinos. Lo que no encuentra en las constelaciones, que necesariamente debe inspeccionar, ya sea de Jacob o de su hermano, ¿de qué le sirve si difiere en el cielo lo que temerariamente difama, y no difiere en la tabla que mira en vano? Por lo tanto, estas opiniones también, basadas en ciertos signos de cosas instituidas por presunción humana, deben referirse a aquellos mismos pactos y convenios con los demonios.

CAPÍTULO XXIII.---Por qué debe rechazarse la ciencia de los genethliacos.

35. De aquí proviene que, por un cierto juicio divino oculto, los hombres ávidos de cosas malas sean entregados para ser engañados y burlados según los méritos de sus voluntades, por ángeles transgresores que los engañan y burlan; a quienes esta parte inferior del mundo, según el bellísimo orden de las cosas, está sujeta por la ley de la providencia divina. Por estas ilusiones y engaños sucede que en estos géneros supersticiosos y perniciosos de adivinación se dicen muchas cosas pasadas y futuras, y no suceden de otra manera que como se dicen; y muchas cosas suceden a los observadores según sus observaciones, lo que los hace más curiosos y se enredan más y más en múltiples lazos de error perniciosísimo. Este tipo de fornicación del alma no ha sido pasado por alto por la divina Escritura; ni ha disuadido al alma de tal manera que por eso niegue que tales cosas deben ser seguidas porque se dicen falsamente por sus profesores, sino que incluso si os dicen, dice, y así sucede, no les creáis (Deut. XIII, 1-3). Pues no porque la imagen del muerto Samuel predijo verdaderamente al rey Saúl (I Reg. XXVIII, 14-20; Eccli. XLVI, 23), por eso son menos execrables los sacrilegios

por los cuales se presentó aquella imagen: ni porque en los Hechos de los Apóstoles una mujer ventrílocua dio verdadero testimonio de los Apóstoles del Señor, por eso el apóstol Pablo perdonó a aquel espíritu, y no más bien purificó a la mujer corrigiendo y expulsando aquel demonio (Act. XVI, 16-18).

36. Por lo tanto, todas las artes de este tipo de superstición vana o nociva, establecidas por una cierta sociedad pestilente de hombres y demonios, como pactos de una amistad infiel y engañosa, deben ser completamente rechazadas y evitadas por el cristiano: No porque el ídolo sea algo, dice el Apóstol, sino porque lo que sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no a Dios; y no quiero que os hagáis partícipes con los demonios (I Cor. X, 19, 20). Lo que el Apóstol dijo sobre los ídolos y los sacrificios que se ofrecen en su honor, debe ser entendido de todos los signos imaginarios, que llevan al culto de los ídolos, o a adorar la creación y sus partes como si fueran Dios, o que pertenecen al cuidado de remedios y otras observaciones; que no están divinamente constituidas para el amor de Dios y del prójimo como si fueran establecidas públicamente, sino que dispersan los corazones de los miserables por apetitos privados de cosas temporales. En todas estas doctrinas, por lo tanto, debe temerse y evitarse la sociedad de los demonios, que con su príncipe el diablo no intentan otra cosa que cerrar y obstruir nuestro regreso. Así como de las estrellas, que Dios creó y ordenó, se han instituido conjeturas humanas y engañosas por los hombres; así también de cualquier cosa nacida o de cualquier manera existente por la administración de la providencia divina, muchos han escrito muchas cosas con sospechas humanas, como si fueran conjeturadas regularmente, si acaso suceden de manera inusual, como si una mula pariera, o algo fuera golpeado por un rayo.

CAPÍTULO XXIV.---Sociedad y pacto con los demonios en el uso supersticioso de las cosas.

37. Todas estas cosas valen tanto como la presunción de los ánimos, como si estuvieran federadas con los demonios en una cierta lengua común. Sin embargo, todas están llenas de curiosidad pestilente, de preocupación torturante, de servidumbre mortal. Pues no porque valieran, fueron observadas; sino que al observarlas y señalarlas, se hizo que valieran. Y por eso, a diferentes personas les suceden de manera diferente según sus pensamientos y presunciones. Pues aquellos espíritus que quieren engañar, procuran a cada uno tales cosas, con las que ven que está enredado por sus sospechas y consensos. Así como, por ejemplo, una figura de la letra X que se marca en forma de cruz, significa una cosa para los griegos y otra para los latinos, no por naturaleza, sino por acuerdo y consenso de significación; y por eso quien conoce ambas lenguas, si quiere significar algo a un griego escribiendo, no pone esta letra en el significado en que la pone cuando escribe a un latino: y Beta, con un mismo sonido, es el nombre de una letra para los griegos y de una verdura para los latinos; y cuando digo, Lege, en estas dos sílabas, el griego entiende una cosa y el latino otra: así como todas estas significaciones mueven los ánimos según el consenso de cada sociedad, y porque el consenso es diverso, los mueven de manera diferente; y no por eso los hombres consintieron en ellas porque ya valían para significar, sino que valen porque consintieron en ellas: así también esos signos, por los cuales se establece una sociedad perniciosa con los demonios, valen según las observaciones de cada uno. Esto lo muestra claramente el rito de los augures, que tanto antes de observar, como después de haber retenido los signos observados, se esfuerzan por no ver los vuelos, ni oír las voces de las aves; porque no son signos, a menos que el consenso del observador se añada.

CAPÍTULO XXV.---En las instituciones humanas no supersticiosas hay algunas superfluas, otras convenientes y necesarias.

38. Una vez eliminadas y erradicadas del ánimo cristiano, deben considerarse las instituciones humanas no supersticiosas, es decir, no establecidas con los demonios, sino con los mismos hombres. Pues todo lo que vale entre los hombres porque ha sido acordado entre ellos que valga, son instituciones humanas: de las cuales algunas son superfluas y lujuriosas, otras convenientes y necesarias. Aquellos signos que los actores hacen al bailar, si valieran por naturaleza y no por institución y consenso de los hombres; no en los primeros tiempos, cuando un mimo bailaba, el pregonero anunciaba a los pueblos de Cartago lo que el bailarín quería que se entendiera. Lo cual aún recuerdan muchos ancianos, de cuyo relato solemos escuchar estas cosas. Lo cual debe creerse, porque ahora también si alguien inexperto en tales tonterías entra en el teatro, a menos que otro le diga qué significan esos movimientos, está atento en vano. Sin embargo, todos buscan una cierta similitud en significar, para que los mismos signos, en cuanto pueden, sean similares a las cosas que significan. Pero como de muchas maneras algo puede ser similar a algo, tales signos no son constantes entre los hombres, a menos que el consenso se añada.

39. En las pinturas y estatuas, y en otras obras simuladas de este tipo, especialmente de los artistas más hábiles, nadie se equivoca al ver similitudes, para reconocer a qué cosas son similares. Y todo este género debe contarse entre las instituciones superfluas de los hombres, a menos que importe qué de ellas, por qué causa, y dónde, y cuándo, y por la autoridad de quién se haga. Pues miles de ficciones y falsedades, cuyos engaños deleitan a los hombres, son instituciones humanas. Y nada más propio de los hombres, que tienen de sí mismos, debe considerarse que las cosas falsas y mentirosas. Las instituciones humanas convenientes y necesarias son aquellas que, en el hábito y el culto del cuerpo, se han acordado para distinguir los sexos o los honores; y los innumerables géneros de significaciones sin las cuales la sociedad humana no se lleva a cabo en absoluto, o menos cómodamente; y las que en los pesos y medidas, y en las impresiones o valoraciones de las monedas, son propias de cada ciudad y pueblo; y otras cosas de este tipo, que si no fueran instituciones humanas, no serían diversas entre diferentes pueblos, ni se cambiarían en los mismos pueblos según el arbitrio de sus gobernantes.

40. Pero toda esta parte de las instituciones humanas, que contribuyen al uso necesario de la vida, no debe ser evitada por el cristiano; más bien, debe ser observada en cuanto es suficiente, y retenida en la memoria.

CAPÍTULO XXVI.---Qué instituciones humanas deben ser evitadas y cuáles deben ser adoptadas.

Pues algunas instituciones humanas son como sombras y de alguna manera similares a las naturales. De las cuales, aquellas que pertenecen a la sociedad, como se ha dicho, de los demonios, deben ser completamente rechazadas y detestadas: pero aquellas que los hombres tienen con los hombres, deben ser asumidas, en cuanto no sean lujuriosas y superfluas; y especialmente las figuras de las letras, sin las cuales no podemos leer, y la variedad de las lenguas en cuanto es suficiente, de la cual hemos discutido anteriormente. De este género son también las notas, que quienes las han aprendido son propiamente llamados ahora notarios. Estas son útiles, no se aprenden ilícitamente, no implican superstición, ni debilitan con el lujo, si ocupan tanto que no impidan las cosas mayores, para las cuales deben servir.

CAPÍTULO XXVII.---Algunas ciencias que los hombres no instituyeron ayudan a la comprensión de las Escrituras.

41. Ahora bien, aquellas cosas que no se instituyeron, sino que los hombres descubrieron investigando, ya sea por tiempos pasados o instituidas divinamente, dondequiera que se aprendan, no deben considerarse instituciones humanas. De las cuales, algunas pertenecen al sentido del cuerpo, otras a la razón del alma. Pero aquellas que se perciben con el sentido del cuerpo, las creemos narradas, las sentimos demostradas, o las conjeturamos experimentadas.

CAPÍTULO XXVIII.---En qué medida ayuda la historia.

42. Por lo tanto, todo lo que indica el orden de los tiempos pasados, lo que se llama historia, nos ayuda mucho a entender los libros sagrados, incluso si se aprende fuera de la Iglesia con educación infantil. Pues a menudo se nos preguntan cosas por las Olimpiadas y por los nombres de los Cónsules; y la ignorancia del consulado en el que nació el Señor, y en el que sufrió, ha llevado a algunos a errar, para pensar que el Señor sufrió a la edad de cuarenta y seis años, porque se dijo por los judíos que el templo fue construido en tantos años, lo cual tenía la imagen del cuerpo del Señor. Y ciertamente recordamos por autoridad evangélica que fue bautizado a la edad de casi treinta años (Luc. III, 23): pero después, cuántos años vivió en esta vida, aunque puede advertirse en el mismo texto de sus acciones; sin embargo, para que no surja oscuridad de duda de otra parte, se colige más claramente y con más certeza de la historia de las naciones comparada con el Evangelio. Entonces se verá que no fue en vano dicho que el templo fue construido en cuarenta y seis años, para que cuando este número no pueda referirse a la edad del Señor, se refiera a una instrucción más secreta del cuerpo humano, con el cual no desdeñó revestirse por nosotros el único Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas.

43. Sobre la utilidad de la historia, para no mencionar a los griegos, cuánta cuestión resolvió nuestro Ambrosio, ante los lectores y amantes de Platón; quienes se atrevieron a decir que todas las sentencias de nuestro Señor Jesucristo, que se ven obligados a admirar y alabar, las aprendió de los libros de Platón, ya que no se puede negar que Platón existió mucho antes de la venida humana del Señor. ¿No mostró el mencionado obispo, al considerar la historia de las naciones, que habiendo encontrado que Platón fue a Egipto en tiempos de Jeremías, donde entonces estaba el profeta, es más probable que Platón fuera instruido por nuestras Escrituras a través de Jeremías, para que pudiera enseñar o escribir aquellas cosas que justamente se alaban? Pues antes de las Escrituras de la nación hebrea, en la cual brilló el culto al único Dios, de la cual según la carne vino nuestro Señor, ni siquiera existió Pitágoras, de cuyos seguidores afirman que Platón aprendió la teología. Así, considerando los tiempos, se hace mucho más creíble que ellos más bien obtuvieron de nuestras Escrituras lo que dijeron bueno y verdadero, que lo que el Señor Jesucristo obtuvo de Platón, lo cual es lo más insensato de creer.

44. Sin embargo, cuando se narran instituciones humanas pasadas en la narración histórica, la historia misma no debe contarse entre las instituciones humanas; porque ya lo que ha pasado, y no puede hacerse no hecho, debe considerarse en el orden de los tiempos, cuyo creador y administrador es Dios. Pues es una cosa narrar hechos, otra enseñar lo que debe hacerse. La historia narra hechos fiel y útilmente; pero los libros de los arúspices, y cualesquiera otras letras similares, intentan enseñar lo que debe hacerse u observarse, con la audacia del monitor, no con la fidelidad del narrador.

CAPÍTULO XXIX.---En qué medida contribuye al entendimiento de las Escrituras el conocimiento de los animales, hierbas, etc., especialmente de los astros.

45. También hay una narración similar a la demostración, en la que no se indican cosas pasadas, sino presentes a los ignorantes. En este género están todas las cosas que se han escrito sobre la situación de los lugares, y las naturalezas de los animales, árboles, hierbas, piedras, y otros cuerpos. De este género hablamos anteriormente, y enseñamos que este conocimiento vale para resolver los enigmas de las Escrituras: no para que se apliquen como ciertos signos, como si fueran remedios o maquinaciones de alguna superstición; pues ya hemos separado ese género de este lícito y libre. Es una cosa decir, Si bebes esta hierba triturada, no te dolerá el vientre; y otra cosa es decir, Si cuelgas esta hierba del cuello, no te dolerá el vientre. Allí se prueba una saludable combinación, aquí se condena una significación supersticiosa. Aunque donde no hay encantamientos, ni invocaciones, ni caracteres, a menudo es dudoso si la cosa que se ata, o de cualquier manera se aplica al cuerpo para sanar, vale por su naturaleza, lo cual es libre de aplicar, o si proviene de una cierta obligación significativa, lo cual el cristiano debe evitar con más prudencia cuanto más eficaz parezca ser. Pero donde se oculta la causa por la cual algo vale, importa con qué ánimo se use, al menos en sanar o regular los cuerpos, ya sea en medicina o en agricultura.

46. El conocimiento de los astros no es una narración, sino una demostración, de los cuales la Escritura menciona muy pocos. Así como es conocido por muchos el curso de la luna, que se utiliza solemnemente para celebrar anualmente la pasión del Señor; así también, para unos pocos, los momentos de salida, puesta u otros de los demás astros son conocidos sin error. Este conocimiento, aunque no está ligado a la superstición, no ayuda mucho, o casi nada, en el tratamiento de las Escrituras divinas, y con una intención infructuosa más bien lo impide; y porque es familiar al pernicioso error de los que cantan destinos fatuos, es más conveniente y honesto despreciarlo. Además de la demostración de los presentes, también tiene algo similar a la narración de los pasados, ya que desde la posición y movimiento actual de los astros, se puede regresar regularmente a sus huellas pasadas. También tiene conjeturas regulares sobre el futuro, no sospechosas y ominosas, sino firmes y ciertas; no para intentar extraer de ellas algo para nuestros hechos y eventos, como son los delirios de los astrólogos, sino en lo que respecta a los mismos astros. Pues así como quien calcula la luna, al observar hoy en qué fase está, puede decir en qué fase estuvo hace muchos años y en qué fase estará en el futuro; así también, sobre cada uno de los astros, quienes los calculan hábilmente, suelen responder. Sobre todo este conocimiento, en cuanto a su uso, he expuesto mi opinión.

CAPÍTULO XXX.---Qué aportan las artes mecánicas.

47. También las demás artes, con las que se fabrica algo que permanece después de la operación del artesano, como una casa, un banco, un vaso, y otras cosas de este tipo; o que prestan un servicio al obrar de Dios, como la medicina, la agricultura y la navegación; o cuyo efecto es una acción, como el baile, la carrera y la lucha: todas estas artes hacen experimentos sobre el pasado para conjeturar el futuro; pues ningún artesano mueve sus miembros al trabajar sin entrelazar la memoria del pasado con la expectativa del futuro. Sin embargo, este conocimiento debe usarse de manera superficial y rápida en la vida humana, no para obrar, a menos que alguna obligación lo exija, de lo cual no tratamos ahora; sino para juzgar, para que no ignoremos completamente lo que la Escritura quiere insinuar cuando inserta algunas locuciones figuradas sobre estas artes.

CAPÍTULO XXXI.---Qué ayuda la dialéctica. Sofismas.

48. Quedan aquellas cosas que no pertenecen a los sentidos del cuerpo, sino a la razón del alma, donde reina la disciplina de la disputa y el número. Pero la disciplina de la disputa es

muy valiosa para todos los tipos de cuestiones que deben penetrarse y resolverse en las Escrituras sagradas: solo hay que evitar el deseo de discutir y una cierta ostentación infantil de engañar al adversario. Hay muchas cosas que se llaman sofismas, falsas conclusiones de razonamientos, que a menudo imitan tan bien a las verdaderas que no solo engañan a los lentos, sino también a los ingeniosos menos atentos. Pues alguien propuso, diciendo a su interlocutor: Lo que yo soy, tú no eres. Y él consintió: pues era verdad en parte, ya que este era insidioso y aquel simple. Entonces este añadió: Pero yo soy un hombre. Cuando también aceptó esto, concluyó diciendo: Tú, por lo tanto, no eres un hombre. Este tipo de conclusiones engañosas, la Escritura, según creo, detesta en el lugar donde se dice: El que habla con sofismas es odioso (Eclo. 37, 23). Aunque también el discurso no engañoso, pero que persigue adornos verbales más de lo que conviene a la gravedad, se llama sofisticado.

49. También hay verdaderas conexiones de razonamiento que tienen falsas sentencias, que siguen el error de aquel con quien se discute: pero se introducen por un hombre bueno y docto para que, avergonzándose de ellas, aquel cuyo error siguen, abandone el error; porque si quiere permanecer en el mismo, también se verá obligado a sostener aquellas cosas que condena. Pues el Apóstol no infería cosas verdaderas cuando decía: Ni Cristo resucitó; y aquellas otras, Vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe (1 Cor. 15, 14); y otras más adelante que son completamente falsas, porque Cristo resucitó, y no era vana la predicación de quienes lo anunciaban, ni la fe de quienes lo creían: pero estas falsas se conectaban verdaderamente con aquella sentencia que decía que no había resurrección de los muertos. Rechazadas estas falsas, ya que eran verdaderas si los muertos no resucitan, será consecuente la resurrección de los muertos. Por lo tanto, cuando hay verdaderas conexiones, no solo de sentencias verdaderas, sino también de falsas, es fácil aprender la verdad de las conexiones incluso en aquellas escuelas que están fuera de la Iglesia. Pero la verdad de las sentencias debe investigarse en los libros sagrados eclesiásticos.

CAPÍTULO XXXII.---La verdad de las conexiones no fue instituida por los hombres, sino solo observada.

50. Sin embargo, la verdad de las conexiones no fue instituida, sino observada y notada por los hombres, para que puedan aprenderla o enseñarla: pues está en la razón de las cosas, perpetua y divinamente instituida. Así como quien narra el orden de los tiempos, no lo compone él mismo; y quien muestra la disposición de los lugares, o las naturalezas de los animales, plantas o piedras, no muestra cosas instituidas por los hombres; y quien demuestra los astros y sus movimientos, no demuestra algo instituido por él o por algún hombre: así también quien dice, Cuando es falso lo que sigue, es necesario que sea falso lo que precede; dice muy verdaderamente, y no hace que sea así, sino que solo demuestra que es así. De esta regla es lo que recordamos del apóstol Pablo: pues precede el no haber resurrección de los muertos, que decían aquellos cuyo error quería destruir el Apóstol. Por lo tanto, a aquella sentencia precedente, que decían que no había resurrección de los muertos, necesariamente sigue, Ni Cristo resucitó: pero esto que sigue es falso; pues Cristo resucitó: por lo tanto, es falso también lo que precede; precede, por lo tanto, el no haber resurrección de los muertos, hay entonces resurrección de los muertos. Todo esto se dice brevemente así: Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó: pero Cristo resucitó; hay entonces resurrección de los muertos. Por lo tanto, para que al quitar lo consecuente se quite también necesariamente lo que precede, no lo instituyeron los hombres, sino que lo mostraron. Y esta regla pertenece a la verdad de las conexiones, no a la verdad de las sentencias.

CAPÍTULO XXXIII.---En sentencias falsas las conclusiones pueden ser verdaderas, y en verdaderas falsas.

51. Pero en este lugar, cuando se trataba de la resurrección, tanto la regla de la conexión es verdadera, como la sentencia misma en la conclusión. En sentencias falsas, la verdad de la conexión es de este modo: hagamos que alguien haya concedido, Si el caracol es un animal, tiene voz; concedido esto, cuando se haya probado que el caracol no tiene voz, ya que al quitar lo consecuente se quita lo que precede, se concluye que el caracol no es un animal. Esta sentencia es falsa, pero la conexión de la conclusión es verdadera a partir de lo concedido falso. Por lo tanto, la verdad de la sentencia vale por sí misma; pero la verdad de la conexión depende de la opinión o concesión de aquel con quien se discute. Por eso, como dijimos antes, se infiere lo que es falso con una conexión verdadera, para que aquel cuyo error queremos corregir, se arrepienta de haber concedido lo precedente, cuyas consecuencias ve que deben ser rechazadas. Ya de aquí es fácil entender que, así como en sentencias falsas puede haber conclusiones verdaderas, así en sentencias verdaderas puede haber conclusiones falsas. Supongamos que alguien ha propuesto, Si es justo, es bueno, y se ha concedido; luego ha asumido, Pero no es justo; lo cual también concedido, ha inferido la conclusión, Por lo tanto, no es bueno. Aunque todas estas cosas sean verdaderas, no es verdadera la regla de la conclusión. Pues no es como al quitar lo consecuente se quita necesariamente lo que precede, así también al quitar lo que precede se quita necesariamente lo que sigue. Porque es verdadero cuando decimos, Si es orador, es hombre: de esta proposición si asumimos, Pero no es orador; no será consecuente cuando infieras, Por lo tanto, no es hombre.

CAPÍTULO XXXIV.---Otra cosa es conocer las leyes de las conclusiones, otra la verdad de las sentencias.

52. Por lo tanto, otra cosa es conocer las reglas de las conexiones, otra la verdad de las sentencias. En aquellas se aprende qué es consecuente, qué no es consecuente, qué es contradictorio. Es consecuente, Si es orador, es hombre: inconsecuente, Si es hombre, es orador: contradictorio, Si es hombre, es cuadrúpedo. Aquí, por lo tanto, se juzga sobre la conexión misma. En la verdad de las sentencias, las sentencias mismas deben considerarse por sí mismas, no su conexión: pero las sentencias verdaderas y ciertas, cuando se unen con una conexión verdadera a las inciertas, también estas deben hacerse ciertas. Sin embargo, algunos se jactan de tal manera, cuando han aprendido la verdad de las conexiones, como si esa fuera la verdad de las sentencias. Y nuevamente, algunos que a menudo retienen una sentencia verdadera, se desprecian a sí mismos porque ignoran las leyes de la conclusión; cuando es mejor quien sabe que hay resurrección de los muertos, que aquel que sabe que es consecuente que si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó.

CAPÍTULO XXXV.---La ciencia de definir y dividir no es falsa aunque se aplique a cosas falsas. Qué es falso.

53. Asimismo, la ciencia de definir, dividir y partir, aunque a menudo se aplique a cosas falsas, no es falsa en sí misma, ni instituida por los hombres, sino descubierta en la razón de las cosas. No porque los poetas en sus fábulas, y los filósofos falsos en sus opiniones de error, o incluso los herejes, es decir, los cristianos falsos, hayan acostumbrado a aplicarla, por eso es falsa, ni en definir, ni en dividir o partir, se debe incluir algo que no pertenezca a la cosa misma, ni omitir algo que pertenezca. Esto es verdadero, aunque las cosas que se definen o distribuyen no sean verdaderas. Pues incluso lo falso se define, cuando decimos que lo falso es la significación de una cosa que no es como se significa, o de alguna otra manera: esta definición es verdadera, aunque lo falso no pueda ser verdadero. También podemos dividir, diciendo que hay dos tipos de falsedad: uno de las cosas que no pueden existir en absoluto; otro de las cosas que no son, aunque puedan existir. Pues quien dice que siete y tres son once,

dice algo que no puede ser en absoluto: pero quien dice que llovió, por ejemplo, el primero de enero, aunque no haya sucedido, dice algo que pudo haber sucedido. Por lo tanto, la definición y división de las falsedades puede ser muy verdadera, aunque las falsedades mismas no sean verdaderas.

CAPÍTULO XXXVI.---Los preceptos de la elocuencia son verdaderos, aunque a veces se persuadan falsedades con ellos.

54. También hay ciertos preceptos de una discusión más abundante, que ya se llama elocuencia, que no obstante son verdaderos, aunque con ellos se puedan persuadir falsedades: pero porque también se pueden persuadir verdades, no es culpable la facultad misma, sino la perversidad de quienes la usan mal. Pues tampoco fue instituido por los hombres que la expresión de la caridad concilie al oyente, o que una narración breve y clara insinúe fácilmente lo que se intenta, y su variedad sin aburrimiento mantenga atentos; y otras observaciones de este tipo, que ya sea en causas falsas o verdaderas, son verdaderas, en cuanto hacen que algo se sepa o se crea, o mueven los ánimos a desear o evitar algo, y se descubrieron más bien porque así son, que porque se instituyeron para que así fueran.

CAPÍTULO XXXVII.---Qué utilidad tienen la retórica y la dialéctica.

55. Pero esta parte, cuando se aprende, debe aplicarse más para expresar lo que se ha entendido, que para entender. Sin embargo, aquella de las conclusiones y definiciones y distribuciones, ayuda mucho al entendimiento: solo que esté lejos el error, por el cual los hombres se creen haber aprendido la verdad misma de la vida bienaventurada, cuando han aprendido estas cosas. Aunque a menudo sucede que los hombres alcanzan más fácilmente las cosas para las cuales se aprenden estas cosas, que las disciplinas muy complicadas y espinosas de tales preceptos. Como si alguien, queriendo dar preceptos para caminar, aconsejara no levantar el pie posterior, a menos que hayas puesto el anterior, y luego describiera minuciosamente cómo se deben mover las articulaciones y los cardenales de las rodillas. Pues dice la verdad, y no se puede caminar de otra manera; pero los hombres caminan más fácilmente haciendo estas cosas, que prestando atención cuando las hacen, o entendiendo cuando las oyen. Y quienes no pueden caminar, mucho menos se preocupan por lo que no pueden atender experimentando. Así, a menudo, un ingenioso ve más rápidamente que una conclusión no es válida, que comprende sus preceptos; el lento no la ve; pero mucho menos lo que se prescribe sobre ella: y en todos estos casos, los espectáculos mismos de la verdad a menudo deleitan más, que nos ayudan en la discusión o el juicio; a menos que tal vez hagan los ingenios más ejercitados, si no los hacen también más maliciosos o más engreídos, es decir, que amen engañar con un discurso verosímil y preguntas, o crean haber alcanzado algo grande, por lo cual se anteponen a los buenos e inocentes, quienes han aprendido estas cosas.

CAPÍTULO XXXVIII.---La ciencia de los números no es por institución humana, sino descubierta en la naturaleza de las cosas.

56. Ahora bien, la disciplina de los números es claro para cualquier persona lenta que no fue instituida por los hombres, sino más bien investigada y descubierta. Pues no como la primera sílaba de Italia, que los antiguos pronunciaron breve, Virgilio quiso, y se hizo larga; así nadie puede hacer cuando quiera, que tres veces tres no sean nueve, o que no puedan formar una figura cuadrada, o que no sean triples al número tres, sesquiplos al seis, y no dobles a ninguno, porque los números inteligibles no tienen medio. Ya sea que se consideren en sí mismos, o que se apliquen a las leyes de las figuras o de los sonidos u otros movimientos,

tienen reglas inmutables, y de ninguna manera instituidas por los hombres, sino descubiertas por la sagacidad de los ingeniosos.

57. Sin embargo, quien ame todas estas cosas de tal manera que quiera jactarse entre los ignorantes, y no más bien buscar de dónde son verdaderas, las que solo ha percibido que son verdaderas; y de dónde algunas no solo son verdaderas sino también inmutables, que ha comprendido que son inmutables; y así, llegando desde la apariencia de los cuerpos hasta la mente humana, cuando también la encuentre mutable, porque ahora es docta, ahora ignorante, pero establecida entre la verdad inmutable sobre ella, y las demás cosas mutables debajo de ella, convierta todo a la alabanza y amor de un solo Dios, de quien reconoce que son todas las cosas; puede parecer docto, pero de ninguna manera ser sabio.

CAPÍTULO XXXIX.---A qué de las disciplinas mencionadas arriba y con qué ánimo se debe prestar atención. Leyes humanas.

58. Por lo tanto, me parece que se debe aconsejar saludablemente a los jóvenes estudiosos e ingeniosos, temerosos de Dios y buscadores de la vida bienaventurada, que no se atrevan a seguir con seguridad ninguna doctrina que se ejerza fuera de la Iglesia de Cristo, como si fuera para alcanzar la vida bienaventurada, sino que las juzguen sobria y diligentemente: y si encuentran algunas instituidas por los hombres, diversas por la diversa voluntad de los que las instituyen, y desconocidas por las sospechas de los errantes, especialmente si tienen también una sociedad con los demonios a través de ciertos signos como ciertos pactos y convenios; las rechacen completamente y las detesten; también alejen su estudio de las instituciones humanas superfluas y lujuriosas. Pero aquellas instituciones humanas, que valen para la sociedad de los convivientes, por la misma necesidad de esta vida, no las descuiden. En las demás doctrinas, que se encuentran entre las gentes, además de la historia de las cosas, ya sea del tiempo pasado o presente, que pertenecen a los sentidos del cuerpo, a las que también se añaden los experimentos y conjeturas de las artes útiles corporales, y además de la razón de la disputa y el número, no creo que haya nada útil. En todas estas cosas se debe mantener, Nada en exceso; (Terencio en Andr., acto 1, escena 1.) y especialmente en aquellas que, perteneciendo a los sentidos del cuerpo, se desarrollan en tiempos y se contienen en lugares.

59. Así como algunos han hecho con todas las palabras y nombres hebreos, sirios y egipcios, o si hay alguna otra lengua que se pueda encontrar en las Escrituras sagradas, que se han puesto en ellas sin interpretación, para interpretarlas por separado; y lo que Eusebio hizo con la historia de los tiempos por las cuestiones de los Libros divinos, que exigen su uso: lo que estos hicieron con estas cosas, para que no sea necesario que un cristiano trabaje mucho por pocas cosas; así veo que se puede hacer, si a alguno de los que pueden, le agrada dedicar una benigna obra a la utilidad fraterna, para que los lugares de la tierra, o los animales, o las hierbas y árboles, o las piedras o metales desconocidos, y cualquier especie que la Escritura menciona, los ordene en general y los exponga por escrito. También se puede hacer con los números, para que se escriba la razón expuesta solo de aquellos números que menciona la Escritura divina. Algunos o todos estos tal vez ya se han hecho, como hemos encontrado muchas cosas que no pensábamos que habían sido elaboradas y escritas por buenos y doctos cristianos; pero ya sea por la multitud de los negligentes, o por las ocultaciones de los envidiosos, permanecen ocultas. No sé si esto se puede hacer con la razón de la disputa: y me parece que no se puede, porque está entrelazada a lo largo de todo el texto de las Escrituras como si fuera un nervio; y por eso ayuda más a resolver y explicar las ambigüedades, de las que hablaremos después, que a conocer los signos desconocidos, de los que tratamos ahora.

CAPÍTULO XL.---De los paganos, si algo se ha dicho correctamente, debe convertirse en nuestro uso.

60. Sin embargo, los filósofos que son llamados así, si por casualidad han dicho algo verdadero y acorde con nuestra fe, especialmente los platónicos, no solo no deben ser temidos, sino que también deben ser reclamados para nuestro uso como injustos poseedores. Pues así como los egipcios no solo tenían ídolos y cargas pesadas que el pueblo de Israel detestaba y huía, sino también vasos y ornamentos de oro y plata, y vestiduras, que aquel pueblo al salir de Egipto se apropió para un mejor uso, no por su propia autoridad, sino por mandato de Dios, con los mismos egipcios inconscientemente prestándoles aquello que no usaban bien (Éxodo 3, 22 y 12, 35); así todas las doctrinas de los gentiles no solo tienen ficciones simuladas y supersticiosas y pesadas cargas de trabajo superfluo, que cada uno de nosotros, guiado por Cristo al salir de la sociedad de los gentiles, debe abominar y evitar; sino que también contienen disciplinas liberales más aptas para el uso de la verdad, y ciertos preceptos morales muy útiles, y entre ellos se encuentran algunas verdades sobre el culto al único Dios; lo cual es como su oro y plata, que no instituyeron ellos mismos, sino que extrajeron de ciertos metales de la providencia divina, que está infundida en todas partes, y que usan de manera perversa e injusta al servicio de los demonios, cuando el cristiano se separa de su miserable sociedad en espíritu, debe tomar de ellos para el justo uso de predicar el Evangelio. También se le permite tomar y tener sus vestiduras, es decir, las instituciones humanas, pero adaptadas a la sociedad humana, de las cuales no podemos prescindir en esta vida, para convertirlas en uso cristiano.

61. ¿Acaso no hicieron esto muchos de nuestros buenos fieles? ¿No vemos con cuánto oro, plata y vestiduras salió de Egipto el doctor suavísimo y mártir beatísimo Cipriano? ¿Cuánto Lactancio? ¿Cuánto Victorino, Optato, Hilario, por no hablar de los vivos? ¿Cuántos innumerables griegos? Lo que antes había hecho el mismo fielísimo siervo de Dios Moisés, de quien está escrito que fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios (Hechos 7, 22). A todos estos hombres, la costumbre supersticiosa de los gentiles, y especialmente en aquellos tiempos, cuando el yugo de Cristo era rechazado y los cristianos perseguidos, nunca les habría prestado las disciplinas que tenían útiles, si sospecharan que se convertirían en el uso del culto al único Dios, por el cual se erradicaría el vano culto a los ídolos: pero dieron su oro, plata y vestiduras al pueblo de Dios que salía de Egipto, sin saber cómo lo que daban se convertiría en servicio de Cristo. Pues lo que se hizo en el Éxodo, sin duda fue figurado para prefigurar esto; lo cual digo sin perjuicio de otra inteligencia, ya sea igual o mejor.

CAPÍTULO XLI.---El estudio de la Sagrada Escritura, qué tipo de alma requiere. Propiedades del hisopo.

62. Pero así instruido, el estudioso de las Escrituras divinas, cuando comience a acercarse a ellas para escudriñarlas, no deje de pensar en aquello apostólico: La ciencia hincha, pero la caridad edifica (1 Corintios 8, 1). Pues así sentirá, aunque salga rico de Egipto, que no puede salvarse a menos que celebre la Pascua. Porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (1 Corintios 5, 7), y nada nos enseña más la inmolación de Cristo que aquello que él mismo clama, como a aquellos que ve trabajar en Egipto bajo Faraón: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mateo 11, 28-30): ¿a quiénes, sino a los mansos y humildes de corazón, a quienes no hincha la ciencia, sino que edifica la caridad? Recuerden, pues, aquellos que en aquel tiempo celebraban la Pascua a través de sombras

imaginarias, cuando se ordenó que los postes fueran señalados con la sangre del cordero, que fueron señalados con hisopo (Éxodo 12, 22). Esta hierba es mansa y humilde, y nada hay más fuerte y penetrante que sus raíces: para que, arraigados y cimentados en la caridad, podamos comprender con todos los santos cuál es la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad, es decir, la cruz del Señor: cuya anchura se dice en el madero transversal, donde se extienden las manos; la longitud, desde la tierra hasta la misma anchura, donde el cuerpo entero es fijado desde las manos hacia abajo; la altura, desde la anchura hacia arriba hasta la cima, donde se adhiere la cabeza; y la profundidad, que está oculta al ser clavada en la tierra. Con este signo de la cruz, se describe toda acción cristiana, obrar bien en Cristo, y adherirse a él perseverantemente, esperar las cosas celestiales, no profanar los sacramentos. Por esta acción purificados, podremos conocer también la caridad de Cristo que sobrepasa el conocimiento, por la cual es igual al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios 3, 17-19). También hay en el hisopo una virtud purgativa, para que la ciencia no hinche con las riquezas tomadas de Egipto, y el pulmón no exhale algo con soberbia: Rocíame, dice, con hisopo y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría. Luego añade consecuentemente para mostrar que la purgación de la soberbia es significada por el hisopo, Y se regocijarán los huesos humillados (Salmo 50, 9, 10).

CAPÍTULO XLII.---Comparación de las Sagradas Escrituras con las profanas.

63. Cuánto menor es la cantidad de oro, plata y vestiduras que aquel pueblo se llevó de Egipto, en comparación con las riquezas que después obtuvo en Jerusalén, que se muestran principalmente en el rey Salomón (1 Reyes 10, 14-23); tanto es toda la ciencia, que aunque es útil, recogida de los libros de los gentiles, si se compara con la ciencia de las Sagradas Escrituras. Pues todo lo que el hombre aprende fuera, si es nocivo, allí es condenado; si es útil, allí se encuentra. Y cuando allí alguien encuentra todo lo que útilmente aprendió en otro lugar, mucho más abundantemente encontrará allí lo que en ninguna parte más, sino solo en la maravillosa altura y maravillosa humildad de aquellas Escrituras se aprende. Así pues, dotado de esta instrucción, cuando los signos desconocidos no impidan al lector, manso y humilde de corazón, sometido suavemente a Cristo, y cargado con una carga ligera, fundado y arraigado y edificado en la caridad, a quien la ciencia no puede hinchar, acérquese a considerar y discutir los signos ambiguos en las Escrituras, de los cuales comenzaré a hablar en el tercer volumen, que el Señor se dignará conceder.

LIBRO TERCERO.

Después de haber tratado en el libro anterior sobre la eliminación de la ignorancia de los signos, ahora el Santo Doctor pasa a la consideración de la ambigüedad, que ocurre tanto en los signos propios como en los trasladados. En los propios, por la puntuación de las palabras, por su pronunciación, por el significado ambiguo: muestra cómo este tipo de ambigüedad se resuelve por el contexto del discurso, y por la comparación de los intérpretes, o por la inspección de la lengua de donde se tradujo la Escritura. En los signos trasladados, la ambigüedad ocurre cuando la misma expresión no se pone en las Escrituras en sentido literal: sobre lo cual discute más laboriosamente, y ofrece reglas para discernir si una locución es figurada, y si es figurada, cómo debe explicarse. Finalmente, examina individualmente las siete reglas de Ticonio.

CAPÍTULO PRIMERO.---Resumen de los libros anteriores, y objetivo del siguiente.

1. El hombre que teme a Dios, busca diligentemente su voluntad en las Sagradas Escrituras. Y para no amar las contiendas, con piedad manso; también premunido con el conocimiento de las lenguas, para no quedarse atascado en palabras y locuciones desconocidas; también premunido con el conocimiento de ciertas cosas necesarias, para no ignorar la fuerza o naturaleza de aquellas que se emplean por similitud; ayudado también por la verdad de los códices, que la diligencia solícita de la corrección ha procurado: venga así instruido a discutir y resolver las ambigüedades de las Escrituras. Pero para que no sea engañado por signos ambiguos, en cuanto pueda ser instruido por nosotros; puede suceder que estas vías que queremos mostrar, las desprecie como pueriles por la magnitud de su ingenio, o por la claridad de una mayor iluminación: pero sin embargo, como había comenzado a decir, en cuanto pueda ser instruido por nosotros, quien está en tal disposición de ánimo que pueda ser instruido por nosotros, sepa que la ambigüedad de la Escritura está en las palabras propias o en las trasladadas; géneros que demostramos en el segundo libro.

CAPÍTULO II.---Cómo eliminar la ambigüedad por la distinción de las palabras.

2. Pero cuando las palabras propias hacen ambigua la Escritura, primero debe verse si no hemos distinguido o pronunciado mal. Cuando, por tanto, la atención aplicada perciba que es incierto cómo debe distinguirse o cómo debe pronunciarse, consulte la regla de la fe, que ha recibido de los lugares más claros de las Escrituras y de la autoridad de la Iglesia; de la cual hemos hablado suficientemente, cuando hablábamos de las cosas en el primer libro. Si ambas o incluso todas, si hay más partes, suenan la ambigüedad según la fe, el mismo texto del discurso de las partes precedentes y siguientes, que han puesto la ambigüedad en medio, queda por consultar, para ver a cuál de las varias sentencias que se presentan, da su voto, y permite que se le conecte.

3. Ahora considera los ejemplos. Aquella distinción herética, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era, para que haya otro sentido, Este Verbo estaba en el principio con Dios, no quiere confesar al Verbo como Dios. Pero esto debe ser refutado por la regla de la fe, que nos prescribe sobre la igualdad de la Trinidad para que digamos, Y el Verbo era Dios; luego añadamos, Este estaba en el principio con Dios (Juan 1, 1, 2).

4. Aquella ambigüedad de la distinción no resiste a la fe en ninguna parte, y por eso debe ser juzgada por el mismo texto del discurso, donde dice el Apóstol: Y qué elegir, no sé: me veo forzado por dos; teniendo el deseo de partir y estar con Cristo; porque es mucho mejor: pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Filipenses 1, 23, 24). Pues es incierto si, teniendo el deseo de partir, es según aquella sentencia, Para que sea santa en cuerpo y espíritu (1 Corintios 7, 34); o, me veo forzado por dos, para que se añada aquello, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo. Pero como sigue, porque es mucho mejor, se ve que él dice tener el deseo de aquello que es mejor, para que, aunque se vea forzado por dos, tenga el deseo de uno y la necesidad del otro; el deseo de estar con Cristo, la necesidad de permanecer en la carne. Esta ambigüedad se juzga por una sola palabra consecuente, que se ha puesto, porque: la cual partícula los intérpretes que la quitaron, fueron guiados más bien por aquella sentencia, para que no solo se viera forzado por dos, sino que también tuviera el deseo de ambos. Así, pues, debe distinguirse: Y qué elegir, no sé: me veo forzado por dos; la cual distinción sigue, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo. Y como si se preguntara por qué tiene el deseo de esta cosa; porque es mucho mejor, dice. ¿Por qué, entonces, se ve forzado por dos? Porque hay una necesidad de permanecer, la cual así añadió, Permanecer en la carne es necesario por vosotros.

5. Donde ni la prescripción de la fe, ni el mismo texto del discurso puede explicar la ambigüedad, no importa según cuál de ellas que se muestran, se distinga. Como es aquello a los Corintios, Por tanto, teniendo estas promesas, amados, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios. Recibidnos. A nadie hemos dañado (2 Corintios 7, 1, 2). Pues es dudoso si, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, según aquella sentencia, Para que sea santa en cuerpo y espíritu (1 Corintios 7, 34); o, limpiémonos de toda contaminación de carne, para que otro sea el sentido, y de espíritu perfeccionando la santificación en el temor de Dios recibidnos. Tales ambigüedades de distinción están en el poder del lector.

CAPÍTULO III.---Cómo resolver la ambigüedad por la pronunciación. Diferencia entre percontación e interrogación.

6. Todo lo que hemos dicho sobre las ambigüedades de las distinciones, debe observarse también en las ambigüedades de las pronunciaciones. Pues estas, a menos que sean viciadas por la excesiva negligencia del lector, o se corrigen por las reglas de la fe, o por la conexión del mismo texto del discurso; o si ninguno de estos se aplica para la corrección, sin embargo, permanecerán dudosas, de modo que comoquiera que el lector pronuncie, no estará en culpa. Pues si la fe no lo revoca, por la cual creemos que Dios no acusará a sus elegidos, y que Cristo no condenará a sus elegidos, puede pronunciarse así, ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? para que esta pregunta sea seguida como respuesta, Dios que justifica. Y de nuevo se pregunte, ¿Quién es el que condena? y se responda, Cristo Jesús que murió. Lo cual creer es lo más demente, se pronunciará así, para que preceda la percontación, y siga la interrogación. Entre percontación e interrogación, los antiguos dijeron que esto es lo que diferencia, que a la percontación se pueden responder muchas cosas; a la interrogación, sin embargo, o No, o Sí. Se pronunciará, pues, de modo que después de la percontación que decimos, ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? lo que sigue se enuncie con el tono de quien interroga, ¿Dios que justifica? para que se responda tácitamente, No: y de nuevo preguntemos, ¿Quién es el que condena? y de nuevo interroguemos, Cristo Jesús que murió, más bien que resucitó, que está a la diestra de Dios, que también intercede por nosotros (Romanos 8, 33, 34)? para que en todas partes se responda tácitamente, No. Pero en aquel lugar donde dice, ¿Qué diremos, pues? Que los gentiles que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia (Romanos 9, 30); a menos que después de la percontación que se ha dicho, ¿Qué diremos, pues? se suba la respuesta, Que los gentiles que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia, el texto consecuente no se conectará. Sin embargo, de cualquier modo que se pronuncie aquello que Natanael dijo, ¿De Nazaret puede salir algo bueno? (Juan 1, 46), ya sea afirmando, para que solo aquello pertenezca a la interrogación que dice, ¿De Nazaret? o todo con la duda de quien interroga; no veo cómo se discierne: pero ambos sentidos no impiden la fe.

7. También hay ambigüedad en el sonido dudoso de las sílabas, y esto ciertamente pertenece a la pronunciación. Pues lo que está escrito, No está escondido de ti mi os, que hiciste en lo oculto (Salmo 138, 15), no es claro para el lector si debe pronunciar la os con la letra corta o larga. Pues si la acorta, se entiende por lo que son los huesos; pero si la alarga, se entiende por lo que son las bocas, se entiende el número singular. Pero tales cosas se juzgan por la inspección de la lengua precedente: pues en griego no está puesto στόμα, sino ὀστέον. Por lo cual, a menudo el uso vulgar de hablar es más útil para significar las cosas, que la integridad literaria. Preferiría que se dijera con barbarismo, No está escondido de ti mi hueso, que para que sea menos claro porque es más latino. Pero a veces el sonido dudoso de la sílaba también se juzga por la palabra vecina que pertenece a la misma sentencia: como es aquello del Apóstol, Lo que os predico, como os he predicho, que los que hacen tales cosas, no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5, 21). Pues si solo hubiera dicho, Lo que os predico, y no hubiera

añadido, como os he predicho, no habría otra cosa que recurrir al código de la lengua precedente, para conocer si en lo que dijo, predico, debe alargarse o acortarse la sílaba media: ahora, sin embargo, es manifiesto que debe alargarse; pues no dijo, Como he predicado, sino como os he predicho.

CAPÍTULO IV.---Cómo resolver la ambigüedad de la dicción.

8. No solo estas, sino también aquellas ambigüedades que no pertenecen a la distinción o a la pronunciación, deben considerarse de la misma manera: como es aquella a los Tesalonicenses, por lo cual nos consolamos, hermanos, en vosotros (1 Tesalonicenses 3, 7). Pues es dudoso si, O hermanos; o, A estos hermanos: pero ninguno de estos es contra la fe; pero la lengua griega no tiene estos casos iguales, y por eso, inspeccionada aquella, se renuncia al vocativo, es decir, O hermanos. Si el intérprete hubiera querido decir, Por lo cual tuvimos consolación, hermanos, en vosotros; se habría servido menos a las palabras, pero se habría dudado menos de la sentencia: o ciertamente si se añadiera, Nuestros, casi nadie dudaría que es el caso vocativo, al oír, Por lo cual nos consolamos, hermanos nuestros, en vosotros. Pero esto ya se permite con más peligro. Así se hizo en aquella a los Corintios, cuando dice el Apóstol. Cada día muero, por vuestra gloria, hermanos, que tengo en Cristo Jesús (1 Corintios 15, 31). Pues un intérprete dijo, Cada día muero, por vuestra juro gloria; porque en griego la voz de quien jura (νή) es manifiesta sin sonido ambiguo. Rarísimamente, pues, y con gran dificultad se puede encontrar ambigüedad en las palabras propias, en cuanto respecta a los libros de las Sagradas Escrituras, que no se resuelva por la circunstancia misma del discurso que se conoce la intención de los escritores, o por la comparación de los intérpretes, o por la inspección de la lengua precedente.

CAPÍTULO V.---Tomar las locuciones figuradas de la Escritura al pie de la letra es una servidumbre miserable.

9. Pero las ambigüedades de las palabras trasladadas, de las cuales se hablará a continuación, requieren no poca atención e industria. Pues al principio debe evitarse tomar una locución figurada al pie de la letra. Y a esto se refiere lo que dice el Apóstol: La letra mata, pero el espíritu vivifica (2 Corintios 3, 6). Pues cuando lo dicho figuradamente se toma así, como si se hubiera dicho propiamente, se piensa carnalmente. Y ninguna muerte del alma se llama más congruentemente que cuando aquello que en ella supera a las bestias, es decir, la inteligencia, se somete a la carne siguiendo la letra. Pues quien sigue la letra, retiene las palabras trasladadas como propias, y no refiere aquello que se significa con la palabra propia a otro significado: pero si oye el Sábado, por ejemplo, no entiende sino un día de los siete, que se repiten en continuo ciclo; y cuando oye Sacrificio, no excede en pensamiento aquello que suele hacerse de las víctimas de los animales y de los frutos terrenales. Esta es, en definitiva, la servidumbre miserable del alma, tomar los signos por las cosas; y no poder levantar el ojo de la mente sobre la criatura corporal, para beber la luz eterna.

CAPÍTULO VI.---La servidumbre de los judíos bajo signos útiles.

10. Sin embargo, esta servidumbre en el pueblo judío se diferenciaba mucho de la de otras naciones; ya que, aunque estaban sometidos a cosas temporales, se les encomendaba un solo Dios en todo. Y aunque observaban los signos de las cosas espirituales como si fueran las mismas cosas, sin saber a qué se referían, tenían sin embargo inculcado que con tal servidumbre agradaban a Dios, el único de todos, a quien no veían. El Apóstol escribe que esta custodia fue como bajo un pedagogo de niños (Gálatas III, 24). Y por eso, quienes se

aferraron obstinadamente a tales signos, no pudieron soportar al Señor que los despreciaba, cuando ya había llegado el tiempo de su revelación (Mateo XII, 2); y de ahí que los príncipes de ellos tramaron calumnias porque curaba en sábado (Lucas VI, 7); y el pueblo, atado a esos signos como si fueran cosas, no creía que fuera Dios, o que viniera de Dios, quien no quería observarlos como lo hacían los judíos. Pero los que creyeron, de los cuales se formó la primera Iglesia de Jerusalén, mostraron suficientemente cuánta utilidad había en ser custodiados de ese modo bajo un pedagogo, para que los signos que temporalmente se imponían a los siervos, se refirieran a la adoración de un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, en la opinión de los observantes. Pues ellos, porque estaban cerca de las cosas espirituales (en sus mismos votos y signos temporales y carnales, aunque no supieran cómo debían entenderse espiritualmente, sin embargo, aprendieron a venerar a un solo Dios eterno), fueron tan capaces del Espíritu Santo, que vendieron todas sus posesiones, y el precio de ellas lo pusieron a los pies de los Apóstoles para distribuirlo a los necesitados (Hechos IV, 34), y se dedicaron enteramente a Dios como un nuevo templo, al cual servían como imagen terrena, es decir, al templo antiguo.

11. No se ha escrito que alguna iglesia de los gentiles haya hecho esto, porque no estaban tan cerca, quienes tenían como dioses a las imágenes hechas por manos humanas.

CAPÍTULO VII.---La servidumbre de los gentiles bajo signos inútiles.

Y si alguna vez algunos de ellos intentaban interpretar esos signos, los referían al culto y veneración de la criatura. ¿De qué me sirve, por ejemplo, una imagen de Neptuno, no para tenerla como Dios, sino para que signifique el mar entero, o incluso todas las demás aguas que brotan de las fuentes? Como lo describe un poeta de ellos, si lo recuerdo bien, diciendo: Tú, padre Neptuno, a quien las sienes canosas rodeadas de resonante sal saludan, a quien el gran océano fluye perpetuamente por el mentón, y los ríos erran por los cabellos. Esta vaina que sacude piedrecillas sonoras dentro de un dulce revestimiento no es alimento de hombres, sino de cerdos. Sabe de qué hablo quien conoce el Evangelio (Lucas XV, 16). ¿De qué me sirve, entonces, que la imagen de Neptuno se refiera a ese significado, a menos que sea para que no adore a ninguno de los dos? Pues tanto la estatua como el mar entero no son Dios para mí. Sin embargo, confieso que están más profundamente sumergidos quienes creen que las obras de los hombres son dioses, que quienes creen que las obras de Dios lo son; pero se nos manda amar y adorar a un solo Dios (Deuteronomio VI, 5), quien hizo todas estas cosas, cuyas imágenes veneran, ya sea como dioses, o como signos e imágenes de dioses. Si, por lo tanto, seguir un signo útilmente instituido por la misma cosa que significa es servidumbre carnal; cuánto más aceptar signos de cosas inútiles como cosas. Si los refieres a las mismas cosas que significan, y obligas tu mente a adorarlas, no te librarás del peso servil y carnal ni del velo.

CAPÍTULO VIII.---De manera diferente los judíos fueron liberados de la servidumbre de los signos, y de manera diferente los gentiles.

12. Por lo tanto, la libertad cristiana liberó a aquellos que encontró bajo signos útiles, como si los encontrara cerca, interpretando los signos a los que estaban sometidos, elevándolos a las cosas de las cuales esos signos son, y de ellos se formaron las Iglesias de los santos israelitas. Pero a aquellos que encontró bajo signos inútiles, no solo frustró la operación servil bajo tales signos, sino que también removió todos los signos mismos: para que las naciones se convirtieran del culto a la multitud corrupta de dioses simulados, que la Escritura a menudo y propiamente llama fornicación, al culto de un solo Dios; y no para servir ya bajo los mismos signos útiles, sino para ejercitar más bien la mente en su comprensión espiritual.

CAPÍTULO IX.---Quién está oprimido por la servidumbre de los signos, y quién no.
Bautismo. Eucaristía.

13. Está bajo el signo quien realiza o venera alguna cosa significativa, sin saber qué significa: pero quien realiza o venera un signo útil instituido divinamente, cuya fuerza y significado entiende, no venera lo que se ve y pasa, sino más bien aquello a lo que todas esas cosas deben referirse. Tal hombre es espiritual y libre, incluso en el tiempo de servidumbre, cuando aún no conviene revelar esos signos a las mentes carnales, que deben ser domadas por su yugo. Tales eran los patriarcas y profetas espirituales, y todos en el pueblo de Israel por quienes el Espíritu Santo nos ministró las mismas Escrituras y sus ayudas y consuelos. Pero en este tiempo, después de que la resurrección de nuestro Señor iluminó el indicio más claro de nuestra libertad, ni siquiera estamos gravados con la operación de esos signos que ya entendemos; sino que el mismo Señor y la disciplina apostólica nos han transmitido algunos pocos en lugar de muchos, y estos muy fáciles de realizar, muy sublimes de entender, y muy castos de observar: como es el sacramento del Bautismo, y la celebración del cuerpo y la sangre del Señor. Que cada uno, cuando los recibe, reconoce, instruido, a qué se refieren, para que los venere no con servidumbre carnal, sino con libertad espiritual. Así como seguir la letra, y tomar los signos por las cosas que significan, es de debilidad servil; así interpretar inútilmente los signos, es de error vagante. Pero quien no entiende qué significa un signo, y sin embargo entiende que es un signo, tampoco está oprimido por la servidumbre. Sin embargo, es mejor estar oprimido por signos desconocidos pero útiles, que, al interpretarlos inútilmente, insertar el cuello liberado del yugo de la servidumbre en los lazos del error.

CAPÍTULO X.---Cómo discernir si una expresión es figurada. Regla general. Caridad.
Codicia. Vicio. Crimen. Utilidad. Beneficencia.

14. A esta observación por la cual evitamos seguir una expresión figurada, es decir, trasladada como si fuera propia; también debe añadirse aquella de no querer tomar una propia como si fuera figurada. Por lo tanto, primero debe mostrarse el modo de encontrar si una expresión es propia o figurada. Y este modo es absolutamente que cualquier cosa en el discurso divino que no pueda referirse propiamente a la honestidad de las costumbres, ni a la verdad de la fe, se reconozca como figurada. La honestidad de las costumbres se refiere a amar a Dios y al prójimo, la verdad de la fe a conocer a Dios y al prójimo. Pero la esperanza de cada uno está en su propia conciencia, según siente que progresa en el amor de Dios y del prójimo, y en el conocimiento. De todo esto se habló en el primer libro.

15. Pero como es fácil para el género humano no estimar los pecados por los impulsos de la misma lujuria, sino más bien por la costumbre propia, sucede a menudo que cada uno de los hombres considera culpable solo lo que los hombres de su región y tiempo acostumbran a vituperar y condenar; y considera aprobable y laudable solo lo que la costumbre de aquellos con quienes vive admite: y por eso sucede que si la Escritura manda algo que repugna a la costumbre de los oyentes, o si censura algo que no repugna, si la autoridad ya ha vinculado su mente, piensan que es una expresión figurada. Pero la Escritura no manda sino la caridad, ni censura sino la codicia; y de ese modo informa las costumbres de los hombres. Asimismo, si la opinión de algún error ha ocupado la mente, cualquier cosa que la Escritura afirme de manera diferente, los hombres piensan que es figurada. Pero no afirma sino la fe católica, sobre las cosas pasadas, futuras y presentes. La narración de las pasadas, la predicción de las futuras, la demostración de las presentes: pero todas estas cosas valen para nutrir y fortalecer la misma caridad, y para vencer y extinguir la codicia.

16. Llamo caridad al movimiento del alma para disfrutar de Dios por sí mismo, y de sí mismo y del prójimo por Dios: y codicia, al movimiento del alma para disfrutar de sí mismo y del prójimo y de cualquier cuerpo no por Dios. Pero lo que la codicia indomada hace para corromper el alma y su cuerpo, se llama vicio: y lo que hace para dañar a otro, se llama crimen. Y estos son los dos géneros de todos los pecados; pero los vicios son anteriores. Cuando han vaciado el alma, y la han llevado a cierta indignancia, se lanzan a los crímenes, para remover los impedimentos de los vicios, o buscar ayudas. Asimismo, lo que la caridad hace para beneficiarse a sí misma, es utilidad: lo que hace para beneficiar al prójimo, se llama beneficencia. Y aquí precede la utilidad; porque nadie puede beneficiar a otro con lo que no tiene. Cuanto más se destruye el reino de la codicia, tanto más se aumenta el de la caridad.

CAPÍTULO XI.---Regla sobre lo que parece severo, pero se refiere a Dios o a los santos.

17. Por lo tanto, cualquier cosa que se lea en las santas Escrituras como áspera y casi severa en hechos o palabras, desde la persona de Dios o de sus santos, vale para destruir el reino de la codicia. Si suena claramente, no debe referirse a otra cosa como si fuera dicho figuradamente. Así como lo del Apóstol: Acumulas para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras: a los que buscan gloria, honor e incorruptibilidad por la perseverancia en el buen obrar, vida eterna; a los que son contenciosos, y no confían en la verdad, sino que creen en la iniquidad, ira e indignación. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que hace el mal, del juicio primero y también del griego (Romanos II, 5-9). Pero esto es para aquellos con quienes se destruye la misma codicia, que no quisieron vencerla. Pero cuando en el hombre en quien dominaba, se subvierten los reinos de la codicia, esa es una expresión clara: Pero los que son de Jesucristo han crucificado su carne con las pasiones y concupiscencias (Gálatas V, 24). Aunque aquí también se tratan algunas palabras trasladadas, como ira de Dios, y crucificaron: pero no son tantas, ni están colocadas de tal manera que oculten el sentido, y hagan una alegoría o enigma, lo que propiamente llamo una expresión figurada. Pero lo que se dice a Jeremías, He aquí que te he puesto hoy sobre naciones y reinos, para arrancar, y destruir, y dispersar, y disipar (Jeremías I, 10); no hay duda de que toda es una expresión figurada, que debe referirse al fin que hemos dicho.

CAPÍTULO XII.---Regla sobre dichos y hechos que parecen viciosos al juicio de los ignorantes, atribuidos a Dios o a hombres santos. Los hechos se juzgan por las circunstancias.

18. Pero lo que parece vicioso a los ignorantes, ya sea solo dicho, o también hecho, ya sea desde la persona de Dios, o de hombres cuya santidad se nos recomienda, es todo figurado: cuyos secretos deben desentrañarse para el alimento de la caridad. Cualquiera que use las cosas pasajeras más restrictivamente de lo que se comportan las costumbres de aquellos con quienes vive, es o bien temperante o supersticioso: pero quien las usa de tal manera que excede los límites de la costumbre de los buenos entre quienes se encuentra, o significa algo, o es vicioso. En todas estas cosas, no es el uso de las cosas, sino la lujuria del usuario lo que está en culpa. Y nadie sobrio creería que los pies del Señor fueron ungidos con un unguento precioso por una mujer (Juan XII, 3), como suelen hacerlo los lujuriosos y malvados, cuyos banquetes detestamos. Pues el buen olor es buena fama, que quien la tenga por las obras de buena vida, mientras sigue las huellas de Cristo, como si ungiera sus pies con el más precioso olor. Así, lo que en otras personas es a menudo vicio, en la persona divina o profética es signo de alguna gran cosa. Pues es diferente en las malas costumbres, y diferente en la profecía de Oseas la unión con una prostituta (Oseas I, 2): ni, si en los banquetes de los borrachos y lascivos se desnudan los cuerpos viciosamente; por eso en los baños estar desnudo es vicio.

19. Por lo tanto, es necesario atender diligentemente a lo que conviene a los lugares, tiempos y personas, para no reprobamos temerariamente los vicios. Pues puede suceder que sin ningún vicio de gula o voracidad, un sabio use un alimento muy precioso; pero un insensato arda con la más vil llama de gula en el alimento más vil. Y cualquiera sano preferiría comer pescado al modo del Señor (Lucas XXIV, 43), que lentejas al modo de Esaú, nieto de Abraham (Génesis XXV, 34), o cebada al modo de los animales. Pues en todas estas cosas, no por la naturaleza de las cosas que usamos, sino por la causa de usarlas y el modo de desearlas, debe aprobarse o desaprobarse lo que hacemos.

20. Los justos antiguos imaginaban el reino celestial en el reino terrenal, y lo preanunciaban. Por la causa de procrear, era inculpable la costumbre de tener varias esposas al mismo tiempo para un hombre (Génesis XVI, 3, XXV, 1; y II Samuel V, 13); y por eso no era honesto que una mujer tuviera varios maridos: pues no es más fecunda por eso, sino que es más bien una deshonra meretriz buscar hijos o ganancias en público. En tales costumbres, cualquier cosa que los santos de aquellos tiempos no hacían lujuriosamente, aunque hicieran cosas que en este tiempo no pueden hacerse sino por lujuria, no la censura la Escritura. Y cualquier cosa de ese tipo que se narra allí, no solo debe aceptarse históricamente y propiamente, sino también figurada y proféticamente, hasta ese fin de la caridad, ya sea de Dios, o del prójimo, o de ambos. Pues así como tener túnicas largas y con mangas era un vicio entre los antiguos romanos; ahora, sin embargo, para los nacidos en un lugar honesto, cuando están vestidos, no tenerlas es un vicio: así también debe estar ausente la lujuria en el uso de las demás cosas, que no solo abusa malvadamente de la costumbre de aquellos entre quienes vive; sino que también a menudo, habiendo salido de sus límites, manifiesta su fealdad, que se ocultaba entre los límites de las costumbres solemnes, con la más viciosa erupción.

CAPÍTULO XIII.---Continuación del mismo argumento.

21. Pero cualquier cosa que convenga a la costumbre de aquellos con quienes esta vida debe ser vivida, ya sea impuesta por necesidad, o asumida por deber, debe referirse por los buenos y grandes hombres a la utilidad y beneficencia; ya sea propiamente, como también nosotros debemos, o incluso figuradamente, como a los profetas les es lícito.

CAPÍTULO XIV.---Error de quienes opinan que no hay justicia por sí misma.

22. En tales hechos, cuando los ignorantes de otra costumbre los leen, a menos que sean reprimidos por la autoridad, los consideran vicios; ni pueden advertir que toda su conversación, ya sea en matrimonios, banquetes, vestimenta, y en el resto del sustento y cultura humana, parecería viciosa a otras naciones y tiempos. Con esta variedad innumerable de costumbres, algunos, medio dormidos, por así decirlo, que ni estaban profundamente dormidos en la estupidez, ni podían despertar a la luz de la sabiduría, pensaron que no había justicia por sí misma, sino que a cada nación su costumbre le parecía justa: la cual, siendo diversa para todas las naciones, pero debiendo permanecer inmutable la justicia, se hace evidente que no hay justicia en ninguna parte. No entendieron, para no mencionar muchas cosas, que no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti (Tobías IV, 16; Mateo VII, 12), de ninguna manera puede variar por la diversidad de las naciones. Esta sentencia, cuando se refiere al amor de Dios, mata todos los vicios; cuando al del prójimo, todos los crímenes. Pues nadie quiere que se corrompa su morada: por lo tanto, no debe corromper la morada de Dios, es decir, a sí mismo. Y nadie quiere ser dañado por otro: por lo tanto, no debe dañar a nadie.

CAPÍTULO XV.---Regla a seguir en las expresiones figuradas.

23. Así, destruida la tiranía de la codicia, la caridad reina con las justísimas leyes del amor de Dios por Dios, de sí mismo y del prójimo por Dios. Por lo tanto, se observará en las expresiones figuradas una regla de este tipo, que lo que se lee se considere diligentemente hasta que la interpretación se lleve al reino de la caridad. Pero si ya suena propiamente, no se considere una expresión figurada.

CAPÍTULO XVI.---Regla sobre las expresiones preceptivas.

24. Si una expresión preceptiva prohíbe un vicio o un crimen, o manda una utilidad o beneficencia, no es figurada. Pero si parece mandar un vicio o un crimen, o prohibir una utilidad o beneficencia, es figurada. A menos que comáis, dice, la carne del Hijo del Hombre, y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI, 54). Parece mandar un crimen o vicio: es, por lo tanto, una figura, que manda participar en la pasión del Señor, y guardar dulce y útilmente en la memoria que su carne fue crucificada y herida por nosotros. Dice la Escritura: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Aquí, sin duda, manda la beneficencia: pero lo que sigue, Pues haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza (Proverbios XXV, 21, 22; Romanos XII, 20); podrías pensar que se manda un crimen de malevolencia: por lo tanto, no dudes que se dice figuradamente, y cuando puede interpretarse de dos maneras, una para dañar, otra para beneficiar; que la caridad te lleve a entender que los carbones de fuego son los ardientes gemidos de penitencia, con los cuales se cura la soberbia de quien se duele de haber sido enemigo del hombre, por quien se socorre su miseria. Asimismo, cuando el Señor dice, Quien ama su vida, la perderá (Juan XII, 25), no debe pensarse que prohíbe la utilidad, por la cual cada uno debe conservar su vida; sino que se dice figuradamente, perder la vida, es decir, destruir y perder su uso, que ahora tiene, perverso y desordenado, por el cual se inclina a las cosas temporales, para no buscar las eternas. Está escrito: Da al misericordioso, y no recibas al pecador (Eclesiástico XII, 4). La segunda parte de esta sentencia parece prohibir la beneficencia; pues dice, No recibas al pecador: por lo tanto, entiende que se dice figuradamente por el pecado, pecador, para que no recibas su pecado.

CAPÍTULO XVII.---Algunas cosas se mandan a todos en común, otras a cada uno por separado.

25. A menudo sucede que quien está en un grado superior de vida espiritual, o cree estarlo, considera que lo que se prescribe a los grados inferiores debe entenderse de manera figurada. Por ejemplo, si ha abrazado la vida célibe y se ha hecho eunuco por el reino de los cielos (Mateo XIX, 12), sostiene que todo lo que los Libros Sagrados prescriben sobre amar y gobernar a la esposa debe tomarse no literalmente, sino de manera figurada. Y si alguien ha decidido conservar a su hija virgen, intenta interpretar como una expresión figurada lo que se dice: "Entrega a tu hija, y habrás realizado una gran obra" (Eclesiástico VII, 27). Por lo tanto, también en las observaciones para entender las Escrituras, debemos saber que algunas cosas se prescriben comúnmente a todos, y otras a cada tipo de persona en particular; de modo que la medicina no solo se aplica al estado general de salud, sino también a la debilidad específica de cada miembro. En su propio género debe ser tratado lo que no puede elevarse a un mejor género.

CAPÍTULO XVIII.---Considerar el tiempo en que algo es prescrito o permitido.

26. También se debe tener cuidado de que lo que en las Escrituras antiguas, por la condición de aquellos tiempos, aunque no se entienda figuradamente sino literalmente, no es un delito ni un crimen, no se piense que puede trasladarse al uso de la vida en estos tiempos. Esto no lo hará, a menos que domine la codicia y busque apoyo incluso en las Escrituras mismas, que deben destruirla; y el desdichado no entiende que estas cosas están dispuestas de tal manera que los hombres de buena esperanza vean saludablemente que la costumbre que desprecian puede tener un buen uso, y la que abrazan puede ser condenable, si allí se considera la caridad de quienes la usan, y aquí la codicia.

27. Pues si alguien pudo usar castamente de muchas esposas en su tiempo, otro puede usar lujuriosamente de una sola. Prefiero más a quien usa la fecundidad de muchas por otra razón, que a quien disfruta de la carne de una por sí misma. Allí se busca la utilidad congruente con las oportunidades de los tiempos, aquí se sacia la codicia implicada en placeres temporales: son de un grado inferior ante Dios aquellos a quienes el Apóstol concede, según el permiso, la costumbre carnal con sus esposas individuales por su intemperancia (I Cor. VII, 2), que aquellos que, aunque tuvieran muchas, como el sabio en la comida y la bebida no buscaban sino la salud del cuerpo, así en el coito no buscaban sino la procreación de hijos. Por lo tanto, si el advenimiento del Señor los hubiera encontrado en esta vida, cuando ya no era tiempo de lanzar piedras, sino de recogerlas (Eclesiastés III, 5), inmediatamente se habrían hecho eunucos por el reino de los cielos: pues no hay dificultad en abstenerse, sino cuando hay codicia en poseer. Aquellos hombres sabían que incluso en las mismas esposas la lujuria es el abuso de la intemperancia: lo cual atestigua la oración de Tobías cuando se unió a su esposa. Dice: "Bendito eres, Señor Dios de nuestros padres; y bendito sea tu nombre por todos los siglos de los siglos. Bendíganlo los cielos y toda tu creación. Tú hiciste a Adán, y le diste a Eva como ayuda: y ahora, Señor, tú sabes que no tomo a mi hermana por causa de la lujuria, sino en verdad, para que tengas misericordia de nosotros, Señor" (Tobías VIII, 7-9).

CAPÍTULO XIX.---Los malos juzgan a otros según su propia naturaleza.

28. Pero quienes, con lujuria desenfrenada, se dispersan en muchos adulterios, o incluso con una sola esposa, no solo exceden el modo que corresponde a la procreación de hijos, sino que también acumulan las inmundicias de una intemperancia más inhumana con una licencia completamente desvergonzada de una cierta libertad servil; no creen que haya sido posible que los antiguos hombres usaran de muchas mujeres con templanza, sin observar en ese uso más que el deber congruente con el tiempo de procrear descendencia; y lo que ellos, atados por los lazos de la lujuria, no hacen ni siquiera con una, de ninguna manera creen que pueda hacerse con muchas.

29. Pero estos pueden decir que ni siquiera se debe honrar y alabar a los hombres buenos y santos, porque cuando ellos son honrados y alabados, se hinchan de soberbia; tanto más ávidos de la gloria más vana, cuanto más frecuentemente y ampliamente los ventile una lengua aduladora; de modo que se vuelven tan ligeros, que el viento del rumor, ya sea que se considere próspero o adverso, los lleva a cualquier abismo de delitos, o los estrella contra las rocas de los crímenes. Que vean, pues, cuán arduo y difícil es para ellos no ser seducidos por el cebo de la alabanza, ni ser penetrados por los agujijones de las injurias; y que no midan a otros por sí mismos.

CAPÍTULO XX.---En cualquier modo de vida, los buenos son semejantes a sí mismos.

Crean más bien que nuestros Apóstoles, ni cuando eran admirados por los hombres, se inflaban; ni cuando eran despreciados, se abatían. Ninguna de estas tentaciones faltó a esos

hombres: pues eran celebrados por la proclamación de los creyentes, y difamados por las maldiciones de los perseguidores. Así como ellos usaban de todo esto según el tiempo, y no se corrompían; así aquellos antiguos, refiriendo el uso de las mujeres a la conveniencia de su tiempo, no sufrían el dominio de la lujuria, al que sirven quienes no creen esto.

30. Y por eso, de ninguna manera se abstendrían de un odio inexpiable hacia los hijos, de quienes supieran que sus esposas o concubinas fueron atentadas o tocadas, si tal cosa les hubiera sucedido.

CAPÍTULO XXI.---David, aunque cayó en adulterio, estuvo lejos de la intemperancia de los lujuriosos.

Pero el rey David, cuando sufrió esto de un hijo impío y cruel, no solo toleró al que se enfurecía, sino que también lloró su muerte (II Samuel XVIII, 33). No estaba atrapado por el celo carnal, que de ninguna manera lo movían las injurias a él, sino los pecados del hijo. Pues por eso, si era vencido, había prohibido que lo mataran, para que, una vez sometido, se le diera lugar para el arrepentimiento: y porque no pudo, no lamentó la orfandad en su muerte, sino que sabía a qué castigos sería llevada un alma tan impiamente adúltera y parricida. Pues por otro hijo anterior, que era inocente, por quien se afligía mientras estaba enfermo, se alegró cuando murió.

31. De esto se muestra principalmente con qué moderación y templanza usaban aquellos hombres de las mujeres, que cuando el mismo rey irrumpió ilícitamente en una, llevado por un ímpetu de la edad y las prosperidades temporales, cuyo marido también había mandado matar; fue acusado por el profeta: quien, cuando vino a él para convencerlo de su pecado, le propuso una parábola sobre un pobre que tenía una sola oveja, cuyo vecino, teniendo muchas, para la llegada de su huésped, prefirió ofrecer la única oveja del pobre vecino para el banquete. David, conmovido contra él, mandó que lo mataran, y que se cuadruplicara la oveja al pobre; para que se condenara a sí mismo sin saberlo, quien había pecado sabiéndolo. Cuando esto le fue manifestado, y la venganza divina anunciada, expió su pecado con arrepentimiento (II Samuel XII, 1-14). Pero sin embargo, en esta parábola solo se designó el adulterio de la oveja del vecino pobre; sobre el marido de la mujer asesinado, es decir, sobre el mismo pobre que tenía una sola oveja, muerto, no se preguntó a David por parábola, para que solo sobre el adulterio diera sentencia de su condenación. De esto se entiende con cuánta templanza tuvo muchas mujeres, cuando por una en la que excedió el límite, fue obligado a castigarse a sí mismo. Pero en este hombre no fue una permanencia de esta lujuria desmedida, sino un tránsito: por eso también el profeta que lo reprendía llamó a ese apetito ilícito huésped. Pues no dijo que al rey suyo, sino al huésped suyo, ofreció la oveja del vecino pobre para el banquete. Pero en su hijo Salomón, no tuvo tránsito como huésped, sino que esta lujuria poseyó el reino: de quien la Escritura no calló, culpándolo de ser amante de mujeres (I Reyes XI, 1). Cuyos inicios, sin embargo, ardían en deseo de sabiduría (II Crónicas I, 7-12); que cuando la obtuvo con amor espiritual, la perdió con amor carnal.

CAPÍTULO XXII.---Regla sobre los lugares de la Escritura donde se alaban hechos de los buenos contrarios a las costumbres actuales.

32. Por lo tanto, aunque todo o casi todo lo que se contiene en los libros del Antiguo Testamento debe tomarse no solo literalmente, sino también figuradamente: sin embargo, incluso aquello que el lector toma literalmente, si se alaba a quienes lo hicieron, pero sin embargo repugna a la costumbre de los buenos, que después de la venida del Señor guardan los preceptos divinos; refiera la figura a la inteligencia, pero no transfiera el hecho mismo a

las costumbres. Pues hay muchas cosas que en aquel tiempo se hicieron con oficio, que ahora no pueden hacerse sino con lujuria.

CAPÍTULO XXIII.---Regla sobre los lugares donde se refieren los pecados de grandes hombres.

Si lee algunos pecados de grandes hombres, aunque pueda observar e indagar alguna figura de cosas futuras en ellos; sin embargo, tome la propiedad del hecho realizado para este uso, para que no se atreva a jactarse de sus buenas obras, y desprecie a los demás como pecadores por su propia justicia, cuando vea las tempestades que deben evitarse y los naufragios que deben llorarse de hombres tan grandes. Pues los pecados de esos hombres también están escritos para que en todas partes se tema aquella sentencia apostólica, que dice: "Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Pues casi no hay página de los Libros santos en la que no suene que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes.

CAPÍTULO XXIV.---Antes de todo, considerar el tipo de locución.

34. Por lo tanto, es especialmente necesario investigar si la locución que intentamos entender es literal o figurada. Pues una vez que se ha descubierto que es figurada, aplicando las reglas de las cosas que expusimos en el primer libro, es fácil darle vueltas de todas las maneras, hasta que llegemos a la sentencia de la verdad, especialmente cuando el uso se ha fortalecido con el ejercicio de la piedad. Descubrimos si la locución es literal o figurada, observando lo que se ha dicho anteriormente.

CAPÍTULO XXV.---La misma palabra no significa lo mismo en todas partes.

Cuando esto se ha hecho evidente, las palabras en las que se contiene, se encontrarán tomadas de cosas similares, o de alguna vecindad con las que tocan.

35. Pero dado que las cosas similares aparecen de muchas maneras, no pensemos que está prescrito que lo que en algún lugar una cosa ha significado por similitud, siempre deba creerse que significa eso. Pues el Señor puso la levadura en la reprobación, cuando dijo: "Guardaos de la levadura de los fariseos" (Mateo XVI, 11); y en la alabanza, cuando dijo: "El reino de los cielos es semejante a una mujer que escondió levadura en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado" (Lucas XIII, 21).

36. La observación de esta variedad tiene dos formas. Pues las cosas significan una cosa u otra de tal manera, que significan cosas contrarias o simplemente diferentes. Contrarias, cuando a veces se pone una cosa en el bien, a veces en el mal, como es el caso de la levadura que mencionamos antes. Tal es también que el león significa a Cristo, donde se dice: "Ha vencido el león de la tribu de Judá" (Apocalipsis V, 5); y significa al diablo, donde está escrito: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (I Pedro V, 8). Así la serpiente está en el bien, "Sed astutos como serpientes" (Mateo X, 16); y en el mal, "La serpiente engañó a Eva con su astucia" (II Cor. XI, 3). En el bien el pan, "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 51); en el mal, "Comed con gusto los panes ocultos" (Proverbios IX, 17): así también muchas otras. Y estas que he mencionado, llevan una significación nada dudosa, porque debieron ser mencionadas como ejemplo solo las manifiestas. Pero hay algunas que es incierto en qué sentido deben tomarse, como: "Copa en la mano del Señor, llena de vino puro mezclado". Pues es incierto si significa la ira de Dios no hasta el último castigo, es decir, hasta el sedimento; o más bien la gracia de

las Escrituras que pasa de los judíos a los gentiles, porque "inclinó de esto a esto", permaneciendo entre los judíos las observancias que entienden carnalmente, porque "su sedimento no ha sido vaciado" (Salmo LXXIV, 9). Cuando una cosa no se pone en contrarios, sino solo en diversa significación, es el ejemplo de que el agua significa al pueblo, como leemos en el Apocalipsis (Apocalipsis XVII, 15, y XIX, 6); y al Espíritu Santo, de donde es aquello: "De su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38); y si algo más y diferente, según los lugares en que se pone, se entiende que el agua significa.

37. Así también otras cosas no individualmente, sino cada una de ellas, no solo significan dos cosas diferentes, sino también a veces muchas, según el lugar de la sentencia, como se encuentra puesta.

CAPÍTULO XXVI.---Los lugares oscuros deben explicarse a partir de los más claros.

Donde se ponen más claramente, allí se debe aprender cómo se entienden en los lugares oscuros. Pues no se puede entender mejor lo que se dijo a Dios: "Toma el escudo y la armadura, y levántate en mi ayuda" (Salmo XXXIV, 2), que de aquel lugar donde se lee: "Señor, con el escudo de tu buena voluntad nos has coronado" (Salmo V, 13). Sin embargo, no de tal manera que ya dondequiera que leamos que el escudo se pone por alguna defensa, no entendamos sino la buena voluntad de Dios: pues también se ha dicho "escudo de la fe, en el cual podréis", dice, "apagar todos los dardos encendidos del maligno" (Efesios VI, 16). Ni por eso debemos atribuir solo al escudo la fe en estas armas espirituales, cuando en otro lugar también se ha llamado coraza a la fe: "Vestidos", dice, "con la coraza de la fe y del amor" (I Tesalonicenses V, 8).

CAPÍTULO XXVII.---Nada impide que el mismo lugar se entienda de diversas maneras.

38. Pero cuando de las mismas palabras de la Escritura, no se entiende una sola cosa, sino dos o más, incluso si se desconoce qué pensó el que escribió, no hay peligro si cualquiera de ellas puede demostrarse que concuerda con la verdad a partir de otros lugares de las santas Escrituras: sin embargo, con el que intenta escudriñar las palabras divinas, para que se llegue a la voluntad del autor, por quien el Espíritu Santo obró esa Escritura; ya sea que lo logre, o esculpa otra sentencia de esas palabras que no contradiga la fe recta, teniendo testimonio de cualquier otro lugar de los divinos oráculos. Pues el autor en esas mismas palabras que queremos entender, tal vez vio también esa sentencia; y ciertamente el Espíritu de Dios, que obró a través de él, también previó sin duda que se presentaría al lector o al oyente; más bien, porque también está apoyada en la verdad, proveyó para que ocurriera. Pues ¿qué pudo haberse provisto más abundantemente y generosamente en los oráculos divinos, que las mismas palabras se entiendan de múltiples maneras, que otros no menos divinos testimonios hagan aprobar?

CAPÍTULO XXVIII.---Un lugar incierto se manifiesta más seguramente por otros lugares de la Escritura que por la razón.

39. Pero donde se extrae un sentido tal, cuya incertidumbre no puede aclararse con testimonios ciertos de las santas Escrituras, queda que se haga manifiesto por razón dada, incluso si tal vez no lo sintió aquel cuyas palabras intentamos entender. Pero esta costumbre es peligrosa: pues se camina mucho más seguro por las Escrituras divinas; que cuando queremos escudriñar las opacadas con palabras trasladadas, o salga de allí lo que no tenga controversia; o, si la tiene, se termine con testigos encontrados y aplicados de la misma Escritura en cualquier parte.

CAPÍTULO XXIX.---Es necesaria la cognición de los tropos.

40. Sepan, sin embargo, los letrados, que nuestros autores usaron de todos los modos de locución que los gramáticos llaman tropos con nombre griego, y de manera más múltiple y copiosa de lo que pueden imaginar o creer quienes no los conocen, y han aprendido esto en otros. Sin embargo, quienes conocen estos tropos, los reconocen en las Escrituras santas, y su conocimiento ayuda algo para entenderlas. Pero aquí no conviene enseñarlos a los ignorantes, para que no parezca que enseñamos el arte gramatical. Fuera de esto, ciertamente aconsejo que se aprendan, aunque ya lo advertí antes, es decir, en el segundo libro, donde traté sobre la necesaria cognición de las lenguas. Pues las letras, de las cuales la misma gramática toma su nombre, los griegos llaman letras, son signos que pertenecen a los sonidos de la voz articulada con la que hablamos. Pero de estos tropos no solo se leen ejemplos, como de todos, sino también los nombres de algunos en los Libros divinos, como alegoría, enigma, parábola. Aunque casi todos esos tropos, que se dice que se conocen por el arte liberal, también se encuentran en los discursos de aquellos que no han oído a ningún gramático, y están contentos con el lenguaje que usa el vulgo. Pues ¿quién no dice, "Así florezcas"? que es un tropo llamado metáfora. ¿Quién no llama piscina incluso a la que no tiene peces, ni fue hecha para peces, y sin embargo tomó su nombre de los peces? que es un tropo llamado catacresis.

41. Es largo seguir de este modo los demás: pues la locución del vulgo llega hasta aquellos que son más admirables, porque significan lo contrario de lo que se dice, como es lo que se llama ironía o antífrasis. Pero la ironía indica con la pronunciación lo que se quiere entender, como cuando decimos a un hombre que hace el mal, "Haces cosas buenas": la antífrasis, en cambio, para que signifique lo contrario, no se efectúa con la voz del que pronuncia, sino que tiene sus propias palabras, cuyo origen es contrario, como se llama "lucus" porque no luce; o algo se acostumbra a decir así, aunque no se diga de manera contraria, como cuando buscamos recibir lo que no está allí, y se nos responde, "Abunda"; o añadimos palabras para que se entienda lo contrario de lo que decimos, como si dijéramos, "Cuídate de él, porque es un buen hombre". Y ¿quién no dice tales cosas sin ser docto, ni saber en absoluto quiénes son, o cómo se llaman estos tropos? Cuyo conocimiento es necesario para resolver las ambigüedades de las Escrituras, porque cuando el sentido, si se toma según la propiedad de las palabras, es absurdo, se debe buscar si tal vez se dijo con este o aquel tropo lo que no entendemos; y así se han encontrado muchas cosas que estaban ocultas.

CAPÍTULO XXX.---Se examinan las reglas de Ticonio el donatista.

42. Un tal Ticonio, quien escribió invenciblemente contra los donatistas, aunque él mismo fue donatista, se muestra de un corazón absurdísimo al no querer abandonarlos por completo. Escribió un libro al que llamó "Reglas", porque en él desarrolló siete reglas que, como llaves, abrirían los secretos de las Escrituras divinas. La primera trata sobre el Señor y su cuerpo; la segunda, sobre el cuerpo bipartito del Señor; la tercera, sobre las promesas y la Ley; la cuarta, sobre la especie y el género; la quinta, sobre los tiempos; la sexta, sobre la recapitulación; la séptima, sobre el diablo y su cuerpo. Estas reglas, consideradas como las expone, ayudan no poco a penetrar los secretos de los discursos divinos. Sin embargo, no todo lo que está escrito de manera que no se entienda fácilmente puede ser descubierto con estas reglas, sino de muchas otras maneras que este número de siete no abarca, ya que el mismo autor expone muchas cosas oscuras en las que no aplica ninguna de estas reglas, porque no es necesario. No se trata de algo que se busque o se trate allí, como en el Apocalipsis de Juan, donde se pregunta cómo deben entenderse los ángeles de las siete Iglesias a quienes se ordena escribir,

y se razona de múltiples maneras hasta llegar a la conclusión de que debemos entender que esos ángeles son las Iglesias (Apoc. I, 20). En esta copiosa disertación no se encuentra ninguna de estas reglas, y sin embargo se busca allí algo sumamente oscuro; lo cual se ha dicho suficientemente como ejemplo, pues recopilar todo lo que es tan oscuro en las Escrituras canónicas, donde no se requiere ninguna de estas siete reglas, sería demasiado largo y laborioso.

43. Sin embargo, al recomendar estas reglas, les atribuyó tanto valor que parecía que todo lo que encontramos oscuro en la Ley, es decir, en los Libros divinos, podríamos entenderlo conociendo y aplicando bien estas reglas. Comenzó su libro diciendo: "Consideraré necesario, antes que nada, escribir un librito de Reglas, y fabricar como llaves y luminarias de los secretos de la Ley. Hay ciertas reglas místicas que abarcan los recovecos de toda la Ley y hacen visibles los tesoros de la verdad que son invisibles para algunos. Si la razón de estas reglas se acepta sin envidia, como la compartimos, se abrirán las cosas cerradas y se aclararán las oscuras, de modo que quien recorra el inmenso bosque de la profecía, guiado de alguna manera por estos senderos de luz, sea defendido del error". Si hubiera dicho: "Hay ciertas reglas místicas que abarcan algunos recovecos de la Ley", o al menos, "que abarcan grandes recovecos de la Ley", y no lo que dijo, "los recovecos de toda la Ley"; y no hubiera dicho, "se abrirán todas las cosas cerradas", sino, "se abrirán muchas cosas cerradas"; habría hablado con verdad, y no habría enviado a su lector y conocedor a una falsa esperanza, dando a su obra más de lo que la realidad misma exige. Consideré necesario decir esto para que el libro sea leído por los estudiosos, ya que ayuda mucho a entender las Escrituras, y no se espere de él más de lo que tiene. Debe leerse con cautela, no solo por algunos errores que cometió como hombre, sino especialmente por aquellas cosas que dice como hereje donatista. Brevemente mostraré qué enseñan o advierten estas siete reglas.

CAPÍTULO XXXI.---Primera regla de Ticonio.

44. La primera trata sobre el Señor y su cuerpo; en la cual, sabiendo que a veces se nos indica una sola persona del cabeza y el cuerpo, es decir, de Cristo y la Iglesia (pues no en vano se dijo a los fieles, "Por tanto, sois descendencia de Abraham" [Gál. III, 29], siendo una sola la descendencia de Abraham, que es Cristo), no dudemos cuando se pasa de la cabeza al cuerpo, o del cuerpo a la cabeza, y sin embargo no se abandona la misma persona. Una sola persona habla diciendo, "como el esposo me ha puesto una diadema, y como la esposa me ha adornado con ornamento" (Isaías LXI, 10); y sin embargo, es necesario entender qué de estas dos cosas conviene a la cabeza, qué al cuerpo, es decir, qué a Cristo, qué a la Iglesia.

CAPÍTULO XXXII.---Segunda regla de Ticonio.

La segunda trata sobre el cuerpo bipartito del Señor, lo cual no debió llamarse así; pues en verdad no es el cuerpo del Señor, el que no estará con Él eternamente: sino que debió decirse, sobre el cuerpo verdadero y mezclado del Señor, o verdadero y simulado, o algo similar; porque no solo eternamente, sino incluso ahora, los hipócritas no deben decirse que están con Él, aunque parezcan estar en su Iglesia. Por lo tanto, esta regla podría haberse llamado también sobre la Iglesia mezclada. Esta regla requiere un lector vigilante, cuando la Escritura, aunque ya hable a otros, parece hablar como si fuera a los mismos a quienes hablaba; o sobre ellos, cuando ya habla de otros; como si fuera un solo cuerpo de ambos, debido a la mezcla temporal y la comunión de los Sacramentos. A esto pertenece en el Cantar de los Cantares, "Soy morena y hermosa como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón" (Cant. I, 5). No dijo, "Fui morena como las tiendas de Cedar, y soy hermosa como las cortinas de Salomón"; sino que dijo ser ambas cosas, debido a la unidad temporal dentro de una red de

peces buenos y malos (Mat. XIII, 48). Las tiendas de Cedar pertenecen a Ismael, quien no será heredero con el hijo de la libre (Gén. XXI, 10; Gál. IV, 30). Así, cuando Dios dice de la buena parte, "Guiaré a los ciegos por un camino que no conocían, y por sendas que no conocían caminarán; y haré de las tinieblas luz delante de ellos, y de lo torcido recto: estas cosas haré, y no los abandonaré"; inmediatamente de la otra parte, que está mal mezclada, dice, "Pero ellos se volvieron atrás" (Isaías XLII, 16, 17), aunque ya se signifiquen otros con estas palabras. Pero como ahora están en uno, parece hablar de ellos como si hablara de aquellos de quienes hablaba: sin embargo, no siempre estarán en uno. Él es aquel siervo mencionado en el Evangelio, cuyo señor, cuando venga, lo separará y pondrá su parte con los hipócritas (Mat. XXIV, 51).

CAPÍTULO XXXIII.---Tercera regla de Ticonio. Libro sobre el Espíritu y la Letra.

46. La tercera regla trata sobre las Promesas y la Ley, que de otro modo puede llamarse sobre el espíritu y la letra, como la llamamos nosotros cuando escribimos un libro sobre este tema. También puede llamarse así, sobre la gracia y el mandato. Sin embargo, me parece más una gran cuestión que una regla, que debe aplicarse para resolver cuestiones. Esta es la que, al no entender, los pelagianos o fundaron su herejía, o la aumentaron. Ticonio trabajó bien en resolverla, pero no completamente. Al discutir sobre la fe y las obras, dijo que las obras nos son dadas por Dios como mérito de la fe; pero que la fe misma es de nosotros, no de Dios. No atendió al Apóstol que dice, "Paz a los hermanos y amor con fe de Dios Padre y del Señor Jesucristo" (Efes. VI, 23). Pero no había experimentado esta herejía, que surgió en nuestro tiempo y nos ejercitó mucho para defender la gracia de Dios que es por nuestro Señor Jesucristo contra ella; y según lo que dice el Apóstol, "Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros" (I Cor. XI, 19), nos hizo mucho más vigilantes y diligentes, para que advirtiéramos en las Escrituras sagradas lo que escapó a Ticonio, menos atento y menos preocupado sin enemigo, que incluso la misma fe es don de aquel que distribuye su medida a cada uno (Rom. XII, 3). De esta sentencia se dijo a algunos, "A vosotros os es concedido por Cristo, no solo que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él" (Filip. I, 29). Por lo cual, ¿quién duda que ambos son don de Dios, quien fiel y inteligentemente escucha que ambos son concedidos? Hay muchos otros testimonios que lo muestran: pero no es esto lo que tratamos ahora; sin embargo, en otros lugares y en otros momentos hemos tratado esto muy a menudo.

CAPÍTULO XXXIV.---Cuarta regla de Ticonio.

47. La cuarta regla de Ticonio es sobre la especie y el género. Así la llama, queriendo que se entienda la especie como parte, y el género como el todo, del cual esa parte que llama especie es una parte, como cada ciudad es parte de la totalidad de las naciones: a esto él llama especie; y al conjunto de todas las naciones, género. Aquí no se debe aplicar la sutileza de discernimiento que enseñan los dialécticos, quienes discuten agudamente sobre la diferencia entre parte y especie. La misma razón se aplica si no se trata de cada ciudad, sino de cada provincia, nación o reino, algo similar se encuentra en los discursos divinos. No solo, por ejemplo, de Jerusalén, o de alguna ciudad de las naciones, ya sea Tiro, Babilonia, o cualquier otra, se dice algo en las Escrituras sagradas que excede su medida y conviene más bien a todas las naciones: sino también de Judea, de Egipto, de Asiria, y de cualquier otra nación, en la que hay muchas ciudades, pero no todo el mundo, sino una parte de él, se dice algo que trasciende su medida y conviene más bien al universo, del cual esta es parte; o como él lo llama, al género, del cual esta es especie. De ahí que estas palabras hayan llegado al conocimiento del vulgo, para que incluso los ignorantes entiendan qué está constituido específicamente y qué generalmente en cualquier precepto imperial. Esto también se aplica a

los hombres; como las cosas que se dicen de Salomón, exceden su medida, y más bien se aclaran cuando se refieren a Cristo o a la Iglesia, de la cual él es parte.

48. La especie no siempre es excedida; a menudo se dicen cosas que claramente convienen a ella también, o tal vez solo a ella: pero cuando se pasa de la especie al género, como si la Escritura aún hablara de la especie, la intención del lector debe estar atenta, para no buscar en la especie lo que puede encontrar mejor y más ciertamente en el género. Es fácil entender lo que dice el profeta Ezequiel, "La casa de Israel habitó en la tierra, y la contaminaron con su camino, y con sus ídolos, y con sus pecados; según la inmundicia de la menstruosa fue su camino delante de mí. Y derramé mi ira sobre ellos, y los esparcí entre las naciones, y los aventé por las regiones; según sus caminos y según sus pecados los juzgué" (Ezequiel XXXVI, 17-19): es fácil, digo, entender esto sobre aquella casa de Israel, de la cual dice el Apóstol, "Mirad a Israel según la carne" (I Cor. X, 18); porque todo esto el pueblo carnal de Israel lo hizo y lo sufrió. También otras cosas que siguen se entienden que convienen a ese mismo pueblo: pero cuando comienza a decir, "Y santificaré mi gran nombre santo, que fue profanado entre las naciones, que profanasteis en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy el Señor"; ya debe estar atento quien lee, cómo se excede la especie y se añade el género. Sigue diciendo: "Y cuando sea santificado en vosotros ante sus ojos, y os tomaré de las naciones, y os reuniré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra tierra; y os rociaré con agua limpia, y seréis limpiados de todos vuestros ídolos, y os limpiaré: y os daré un corazón nuevo, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne, y mi espíritu pondré dentro de vosotros: y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis juicios, y los pongáis por obra: y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios; y os limpiaré de todas vuestras inmundicias" (Ezequiel XXXVI, 23-29). Que esto es profetizado sobre el Nuevo Testamento, al cual pertenece no solo aquella nación en sus restos, de la cual está escrito en otro lugar, "Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, solo el remanente será salvo" (Isaías X, 22), sino también las demás naciones que fueron prometidas a sus padres, quienes también son nuestros; no duda quien observa que aquí se promete el lavamiento de la regeneración, que ahora vemos cumplido en todas las naciones: y aquello que dice el Apóstol, al recomendar la gracia del Nuevo Testamento, para que resalte en comparación con el Antiguo, "Nuestra carta sois vosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón" (II Cor. III, 2, 3), se refiere y se percibe que se deriva de aquí donde este profeta dice, "Y os daré un corazón nuevo, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne". El corazón de carne, del cual dice el Apóstol, "tablas de carne del corazón", quiso distinguirlo del corazón de piedra por la vida que siente, y por la vida que siente significó la que entiende. Así se hace Israel espiritual, no de una sola nación, sino de todas las que fueron prometidas a los padres en su descendencia, que es Cristo.

49. Este Israel espiritual, por tanto, se distingue de aquel Israel carnal, que es de una sola nación, por la novedad de la gracia, no por la nobleza de la patria, y por la mente, no por la nación: pero la profundidad profética, mientras habla de aquel o a aquel, pasa latentemente a este; y cuando ya habla de este o a este, aún parece hablar de aquel o a aquel; no envidiando hostilmente nuestro entendimiento de las Escrituras, sino ejercitándolo medicinalmente. Por lo tanto, también aquello que dice, "Y os llevaré a vuestra tierra"; y poco después, como repitiendo lo mismo, "Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres"; no debemos entenderlo carnalmente como el Israel carnal, sino espiritualmente como el espiritual. La Iglesia sin mancha ni arruga (Efes. V, 27) reunida de todas las naciones, y que reinará

eternamente con Cristo, es la tierra de los bienaventurados, la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13); debe entenderse que fue dada a los padres, cuando les fue prometida con certeza e inmutabilidad de la voluntad de Dios: porque fue dada ya en la firmeza de la promesa o predestinación, que debía darse en su tiempo a los padres que creyeron; como de esa gracia que se da a los santos, escribiendo a Timoteo el Apóstol dice, "No según nuestras obras, sino según su propósito y gracia, que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos, pero manifestada ahora por la aparición de nuestro Salvador" (II Tim. I, 9, 10). Dijo que la gracia fue dada, cuando aún no existían aquellos a quienes se daría; porque en la disposición y predestinación de Dios ya estaba hecho lo que en su tiempo sería, lo que él dice manifestado. Aunque estas cosas también pueden entenderse sobre la tierra del siglo futuro, cuando habrá un nuevo cielo y una nueva tierra (Apoc. XXI, 1), en la cual los injustos no podrán habitar. Y por eso se dice correctamente a los piadosos que esa es su tierra, que de ninguna manera será de los impíos; porque también fue dada de manera similar, cuando fue firmada para ser dada.

CAPÍTULO XXXV.---Quinta regla de Ticonio.

50. Ticonio establece la quinta regla, que llama Sobre los tiempos; con esta regla a menudo se puede encontrar o conjeturar la cantidad de tiempos oculta en las Escrituras sagradas. Dice que esta regla se aplica de dos maneras; ya sea por el tropo de la sinécdoque, o por números legítimos. El tropo de la sinécdoque hace que se entienda el todo por una parte, o una parte por el todo: como un evangelista dice que ocurrió después de ocho días, lo que otro dice que ocurrió después de seis días, cuando en el monte, con solo tres discípulos presentes, el rostro del Señor resplandeció como el sol, y sus vestiduras como la nieve (Luc. IX, 28; Mat. XVII, 1, 2; Marc. IX, 1, 2). No podría ser verdad lo que se dijo sobre el número de días, a menos que se entienda que quien dijo "después de ocho días", tomó la parte final del día en que Cristo predijo que ocurriría, y la parte inicial del día en que mostró que se cumplió, por dos días completos e íntegros; y quien dijo "después de seis días", contó todos los días íntegros y completos, pero solo los medios. De esta manera de hablar, en la que se significa el todo por una parte, también se resuelve la cuestión de la resurrección de Cristo. Porque la parte final del día en que sufrió, a menos que se tome por todo el día, es decir, añadiendo también la noche pasada; y la noche en cuya parte final resucitó, a menos que se tome todo el día, añadiendo el día que amanecía el domingo, no pueden ser tres días y tres noches, en los que predijo que estaría en el corazón de la tierra (Mat. XII, 40).

51. Llama números legítimos a aquellos que la Escritura divina destaca de manera eminente, como el siete, el diez, el doce, y otros que los estudiosos reconocen con gusto al leer. A menudo, estos números se ponen por todo el tiempo: como, "Siete veces al día te alabaré" (Sal. CXVIII, 164), no es otra cosa que, "Su alabanza estará siempre en mi boca" (Sal. XXXIII, 2). Valen lo mismo cuando se multiplican, ya sea por diez, como setenta y setecientos; de donde los setenta años de Jeremías (Jerem. XXV, 11) pueden ser entendidos espiritualmente por todo el tiempo en que la Iglesia está entre extraños: o por sí mismos, como diez por diez, son cien; y doce por doce, ciento cuarenta y cuatro; con este número se significa la universalidad de los santos en el Apocalipsis (Apoc. VII, 4). De donde se ve que no solo las cuestiones de tiempos se resuelven con estos números, sino que sus significados se extienden más ampliamente y se aplican a muchas cosas. Porque este número en el Apocalipsis no se refiere a tiempos, sino a personas.

CAPÍTULO XXXVI.---Sexta regla de Ticonio.

52. Tichonio llama a la sexta regla Recapitulación, descubierta con bastante atención en la oscuridad de las Escrituras. Pues algunas cosas se dicen como si siguieran en orden temporal o se narraran en continuidad de hechos, cuando en realidad la narración se retoma secretamente a lo que se había omitido antes: lo cual, si no se entiende por esta regla, se comete un error. Como en el Génesis, dice: "Y plantó el Señor Dios un paraíso en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado; y aún hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso y bueno para comer"; parece dicho como si eso hubiera sucedido después de que Dios puso al hombre en el paraíso: cuando, habiendo mencionado brevemente ambos, es decir, que Dios plantó el paraíso y puso allí al hombre que había formado, vuelve recapitulando y dice lo que había omitido, cómo fue plantado el paraíso, porque Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso y bueno para comer. Finalmente, añadió: "Y el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal". Luego se explica el río que regaba el paraíso, dividido en cuatro principios de cuatro ríos; todo lo cual pertenece a la institución del paraíso. Cuando terminó esto, repitió lo que ya había dicho, y realmente esto seguía, y dijo: "Y tomó el Señor Dios al hombre que había formado, y lo puso en el paraíso" (Gén. II, 8, 9), etc. Pues después de que estas cosas fueron hechas, el hombre fue puesto allí, como ahora el mismo orden lo demuestra: no después de que el hombre fue puesto allí, fueron hechas estas cosas, como primero se podría pensar, a menos que la recapitulación se entienda vigilante, volviendo a lo que había sido omitido.

53. Asimismo, en el mismo libro, cuando se mencionan las generaciones de los hijos de Noé, se dice: "Estos son los hijos de Cam en sus tribus, según sus lenguas en sus regiones y en sus naciones". Enumerados también los hijos de Sem, se dice: "Estos son los hijos de Sem en sus tribus, según sus lenguas en sus regiones y en sus naciones". Y se añade sobre todos: "Estas son las tribus de los hijos de Noé, según sus generaciones y según sus naciones. De estos se dispersaron las islas de las naciones sobre la tierra después del diluvio. Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola voz para todos" (Gén. X, 20, 31, 32, y XI, 1). Por lo tanto, lo que se añadió, "Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola voz para todos", es decir, una sola lengua común para todos, parece dicho como si en ese tiempo, cuando ya estaban dispersos sobre la tierra incluso según las islas de las naciones, hubiera una lengua común para todos; lo cual sin duda contradice las palabras anteriores, donde se dijo: "En sus tribus según sus lenguas". Pues no se diría que ya tenían sus lenguas propias cada tribu, que formaban naciones individuales, cuando había una común para todos. Y por lo tanto, recapitulando, se añadió: "Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola voz para todos", volviendo secretamente la narración, para decir cómo sucedió que de una lengua común para todos fueron divididos en muchas: e inmediatamente se narra sobre la construcción de aquella torre, donde por juicio divino se les impuso este castigo por su soberbia; después de lo cual fueron dispersados sobre la tierra según sus lenguas.

54. Esta recapitulación se hace incluso de manera más oscura: como en el Evangelio el Señor dice: "El día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego del cielo y destruyó a todos: así será el día del Hijo del Hombre, cuando se revele. En esa hora, el que esté en el techo, y sus bienes en la casa, no descienda a tomarlos; y el que esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás: recuerde la esposa de Lot" (Luc. XVII, 29-32; Gén. XIX, 26). ¿Acaso cuando el Señor sea revelado, entonces deben guardarse estas cosas, para que nadie mire atrás, es decir, busque la vida pasada a la que renunció; y no más bien en este tiempo, para que cuando el Señor sea revelado, encuentre retribución por lo que cada uno guardó o despreció? Y sin embargo, porque se dijo: "En esa hora", se piensa que estas cosas deben guardarse cuando el Señor sea revelado, a menos que el sentido del lector vigile para entender la recapitulación, ayudado por otra Escritura que aún en el tiempo de los mismos Apóstoles clamó: "Hijos, es la

última hora" (1 Juan II, 18). Por lo tanto, el mismo tiempo en que se predica el Evangelio, hasta que el Señor sea revelado, es la hora en que estas cosas deben guardarse; porque la misma revelación del Señor pertenece a esa misma hora, que se terminará en el día del juicio (Rom. II, 5, y XIII, 11).

CAPÍTULO XXXVII.---Séptima regla de Tichonio.

55. La séptima regla de Tichonio es, y también la última, Sobre el diablo y su cuerpo. Pues él también es la cabeza de los impíos, que son de alguna manera su cuerpo, yendo con él al castigo del fuego eterno (Mat. XXV, 41): así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, que estará con él en el reino y la gloria eterna (Efes. I, 22). Así como en la primera regla, que llama sobre el Señor y su cuerpo, se debe vigilar para entender, cuando la Escritura habla de una misma persona, qué conviene a la cabeza, qué al cuerpo; así también en esta última, a veces se dice del diablo lo que no se puede reconocer en él, sino más bien en su cuerpo, que tiene no solo en aquellos que están manifiestamente fuera, sino también en aquellos que, aunque pertenecen a él, sin embargo, por un tiempo se mezclan con la Iglesia, hasta que cada uno salga de esta vida, o la paja sea separada del trigo por el último aventador (Luc. III, 17). Pues lo que está escrito en Isaías, "¿Cómo caíste del cielo, lucero de la mañana?" (Isa. XIV, 12), y lo demás, que bajo la figura del rey de Babilonia se dice de la misma persona, o a la misma persona en el contexto del discurso, se entiende sin duda del diablo; y sin embargo, lo que allí se dice, "Fue quebrantado en la tierra, el que envía a todas las naciones", no todo conviene a la cabeza. Pues aunque el diablo envía a sus ángeles a todas las naciones, sin embargo, en la tierra su cuerpo, no él, es quebrantado; a menos que él esté en su cuerpo, que se hace polvo, que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4).

56. Todas estas reglas, excepto una, que se llama Sobre las promesas y la Ley, hacen que se entienda una cosa por otra, lo cual es propio del lenguaje figurado, que se extiende más allá de lo que, a mi parecer, alguien pueda comprender en su totalidad. Pues dondequiera que se dice algo como si fuera otra cosa para que se entienda, aunque el nombre del tropo mismo no se encuentre en el arte de hablar, es un lenguaje figurado. Cuando esto ocurre donde suele ocurrir, el entendimiento sigue sin esfuerzo: pero cuando ocurre donde no suele, se trabaja para entenderlo, por unos más, por otros menos, según sean más o menos los dones de Dios en los ingenios humanos, o se otorguen ayudas. Por lo tanto, así como en las palabras propias, de las que discutimos anteriormente, donde las cosas deben entenderse tal como se dicen; así en las palabras trasladadas que hacen los lenguajes figurados, donde se debe entender una cosa por otra, de lo cual hasta aquí hemos tratado lo suficiente; no solo deben ser advertidos los estudiosos de las venerables Escrituras, para que sepan los géneros de locuciones en las santas Escrituras, y cómo suelen decirse las cosas en ellas, vigilando atentamente, y reteniéndolas en la memoria; sino también, lo que es principal y sumamente necesario, deben orar para entender. Pues en esas Escrituras, de las cuales son estudiosos, leen que "el Señor da sabiduría, y de su rostro viene el conocimiento y el entendimiento" (Prov. II, 6); de quien también recibieron el mismo estudio, si está dotado de piedad. Pero esto es suficiente también sobre los signos, en cuanto a las palabras se refiere. Resta que sobre la expresión de lo que sentimos, en el siguiente volumen, lo que el Señor nos conceda, disertemos.

LIBRO CUARTO.

Hasta aquí sobre la investigación del sentido de la Escritura, ahora finalmente se trata de la disertación. Y ciertamente, Agustín no quiere que los preceptos del arte retórica pertenezcan al propósito de este libro; pero sin embargo, sigue con suma diligencia las partes del orador cristiano: a quien propone imitar a los autores de las Sagradas Escrituras y a los doctores

eclesiásticos, muy superiores en sabiduría de decir, e incluso en elocuencia, presentando ejemplos de elocución de sus escritos en diversos géneros de discurso. Finalmente, exhorta al mismo eclesiástico a que, en primer lugar, se dedique a la oración; y que lo que enseña a otros con palabras, lo demuestre completamente con su vida y costumbres.

CAPÍTULO PRIMERO.---No es propósito de este libro enseñar preceptos de retórica.

1. Esta obra nuestra que se titula Sobre la Doctrina Cristiana, la había dividido en dos partes en la primera distribución. Pues después del prólogo, en el que respondí a aquellos que iban a criticar esto: "Dos son las cosas", digo, "en las que se basa toda la interpretación de las Escrituras; el modo de encontrar lo que debe entenderse, y el modo de expresar lo que se ha entendido. Primero hablaremos de encontrar, luego de expresar". Como ya hemos dicho mucho sobre encontrar, y hemos completado tres volúmenes sobre esta única parte, con la ayuda del Señor, diremos poco sobre expresar; para que, si es posible, cerremos todo en un solo libro, y toda esta obra se termine en cuatro volúmenes.

2. Por lo tanto, primero contengo la expectativa de los lectores, que tal vez piensan que voy a dar preceptos de retórica que aprendí y enseñé en las escuelas seculares, con esta advertencia, y les advierto que no los esperen de mí; no porque no tengan utilidad; sino porque, si tienen alguna, deben aprenderse por separado, si a algún buen hombre le queda tiempo para aprender también esto, pero no debe buscarse de mí ni en esta obra, ni en ninguna otra.

CAPÍTULO II.---Conviene que el doctor cristiano use la facultad retórica.

3. Pues como por el arte retórica se persuaden tanto las verdades como las falsedades, ¿quién se atreverá a decir que la verdad debe permanecer desarmada en sus defensores contra la mentira, para que aquellos que intentan persuadir cosas falsas sepan hacer al oyente benevolente, atento, o dócil con el prólogo; pero estos no lo sepan? ¿Aquellos narren cosas falsas brevemente, claramente, verosímilmente; y estos narren las verdaderas de tal manera que aburra escucharlas, no se puedan entender, y finalmente no se desee creerlas? ¿Aquellos con argumentos engañosos ataquen la verdad, afirmen la falsedad; y estos no puedan ni defender las verdaderas, ni refutar las falsas? ¿Aquellos moviendo e impulsando los ánimos de los oyentes al error, los aterricen, entristezcan, alegren, exhorten ardientemente; y estos por la verdad, lentos y fríos, duerman? ¿Quién es tan insensato que piense esto? Por lo tanto, estando en medio la facultad del elocutio, que vale mucho para persuadir tanto lo malo como lo bueno; ¿por qué no se adquiere con el estudio de los buenos, para que sirva a la verdad, si los malos la usan para obtener causas perversas y vanas en usos de iniquidad y error?

CAPÍTULO III.---A qué edad y de qué manera se pueden aprender los preceptos de la retórica.

4. Pero cualesquiera que sean las observaciones y preceptos sobre este asunto, con los cuales, cuando se añade la costumbre más ejercitada de la lengua en muchas palabras y ornamentos de palabras, se hace lo que se llama facundia o elocuencia, deben aprenderse fuera de estas letras nuestras, dedicando un tiempo adecuado y conveniente para ello, a una edad apropiada, por aquellos que pueden hacerlo rápidamente. Pues incluso los mismos príncipes de la elocuencia romana no se avergonzaron de decir que este arte, a menos que alguien pueda aprenderlo rápidamente, nunca podrá aprenderlo del todo (Cicerón, de Oratore). Si esto es verdad, ¿qué necesidad hay de investigarlo? Pues aunque puedan aprenderlo los más lentos, no valoramos tanto estas cosas como para querer que se dediquen a aprenderlas ya en edades maduras o incluso avanzadas de los hombres. Es suficiente que esta sea la preocupación de

los jóvenes; y no de todos aquellos a quienes deseamos instruir para la utilidad eclesiástica, sino de aquellos a quienes aún no ha ocupado una necesidad más urgente, y sin duda más importante que esta. Pues si hay un ingenio agudo y ferviente, la elocuencia se adhiere más fácilmente a los que leen y escuchan a los elocuentes, que siguiendo los preceptos de la elocuencia. Y no faltan las letras eclesiásticas, incluso fuera del canon colocado en la cima de la autoridad de manera saludable, que al leerlas un hombre capaz, aunque no lo haga con ese propósito, sino que solo esté atento a las cosas que allí se dicen, también se impregna del elocutio con el que se dicen, especialmente si se añade la práctica de escribir, dictar, y finalmente también de hablar, según la regla de la piedad y la fe. Si tal ingenio falta, ni siquiera se comprenden esos preceptos retóricos; ni, si se inculcan con gran esfuerzo y se comprenden en alguna medida, son de alguna utilidad. Pues incluso aquellos que los han aprendido, y hablan copiosa y elegantemente, no todos pueden pensar en esos preceptos al hablar, si no están discutiendo sobre ellos: en verdad, apenas creo que haya alguno de ellos que pueda hacer ambas cosas, hablar bien, y pensar en esos preceptos para hacerlo. Pues se debe tener cuidado de que no huyan de la mente las cosas que deben decirse, mientras se atiende a que se digan con arte. Y sin embargo, en los discursos y disertaciones de los elocuentes, se encuentran cumplidos los preceptos de la elocuencia, sobre los cuales no pensaron al hablar, ya sea que los hubieran aprendido o ni siquiera los hubieran tocado. Pues los cumplen porque son elocuentes; no los aplican para ser elocuentes.

5. Por lo tanto, como de los niños no se hacen hablantes, sino aprendiendo las locuciones de los hablantes; ¿por qué no pueden hacerse elocuentes, sin que se les enseñe ningún arte de elocuencia, sino leyendo y escuchando las locuciones de los elocuentes, e imitando en la medida en que se les permite? ¿Qué, que así lo experimentamos también con ejemplos? Pues sin preceptos retóricos conocemos a muchos más elocuentes que muchos que los han aprendido; pero sin haber leído y escuchado las disertaciones o discursos de los elocuentes, a ninguno. Pues ni siquiera necesitarían los niños el arte de la gramática, en la que se aprende la integridad de la locución, si se les permitiera crecer y vivir entre hombres que hablaran íntegramente. Pues sin conocer ningún nombre de vicios, cualquier cosa viciosa que oyeran de la boca de alguien hablando, la reprenderían y evitarían con su sana costumbre; como los urbanos reprenden a los rústicos, incluso los que no saben leer.

CAPÍTULO IV.---Oficio del doctor cristiano.

6. Por lo tanto, el tratador y doctor de las Sagradas Escrituras, defensor de la fe recta y combatiente del error, debe enseñar lo bueno y desaprender lo malo; y en esta obra del discurso conciliar a los adversos, levantar a los remisos, informar a los que no saben qué se hace, qué deben esperar. Pero donde encuentre o haga benevolentes, atentos, dóciles, lo demás debe hacerse como lo exige la causa. Si deben ser enseñados los que escuchan, se debe hacer con narración, si es necesario, para que se conozca el asunto del que se trata. Para que lo que es dudoso se haga cierto, se debe razonar con documentos. Pero si los que escuchan deben ser movidos más que enseñados, para que no se queden inactivos en lo que ya saben, y den su consentimiento a las cosas que confiesan ser verdaderas, se necesita mayor fuerza de expresión. Allí son necesarias las súplicas e increpaciones, las excitaciones y restricciones, y cualquier otra cosa que valga para mover los ánimos.

7. Y casi todos los hombres hacen todas estas cosas que he dicho, en lo que hacen hablando:

CAPÍTULO V.---Es más importante que el orador cristiano hable sabiamente que elocuentemente. De dónde puede conseguirlo.

Pero cuando unos lo hacen torpemente, deforme, fríamente; otros agudamente, elegantemente, vehementemente; aquel debe acercarse a esta obra de la que tratamos, que puede disputar o hablar sabiamente, aunque no pueda hacerlo elocuentemente, para que beneficie a los oyentes, aunque menos de lo que beneficiaría si también pudiera hablar elocuentemente. Pues aquel que abunda en elocuencia insensata, debe ser tanto más evitado, cuanto más el oyente se deleita en lo que es inútil escuchar, y porque lo oye hablar con elocuencia, también cree que dice la verdad. Esta sentencia no escapa a aquellos que pensaron que el arte de la retórica debía enseñarse: pues confesaron que la sabiduría sin elocuencia poco beneficia a las ciudades; pero la elocuencia sin sabiduría perjudica mucho a menudo, nunca beneficia (Cicerón, lib. 1 de Inventione). Si, por lo tanto, aquellos que transmitieron los preceptos de la elocuencia, en los mismos libros en los que lo hicieron, se vieron obligados a confesar esto por la verdad, sin conocer la verdadera, es decir, la suprema sabiduría que desciende del Padre de las luces; ¿cuánto más no debemos sentir otra cosa nosotros, que somos hijos y ministros de esta sabiduría? Sin embargo, el hombre habla sabiamente tanto más o menos, cuanto más o menos ha progresado en las Sagradas Escrituras. No digo en leerlas mucho y memorizarlas, sino en entenderlas bien, y en investigar diligentemente sus sentidos. Pues hay quienes las leen, y las descuidan; las leen para retenerlas, las descuidan para no entenderlas. A quienes sin duda se debe preferir a aquellos que menos retienen sus palabras, y ven su corazón con los ojos de su corazón. Pero a ambos se prefiere aquel que, cuando quiere, las dice, y las entiende como debe.

8. Por lo tanto, para quien debe hablar sabiamente, incluso si no puede hacerlo elocuentemente, es sumamente necesario retener las palabras de las Escrituras. Cuanto más se ve a sí mismo como pobre en sus propias palabras, tanto más debe enriquecerse con estas; de modo que lo que diga con sus propias palabras, lo pruebe con aquellas; y quien era menor con sus propias palabras, crezca de alguna manera con el testimonio de los grandes. Pues quien puede menos deleitar hablando, deleita probando. Por otra parte, quien no solo desea hablar sabiamente, sino también elocuentemente, ya que ciertamente será más útil si puede ambas cosas; lo envió más gustosamente a leer o escuchar y a imitar con ejercicio a los elocuentes, que a dedicarse a los maestros del arte de la retórica: si es que aquellos que se leen y escuchan, son alabados por haber hablado o hablar no solo elocuentemente, sino también sabiamente con verdadera predicación. Pues quienes hablan elocuentemente, son escuchados con agrado; quienes sabiamente, con provecho. Por eso la Escritura no dice, Multitud de elocuentes; sino, Multitud de sabios es la salud del mundo (Sab. VI, 26). Así como a menudo deben tomarse cosas amargas pero saludables, así siempre debe evitarse la dulzura perniciosa. Pero, ¿qué mejor que la suavidad saludable o la salud suave? Cuanto más se desea la suavidad allí, tanto más fácilmente la salud es beneficiosa. Por lo tanto, hay hombres eclesiásticos que han tratado las palabras divinas no solo sabiamente, sino también elocuentemente: para quienes leerlos, el tiempo no es suficiente más que faltarles a los estudiantes y dedicados.

CAPÍTULO VI. Sabiduría unida a la elocuencia en los autores sagrados.

9. Aquí alguien quizás pregunta si nuestros autores, cuyos escritos divinamente inspirados nos hicieron el canon con autoridad muy saludable, deben ser llamados solo sabios, o también elocuentes. Esta cuestión, en verdad, se resuelve muy fácilmente para mí mismo y para aquellos que sienten conmigo lo que digo. Pues donde los entiendo, no solo nada me parece más sabio que ellos, sino también nada más elocuente. Y me atrevo a decir que todos los que entienden correctamente lo que ellos dicen, entienden al mismo tiempo que no debieron hablar de otra manera. Pues hay una cierta elocuencia que conviene más a la juventud, y otra

a la vejez; y ya no debe llamarse elocuencia si no se adapta a la persona del elocuente: así hay una que conviene a hombres de suma autoridad y claramente divinos. Con esta hablaron ellos, y no les conviene otra, ni a otros esta: pues a ellos les es congruente; pero a otros, cuanto más parece humilde, tanto más alto trasciende, no por vanidad, sino por solidez. Donde no los entiendo, su elocuencia me parece menos evidente, pero no dudo que sea tal como es donde los entiendo. También la oscuridad misma de las palabras divinas y saludables debía mezclarse con tal elocuencia, en la que nuestro entendimiento debería progresar, no solo por descubrimiento, sino también por ejercicio.

10. Podría, si tuviera tiempo, mostrar todas las virtudes y adornos de la elocuencia, de los cuales se enorgullecen aquellos que prefieren su lengua a la de nuestros autores, no por grandeza, sino por hinchazón, en las Escrituras sagradas de aquellos que la providencia divina proveyó para nuestra instrucción y para trasladarnos de este siglo perverso al siglo bienaventurado. Pero no me deleitan más de lo que se puede decir en esa elocuencia que estos hombres tienen en común con los oradores gentiles o poetas: admiro y me asombro más de que usaron nuestra elocuencia de tal manera a través de otra cierta elocuencia suya, que ni les faltó ni sobresalió en ellos: porque no debía ser desaprobada por ellos, ni ostentada; lo cual sucedería si se evitara; lo otro podría pensarse si se reconociera fácilmente. Y en los lugares donde tal vez es reconocida por los doctos, se dicen tales cosas que las palabras con las que se dicen parecen no ser añadidas por el que habla, sino como si fueran espontáneamente añadidas por las mismas cosas: como si entendieras que la sabiduría procede de su casa, es decir, del pecho del sabio, y que la elocuencia la sigue como una sierva inseparable, incluso no llamada.

CAPÍTULO VII. Enseña bellamente, con ejemplos, que en las Escrituras sagradas existe una elocuencia genuina, que acompaña a la sabiduría como una compañera inseparable. Se presentan ejemplos de las Epístolas de Pablo y del profeta Amós. Otro ejemplo de sana elocuencia de Amós 6, 1.

11. Pues, ¿quién no ve lo que quiso decir, y cuán sabiamente lo dijo el Apóstol: Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 3-5)? Aquí, si alguien, por así decirlo, inexpertamente experto, sostiene que el Apóstol siguió los preceptos del arte de la elocuencia, ¿no será ridiculizado por los cristianos doctos e indoctos? Y sin embargo, aquí se reconoce una figura que en griego se llama κλίμαξ, y en latín algunos la han llamado gradación, porque no quisieron decir escalera, cuando las palabras o los sentidos se conectan uno de otro; como aquí, vemos conectada la paciencia de la tribulación, la prueba de la paciencia, la esperanza de la prueba. También se reconoce otro adorno, ya que después de que cada uno de los pronunciamientos se ha terminado con una pausa, lo que nuestros llaman miembros y cesuras, y los griegos κῶλα y κόμματα, sigue un período o circuito, que ellos llaman περίοδος, cuyos miembros se suspenden con la voz del que habla, hasta que finalmente se termina. Pues de los que preceden al circuito, el primer miembro es, porque la tribulación produce paciencia; el segundo, la paciencia prueba; el tercero, la prueba esperanza. Luego se añade el mismo circuito, que se lleva a cabo en tres miembros, de los cuales el primero es, y la esperanza no defrauda; el segundo, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones; el tercero, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Pero estas y cosas semejantes se enseñan en el arte de la elocución. Así como no decimos que el Apóstol siguió los preceptos de la elocuencia, tampoco negamos que la elocuencia siguió a su sabiduría.

12. Escribiendo a los Corintios, en la segunda Epístola reprende a algunos que eran pseudoapóstoles de entre los judíos y lo difamaban: y como se ve obligado a alabarse a sí mismo, atribuyéndose esta insensatez, ¿cuán sabiamente lo dice, y cuán elocuentemente? pero como compañera de la sabiduría, guía de la elocuencia; siguiéndola, precediéndola y no rechazando seguirla. Digo de nuevo, dice, que nadie me considere insensato; de lo contrario, como insensato, recibidme, para que yo también me gloríe un poco. Lo que hablo, no lo hablo según Dios, sino como en insensatez, en esta sustancia de gloria. Porque muchos se glorían según la carne, yo también me gloriaré. Porque soportáis de buena gana a los insensatos, siendo vosotros mismos sabios. Porque soportáis si alguien os esclaviza, si alguien os devora, si alguien toma de vosotros, si alguien se ensalza, si alguien os golpea en la cara. Según la ignominia lo digo, como si nos hubiéramos debilitado. En lo que alguien se atreve (hablo en insensatez), yo también me atrevo. ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendencia de Abraham? Yo también. ¿Son ministros de Cristo? (hablo como insensato) yo más. En trabajos más abundantes, en cárceles más frecuentes, en azotes sin medida, en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué: noche y día estuve en el abismo del mar; en viajes muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos: en trabajo y fatiga, en vigiliadas muchas veces, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez: además de las cosas externas, la presión diaria sobre mí, la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién se debilita, y yo no me debilito? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? Si es necesario gloriarse, me gloriaré en las cosas que son de mi debilidad (II Cor. XI, 16-30). Cuán sabiamente se han dicho estas cosas, los que están despiertos lo ven. Cuán abundantemente también han concurrido en el flujo de la elocuencia, incluso el que duerme lo advierte.

13. Además, quien sabe, reconoce que esas cesuras que los griegos llaman κόμματα, y los miembros, y los circuitos, de los que hablé un poco antes, cuando se intercalan con la variedad más adecuada, han hecho toda esta apariencia de discurso, y casi su rostro, con el que incluso los indoctos se deleitan y conmueven. Pues desde donde comenzamos a insertar este pasaje, son circuitos: el primero es el más pequeño, es decir, bimembre; pues un circuito no puede tener menos de dos miembros, pero puede tener más: entonces el primero es, Digo de nuevo, que nadie me considere insensato. Sigue otro trimembre, De lo contrario, como insensato, recibidme, para que yo también me gloríe un poco. El tercero que sigue tiene cuatro miembros, Lo que hablo, no lo hablo según Dios, sino como en insensatez, en esta sustancia de gloria. El cuarto tiene dos, Porque muchos se glorían según la carne, yo también me gloriaré. Y el quinto tiene dos, Porque soportáis de buena gana a los insensatos, siendo vosotros mismos sabios. También el sexto es bimembre, Porque soportáis si alguien os esclaviza. Siguen tres cesuras, Si alguien os devora, si alguien toma de vosotros, si alguien se ensalza. Luego tres miembros, Si alguien os golpea en la cara, según la ignominia lo digo, como si nos hubiéramos debilitado. Se añade un circuito trimembre, En lo que alguien se atreve (hablo en insensatez), yo también me atrevo. Desde aquí ya se colocan cesuras individuales en preguntas, y se responden con cesuras individuales, tres a tres, ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendencia de Abraham? Yo también. Pero a la cuarta cesura colocada con una pregunta similar, responde no con otra cesura, sino con la oposición de un miembro, ¿Son ministros de Cristo? (hablo como insensato) yo más. Ya las cuatro cesuras siguientes, removida la pregunta con la mayor decencia, se vierten, En trabajos más abundantes, en cárceles más frecuentes, en azotes sin medida, en peligros de muerte muchas veces. Luego se interpone un breve circuito, ya que debe distinguirse con la voz

suspendida, De los judíos cinco veces, para que esto sea un miembro, al que se conecta otro, recibí cuarenta azotes menos uno. Luego se vuelve a las cesuras, y se colocan tres, Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué. Sigue un miembro: Noche y día estuve en el abismo del mar. Luego catorce cesuras fluyen con el impulso más decente, En viajes muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos: en trabajo y fatiga, en vigilias muchas veces, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez. Después de esto, interpone un circuito trimembre, Además de las cosas externas, la presión diaria sobre mí, la preocupación por todas las Iglesias. Y a este añade dos miembros con preguntas, ¿Quién se debilita, y yo no me debilito? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó? Finalmente, todo este pasaje casi jadeante, se termina con un circuito bimembre, Si es necesario gloriarse, me gloriaré en las cosas que son de mi debilidad. Pero lo que después de este impulso se interpone como una pequeña narración que de alguna manera descansa, y hace descansar al oyente, no se puede decir suficientemente qué decoro, qué deleite tiene. Pues sigue diciendo: Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo sabe, quien es bendito por los siglos, que no miento (II Cor. XI, 31). Y luego narra brevemente cómo estuvo en peligro y cómo escapó.

14. Sería largo seguir con los demás, o mostrar estas cosas en otros lugares de las Escrituras sagradas. ¿Qué, si también hubiera querido mostrar las figuras de locución que se enseñan en ese arte, al menos en lo que he mencionado del elocuente discurso del Apóstol? ¿no pensarían más fácilmente los hombres serios que soy excesivo, que cualquiera de los estudiosos que soy suficiente? Todas estas cosas, cuando son enseñadas por los maestros, se consideran de gran valor, se compran a gran precio, se venden con gran jactancia. Temo que incluso yo huela a esa jactancia mientras discuto así. Pero fue necesario responder a los hombres mal enseñados, que piensan que nuestros autores deben ser despreciados, no porque no tengan, sino porque no ostentan, la elocuencia que estos aman demasiado.

15. Pero tal vez alguien piense que he elegido al apóstol Pablo como elocuente nuestro. Pues parece que donde dice, Aunque soy inexperto en el habla, pero no en el conocimiento (II Cor. XI, 6), como si concediera a los detractores, habló así, no como si reconociera que eso era cierto, confesándolo. Si hubiera dicho, Inexperto en el habla, pero no en el conocimiento, de ninguna manera podría entenderse de otra manera. Ciertamente no dudó en profesar el conocimiento, sin el cual no podría ser doctor de los gentiles. Ciertamente, si traemos algo de él como ejemplo de elocuencia, lo traemos de esas Epístolas que incluso sus detractores, que querían que su discurso presente fuera considerado despreciable, confesaron que eran graves y fuertes (II Cor. X, 10). Por lo tanto, veo que debo decir algo también sobre la elocuencia de los Profetas, donde muchas cosas se ocultan a través de la tropología. Cuanto más parecen cubrirse con palabras trasladadas, tanto más, cuando se han revelado, se endulzan. Pero en este lugar debo recordar algo tal, donde no me vea obligado a exponer lo que se ha dicho, sino solo a elogiar cómo se ha dicho. Y haré esto principalmente del libro de aquel profeta que dice que era pastor o vaquero, y que de allí fue llevado y enviado divinamente para profetizar al pueblo de Dios (Amós VII, 14, 15). No según los Setenta intérpretes, que también interpretaron por el Espíritu divino, por lo cual parecen haber dicho algunas cosas de manera diferente, para que la intención del lector se viera más advertida a escudriñar el sentido espiritual; de donde también algunas cosas son más oscuras, porque son más tropológicas, de ellos: sino como fueron trasladadas del hebreo al lenguaje latino, por el presbítero Jerónimo, experto en ambas lenguas.

16. Pues cuando reprendía a los impíos, soberbios, lujuriosos, y por eso negligentes de la caridad fraterna, este rústico o ex rústico profeta exclamó, diciendo: ¡Ay de los que están

opulentos en Sion, y confían en el monte de Samaria, los principales cabezas de los pueblos, que entran pomposamente en la casa de Israel! Pasad a Calne, y ved, e id de allí a Hamath la grande, y descendad a Gat de los filisteos, y a los mejores reinos de estos, si es más amplio su término que vuestro término. Que estáis separados para el día malo, y os acercáis al trono de la iniquidad. Que dormís en lechos de marfil, y os entregáis a la lascivia en vuestros lechos: que coméis cordero del rebaño, y terneros del medio del establo: que cantáis al son del salterio. Como David pensaron tener instrumentos de canto, bebiendo vino en copas, y ungidos con el mejor unguento: y no sufrían por la ruina de José (Amós VI, 1-6). ¿Acaso estos, que desprecian a nuestros profetas como si fueran incultos e ignorantes de la elocución, como si fueran doctos y elocuentes, si algo así les hubiera sido dicho o en tales términos, no habrían querido decirlo de otra manera, quienes sin embargo no habrían querido enloquecer?

17. Pues, ¿qué es lo que más desean los oídos sobrios de este elocuente discurso? Primero, ¿con qué estruendo se lanzó la invectiva, como si golpeará los sentidos adormecidos para que despertaran? ¡Ay de los que están opulentos en Sion, y confían en el monte de Samaria, los principales cabezas de los pueblos, que entran pomposamente en la casa de Israel! Luego, para mostrar su ingratitud por los beneficios de Dios, quien les dio amplios espacios de reino, ya que confiaban en el monte de Samaria, donde ciertamente se adoraban ídolos, Pasad, dice, a Calne, y ved, e id de allí a Hamath la grande, y descendad a Gat de los filisteos, y a los mejores reinos de estos, si es más amplio su término que vuestro término. Al mismo tiempo que se dicen estas cosas, el discurso se adorna con los nombres de los lugares como luces, que son Sion, Samaria, Calne, Hamath la grande, y Gat de los filisteos. Luego, las palabras que se añaden a estos lugares, se varían con la mayor decencia: Estáis opulentos, confiáis, pasad, id, descendad.

18. Consecuentemente, se anuncia la futura cautividad bajo un rey iniquo, cuando se añade, Que estáis separados para el día malo, y os acercáis al trono de la iniquidad. Entonces se enumeran los méritos de la lujuria, Que dormís en lechos de marfil, y os entregáis a la lascivia en vuestros lechos: que coméis cordero del rebaño, y terneros del medio del establo. Estos seis miembros produjeron tres circuitos bimembres. Pues no dijo, Que estáis separados para el día malo, que os acercáis al trono de la iniquidad, que dormís en lechos de marfil, que os entregáis a la lascivia en vuestros lechos, que coméis cordero del rebaño, y terneros del medio del establo; si se dijera así, sería ciertamente hermoso, que de un pronombre repetido corrieran seis miembros individuales, y cada uno se terminara con la voz del que pronuncia: pero se hizo más hermoso, que al mismo pronombre se unieran dos, que explicaran tres sentencias; una para la predicción de la cautividad, Que estáis separados para el día malo, y os acercáis al trono de la iniquidad; otra para la lujuria, Que dormís en lechos de marfil, y os entregáis a la lascivia en vuestros lechos; y una tercera para la voracidad, Que coméis cordero del rebaño, y terneros del medio del establo: para que esté en el poder del que pronuncia, si termina cada uno, y son seis miembros, o si suspende la voz en el primero, tercero y quinto, y conectando el segundo con el primero, el cuarto con el tercero, el sexto con el quinto, haga tres circuitos bimembres con la mayor decencia; uno para mostrar la calamidad inminente, otro para el lecho impuro, y el tercero para la mesa pródiga.

19. Luego reprende la voluptuosidad de la lujuriosa música de los oídos. Donde, habiendo dicho, Que cantáis al son del salterio, ya que la música puede ser ejercida sabiamente por los sabios, con un admirable decoro de decir, relajando el ímpetu de la invectiva, y no hablando a ellos, sino de ellos, para que nos advirtiera distinguir la música del sabio de la música del lujurioso, no dijo, Que cantáis al son del salterio, y como David pensáis tener instrumentos de canto: sino que, habiendo dicho aquello a ellos, que los lujuriosos debían escuchar, Que cantáis al son del salterio, también indicó de alguna manera su impericia a otros, añadiendo,

Como David pensaron tener instrumentos de canto, bebiendo vino en copas, y ungidos con el mejor unguento. Estos tres se pronuncian mejor si los dos primeros miembros del circuito se suspenden, y se terminan con el tercero.

20. Ahora bien, lo que se añade a todo esto, "Y no sufrían por la aflicción de José", ya sea que se diga de manera continua como un solo miembro, o que se suspenda más elegantemente, "y no sufrían", y después de esta distinción se introduzca "por la aflicción de José", y sea un circuito bimembre; no se dijo con admirable belleza "No sufrían por la aflicción del hermano", sino que se puso en lugar de hermano, "José", para que cualquier hermano fuera significado por su nombre, cuya fama entre los hermanos es ilustre, ya sea en los males que soporta o en los bienes que retribuye. Este tropo ciertamente, donde José hace entender a cualquier hermano, no sé si se enseña en el arte que hemos aprendido y enseñado. Sin embargo, cuán hermoso es, y cómo afecta a los lectores y entendidos, no es necesario decirlo a nadie, si él mismo no lo siente.

21. Y muchas cosas que pertenecen a los preceptos de la elocuencia pueden encontrarse en este mismo lugar que hemos puesto como ejemplo. Pero un buen oyente no se instruye tanto si se examina diligentemente, como si se pronuncia ardientemente, se enciende. Porque estas cosas no fueron compuestas por la industria humana, sino que fueron vertidas por la mente divina, sabiamente y elocuentemente; no con sabiduría atenta a la elocuencia, sino con elocuencia que no se aparta de la sabiduría. Pues si, como algunos hombres muy elocuentes y agudos pudieron ver y decir, aquellas cosas que se aprenden como arte oratoria no se observaran y notaran, y no se redujeran a esta doctrina, a menos que primero se encontraran en los ingenios de los oradores; ¿qué maravilla si también se encuentran en aquellos a quienes envió aquel que hace los ingenios? Por lo tanto, confesemos que nuestros autores y doctores canónicos son elocuentes, no solo sabios, con una elocuencia tal que conviene a personas de este tipo.

CAPÍTULO VIII.---La oscuridad de los autores sagrados, aunque elocuente, no debe ser imitada por los doctores cristianos.

22. Pero aunque tomamos algunos ejemplos de elocución de sus escritos, que se entienden sin dificultad; de ninguna manera debemos pensar que debemos imitarlos en aquellas cosas que dijeron con oscuridad útil y saludable, para ejercitar y pulir de algún modo las mentes de los lectores, y para romper el tedio y agudizar el estudio de los que desean aprender, y también para ocultar a los impíos, ya sea para que se conviertan a la piedad, o para que sean excluidos de los misterios. Así hablaron ellos, para que los posteriores que los entendieran correctamente y los expusieran, encontraran en la Iglesia de Dios otra gracia, diferente ciertamente, pero sin embargo subsiguiente. Por lo tanto, los expositores de ellos no deben hablar de tal manera que se propongan a sí mismos para ser expuestos con similar autoridad; sino que en todos sus discursos deben esforzarse primero y principalmente por ser entendidos, con la mayor claridad posible al hablar, para que quien no entienda sea muy lento, o que la causa de que lo que decimos no pueda entenderse o se entienda lentamente, esté en la dificultad y sutileza de las cosas que queremos explicar y mostrar, no en nuestra locución.

CAPÍTULO IX.---Dificultades de entendimiento, con quiénes y cómo deben tratarse.

23. Hay algunas cosas que no se entienden por su propia fuerza, o apenas se entienden, por más que se traten en el discurso del que habla con la mayor claridad; que rara vez, si algo lo

urge, o nunca deben ser llevadas a la audiencia del pueblo. Pero en los libros, que se escriben de tal manera que de algún modo retienen al lector cuando se entienden, y cuando no se entienden no son molestos para los que intentan leer, y en algunas conversaciones, no debe abandonarse este oficio, para que las verdades, aunque muy difíciles de entender, que ya hemos percibido, las llevemos a la comprensión de otros con el trabajo de la discusión, si el deseo de aprender retiene al oyente o interlocutor, y no falta la capacidad mental que pueda recibir lo que se insinúa de alguna manera; sin que le importe al que enseña, con cuánta elocuencia enseña, sino con cuánta evidencia.

CAPÍTULO X.---El estudio de la claridad en el discurso.

24. El diligente apetito de esta evidencia a veces descuida las palabras más cultas, y no se preocupa por lo que suena bien, sino por lo que bien indica y sugiere lo que intenta mostrar. De donde dijo alguien, cuando trataba sobre este tipo de locución, que en ella hay una cierta diligente negligencia (Cicerón, en Orador). Sin embargo, esto quita el ornamento de tal manera que no contrae suciedad. Aunque en los buenos doctores hay tanto cuidado de enseñar, o debe haberlo, que la palabra que, si no es oscura o ambigua, no puede ser latina, pero se dice según el uso del vulgo para evitar la ambigüedad y oscuridad, no se diga como lo dicen los doctos, sino más bien como lo dicen los indoctos. Pues si no les molestó a nuestros intérpretes decir, "No congregaré sus asambleas de sangre" (Salmo XV, 4), porque sintieron que era pertinente al asunto que en ese lugar se enunciara en plural este nombre, que en la lengua latina solo se dice en singular; ¿por qué le molestaría al doctor de la piedad, hablando con los ignorantes, decir "ossum" en lugar de "os", para que esta sílaba no se entienda no por lo que son los huesos, sino por lo que son las bocas, donde los oídos africanos no juzgan sobre la corrección o prolongación de las vocales? Pues ¿de qué sirve la integridad de la locución, que no sigue el entendimiento del oyente, cuando no hay causa alguna de hablar, si lo que hablamos no lo entienden aquellos para quienes hablamos para que entiendan? Quien enseña, evitará todas las palabras que no enseñan; y si puede decir otras íntegras que se entiendan en su lugar, lo elegirá más: si no puede, ya sea porque no existen, o porque no se le ocurren en el momento, usará incluso palabras menos íntegras, con tal de que la cosa misma se enseñe y aprenda íntegramente.

25. Y esto no solo en las conversaciones, ya sea que se hagan con uno o con varios; sino mucho más en los pueblos cuando se pronuncia un discurso, se debe insistir en que seamos entendidos. Porque en las conversaciones cada uno tiene la potestad de preguntar: pero donde todos callan para escuchar a uno, y vuelven sus rostros atentos hacia él, allí no es costumbre ni decoroso que cada uno pregunte lo que no ha entendido; y por lo tanto, el cuidado del que habla debe asistir principalmente al que calla. Sin embargo, la multitud ávida de conocer suele significar con su movimiento si ha entendido: hasta que lo signifique, debe tratarse lo que se está haciendo, con una variedad multiforme de decir; lo cual no está en poder de aquellos que pronuncian de memoria lo que han preparado y retenido palabra por palabra. Pero tan pronto como se constate que se ha entendido, o debe terminarse el discurso, o pasarse a otra cosa. Pues así como es grato quien despeja lo que debe conocerse; así es oneroso quien repite lo conocido, al menos para aquellos cuya expectativa total dependía de la disolución de las dificultades que se exponen. Porque también se dicen cosas conocidas por el placer; donde no se atiende a ellas mismas, sino al modo en que se dicen. Y si este modo ya es conocido, y agrada a los oyentes, casi no hay diferencia entre si quien dice es un dictador o un lector. Pues las cosas que están bien escritas suelen leerse con agrado, no solo por aquellos a quienes se les da a conocer por primera vez, sino también por aquellos a quienes ya son conocidas, y el olvido aún no las ha borrado de la memoria, no sin placer se releen, o se escuchan con gusto por ambos. Y lo que alguien ya ha olvidado, cuando se le

recuerda, se le enseña. Pero no hablo ahora del modo de deleitar; hablo del modo en que deben ser enseñados aquellos que desean aprender. Y este es el mejor, por el cual quien escucha, escucha la verdad, y lo que escucha lo entiende. Cuando se ha llegado a este fin, no se debe trabajar más en enseñar más tiempo sobre la misma cosa, sino quizás en recomendarla para que se fije en el corazón: lo cual, si parece necesario hacer, debe hacerse con tal moderación que no se llegue al tedio.

CAPÍTULO XI.---Por qué al que intenta enseñar se le debe hablar claramente, pero no sin suavidad.

26. Esta es ciertamente la elocuencia en la enseñanza, por la cual se hace al hablar, no para que agrade lo que se aborrecía, o para que se haga lo que se rehuía, sino para que aparezca lo que estaba oculto. Sin embargo, si esto se hace sin suavidad, el fruto llega a pocos muy estudiosos, que desean saber las cosas que deben aprenderse, aunque se digan de manera abyecta e inculta. Cuando lo han conseguido, se alimentan deleitablemente de la misma verdad: y es una notable disposición de los buenos ingenios, amar la verdad en las palabras, no las palabras. Pues ¿de qué sirve una llave de oro, si no puede abrir lo que queremos? ¿O qué importa una de madera, si puede hacerlo? cuando no buscamos otra cosa que abrir lo que está cerrado. Pero como los que comen y los que aprenden tienen alguna similitud entre sí, por el fastidio de muchos, incluso los mismos alimentos sin los cuales no se puede vivir, deben ser condimentados.

CAPÍTULO XII.---El orador debe enseñar, deleitar, conmover, según Cicerón, en el Orador. Cómo debe lograr estas tres cosas.

27. Dijo, pues, un elocuente, y dijo la verdad, que el elocuente debe hablar de tal manera que enseñe, que deleite, que conmueva. Luego añadió: "Enseñar es de necesidad, deleitar es de suavidad, conmover es de victoria" (Cicerón, en el Orador). De estas tres cosas, lo que se puso en primer lugar, esto es, la necesidad de enseñar, está constituido en las cosas que decimos; las otras dos, en el modo en que decimos. Por tanto, quien dice cuando quiere enseñar, mientras no se le entienda, no debe considerarse que ha dicho lo que quiere a aquel a quien quiere enseñar. Porque aunque haya dicho lo que él mismo entiende, no debe considerarse que se lo ha dicho a aquel que no lo ha entendido: si, en cambio, se le ha entendido, de cualquier manera que lo haya dicho, lo ha dicho. Pero si también quiere deleitar a aquel a quien dice, o conmoverlo, no de cualquier manera que lo diga, lo hará; sino que importa cómo lo diga, para que lo haga. Así como es necesario deleitar al oyente para que se mantenga atento a escuchar; así es necesario conmoverlo para que se mueva a actuar. Y así como se deleita si hablas suavemente; así se conmueve si ama lo que prometes, teme lo que amenazas, odia lo que repruebas, abraza lo que recomiendas, se duele de lo que exageras como doloroso; cuando predicas algo alegre, se alegra, se compadece de aquellos a quienes presentas como dignos de compasión, huye de aquellos a quienes propones como dignos de ser evitados con terror; y cualquier otra cosa que pueda hacerse con gran elocuencia para conmover los ánimos de los oyentes, no para que sepan qué deben hacer, sino para que hagan lo que ya saben que deben hacer.

28. Pero si aún no lo saben, primero deben ser enseñados antes de ser movidos. Y tal vez, una vez conocidas las cosas, se moverán de tal manera que no será necesario moverlos con mayores fuerzas de elocuencia. Sin embargo, cuando es necesario, debe hacerse: y es necesario cuando, habiendo sabido qué deben hacer, no lo hacen. Por lo tanto, enseñar es de necesidad. Pues los hombres pueden hacer o no hacer lo que saben. Pero ¿quién dirá que deben hacer lo que no saben? Y por eso conmover no es de necesidad, porque no siempre es

necesario, si el oyente consiente solo al que enseña o incluso al que deleita. Pero conmover es de victoria, porque puede suceder que se enseñe y se deleite, y no se asienta. ¿Y de qué servirán aquellas dos cosas si falta esta tercera? Pero tampoco deleitar es de necesidad: ya que cuando se muestran las verdades al hablar, lo cual pertenece al oficio de enseñar, no se hace por elocuencia, ni se atiende a que deleite ya sea la misma cosa o el mismo discurso, sino que por sí mismas, porque son verdaderas, deleitan al ser manifestadas. Por lo cual, a menudo también deleitan las cosas falsas cuando se descubren y se refutan. No deleitan porque son falsas; sino porque es verdad que son falsas, y deleita el discurso por el cual se ha mostrado que esto es verdad.

CAPÍTULO XIII.---Los ánimos deben ser conmovidos al hablar.

29. Pero para aquellos a quienes, por su fastidio, no les agrada la verdad, si de cualquier otro modo, a menos que se diga de tal manera que les agrade también el discurso del que habla, se ha dado en la elocuencia no poco lugar también a la delectación. Sin embargo, añadida no basta para los duros, a quienes no les ha servido ni haber entendido, ni haber sido deleitados por la elocución del que enseña. Pues ¿qué les aprovechan estas dos cosas al hombre que confiesa que es verdad, y alaba la elocuencia, si no inclina su asentimiento, para el cual solo, cuando se persuade algo, la intención del que habla vigila sobre las cosas que se dicen? Pues si se enseñan tales cosas que basta con creerlas o conocerlas, no es otra cosa consentir en ellas que confesar que son verdaderas. Pero cuando se enseña lo que debe hacerse, y por eso se enseña para que se haga, en vano se persuade que es verdad lo que se dice, en vano agrada el mismo modo en que se dice, si no se aprende de tal manera que se haga. Por lo tanto, el elocuente eclesiástico, cuando persuade algo que debe hacerse, no solo debe enseñar para instruir, y deleitar para retener, sino también conmover para vencer. Pues ya queda para ser inclinado al asentimiento por la grandeza de la elocuencia, aquel en quien no ha logrado esto hasta su confesión la verdad demostrada, añadida también la suavidad de la dicción.

CAPÍTULO XIV.---La suavidad de la dicción debe procurarse según la razón del argumento.

30. A cuya suavidad se ha dedicado tanto esfuerzo por parte de los hombres, que no solo las cosas que no deben hacerse, sino también las que deben evitarse y detestarse, tantos y tan grandes males y cosas vergonzosas, que han sido persuadidas con la mayor elocuencia, no para que se les consienta, sino solo por el placer de la delectación, se leen. Pero Dios aleje de su Iglesia lo que Jeremías el profeta recuerda sobre la sinagoga de los judíos diciendo: "Horror y cosas horrendas se han hecho sobre la tierra: los profetas profetizaban iniquidades, y los sacerdotes aplaudían con sus manos, y mi pueblo amó así. ¿Y qué haréis en el futuro?" (Jeremías V, 30, 31). ¡Oh elocuencia tanto más terrible cuanto más pura; y cuanto más sólida, tanto más vehemente! ¡Oh verdaderamente hacha que corta las piedras! Pues a esta cosa semejante a su palabra, que hizo a través de los santos profetas, Dios mismo dijo a través de este mismo profeta (Id. XLVI, 22). Por lo tanto, esté lejos de nosotros, esté lejos de nosotros, que los sacerdotes aplaudan a los que dicen iniquidades, y el pueblo de Dios ame así. Esté lejos de nosotros, digo, tanta demencia: pues ¿qué haremos en el futuro? Y ciertamente, aunque se entiendan menos, agraden menos, conmuevan menos las cosas que se dicen; sin embargo, que se digan; y que se escuchen con gusto las cosas justas, no las iniquas: lo cual ciertamente no sucedería, si no se dijeran suavemente.

31. Pero en el pueblo grave, del cual se dijo a Dios, "En el pueblo grave te alabaré" (Salmo XXXIV, 18), ni siquiera esa suavidad es deleitable, en la cual no se dicen iniquidades, sino bienes pequeños y frágiles adornados con un hinchado ámbito de palabras, con el cual ni siquiera los grandes y estables se adornarían decentemente y con gravedad. Hay algo así en la

epístola del beatísimo Cipriano, que creo que sucedió o fue hecho deliberadamente, para que se supiera por los posteriores, cuán lejos la salud de la doctrina cristiana ha retirado la lengua de esta redundancia, y la ha restringido a una elocuencia más grave y moderada; tal como se ama con seguridad en sus cartas posteriores, se busca religiosamente, pero muy difícilmente se cumple. Dice, pues, en un lugar: "Pidamos este asiento: los secretos vecinos dan un retiro; donde mientras los erráticos deslizamientos de los sarmientos reptan con nexos colgantes por las cañas portadoras, han hecho un pórtico de vid cubierto de follaje" (Cipriano, Epístola 1 a Donato). Estas cosas no se dicen sino con una fecundidad de facundia maravillosamente abundante, pero por su excesiva profusión desagradan a la gravedad. Los que aman estas cosas, ciertamente piensan que aquellos que no hablan así, sino que hablan más castigadamente, no pueden hablar así, no que eviten estas cosas por juicio. Por lo tanto, este hombre santo mostró que podía hablar así, porque lo dijo en algún lugar, y que no quería, porque después en ninguna parte.

CAPÍTULO XV.---El doctor eclesiástico debe orar antes de la predicación.

32. Por lo tanto, este nuestro elocuente, cuando dice cosas justas, santas y buenas, pues no debe decir otras; actúa, pues, cuanto puede cuando dice estas cosas, para que se le escuche inteligentemente, con gusto, con obediencia: y no dude que puede hacerlo, si puede, y en cuanto pueda, más por la piedad de las oraciones que por la facultad de los oradores; para que orando por sí mismo, y por aquellos a quienes va a hablar, sea orador antes que dictor. Al acercarse ya a la hora de decir, antes de que exprese la lengua que profiere, eleve su alma sedienta a Dios, para que eructe lo que ha bebido, o que vierta lo que ha llenado. Pues de cada cosa que debe tratarse según la fe y el amor, hay muchas cosas que se pueden decir, y muchos modos en que se pueden decir por aquellos que las saben; ¿quién sabe qué conviene decir en el momento presente, o qué conviene que se escuche por nosotros, sino aquel que ve los corazones de todos? y ¿quién hace que lo que conviene, y cómo conviene, sea dicho por nosotros, sino aquel en cuya mano estamos nosotros y nuestros discursos (Sabiduría VII, 16)? Por lo tanto, aprenda todo lo que debe enseñarse, quien quiere saber y enseñar; y adquiera la facultad de hablar, como conviene a un hombre eclesiástico: pero en la hora misma de la dicción, piense más bien que conviene a una buena mente lo que el Señor dijo: "No penséis cómo o qué hablaréis; porque se os dará en aquella hora qué hablaréis: porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo X, 19, 20). Si, pues, el Espíritu Santo habla en aquellos que son entregados a los perseguidores por Cristo, ¿por qué no también en aquellos que entregan a los que aprenden a Cristo?

CAPÍTULO XVI.---Los preceptos de enseñanza no se dan en vano por el hombre, aunque Dios hace a los doctores.

33. Sin embargo, quien diga que no se debe ordenar a los hombres qué o cómo enseñar, ya que el Espíritu Santo hace a los maestros, podría también decir que no debemos orar, porque el Señor dijo: "Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis" (Mateo 6, 8); o que el apóstol Pablo no debió ordenar a Timoteo y Tito qué o cómo debían instruir a otros. Quien tiene el papel de maestro en la Iglesia debe tener ante sus ojos estas tres Epístolas apostólicas. ¿Acaso no se lee en la primera a Timoteo: "Anuncia estas cosas y enséñalas" (1 Timoteo 4, 11)? ¿No está allí: "No reprendas al anciano, sino exhortalo como a un padre" (1 Timoteo 5, 1)? ¿No se le dice en la segunda: "Conserva el modelo de las sanas palabras que oíste de mí" (2 Timoteo 1, 13)? ¿No se le dice allí: "Esfuézate por presentarte a Dios como un obrero aprobado, que no tiene de qué avergonzarse, que maneja correctamente la palabra de verdad" (2 Timoteo 2, 15)? También está aquello: "Predica la palabra, insiste a tiempo y a

destiempo; reprende, exhorta, reprende con toda paciencia y doctrina" (2 Timoteo 4, 2). Asimismo, a Tito, ¿no dice que el obispo debe ser firme en la doctrina fiel, "para que sea capaz de exhortar con sana doctrina y refutar a los que contradicen" (Tito 1, 9)? Allí también dice: "Pero tú habla lo que conviene a la sana doctrina, que los ancianos sean sobrios" (Tito 2, 1-2), y lo que sigue. Allí también: "Habla estas cosas, exhorta y reprende con toda autoridad. Que nadie te desprecie" (Tito 2, 15). "Recuérdales que estén sujetos a los gobernantes y autoridades" (Tito 3, 1), etc. ¿Qué pensamos entonces? ¿Acaso el Apóstol se contradice a sí mismo, quien dice que los maestros son hechos por la operación del Espíritu Santo, y él mismo les ordena qué y cómo deben enseñar? ¿O debemos entender que, incluso con la ayuda del Espíritu Santo, no deben cesar los deberes humanos en la enseñanza de los mismos maestros; y sin embargo, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (1 Corintios 3, 7)? Por lo tanto, incluso con la ayuda de ministros santos, ya sean hombres santos o ángeles santos, nadie aprende correctamente lo que pertenece a vivir con Dios, a menos que sea hecho por Dios para ser enseñado por Dios, a quien se dice en el Salmo: "Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios" (Salmo 143, 10). Por eso el mismo apóstol dice a Timoteo, hablando como maestro a su discípulo: "Pero tú persevera en lo que has aprendido y te ha sido confiado, sabiendo de quién lo aprendiste" (2 Timoteo 3, 14). Así como los medicamentos corporales, que son aplicados por hombres a hombres, solo benefician a aquellos a quienes Dios obra la salud, quien también puede sanar sin ellos, ya que sin Él no pueden, y sin embargo se aplican; y si esto se hace con diligencia, se cuenta entre las obras de misericordia o beneficencia: así también los auxilios de la doctrina benefician al alma cuando son aplicados por el hombre, cuando Dios obra para que beneficien, quien pudo dar el Evangelio al hombre, incluso no por hombres, ni a través de hombre.

CAPÍTULO XVII.---El triple género de discurso para enseñar, deleitar y persuadir.

34. Por lo tanto, quien se esfuerza en persuadir con su discurso lo que es bueno, sin despreciar ninguno de estos tres aspectos, a saber, enseñar, deleitar y persuadir; debe orar y actuar para que, como dijimos antes, sea escuchado con inteligencia, disposición y obediencia. Cuando lo hace de manera adecuada y conveniente, no sin razón puede ser llamado elocuente, incluso si no sigue el asentimiento del oyente. A estos tres, es decir, enseñar, deleitar y persuadir, parece referirse también el mismo autor romano de la elocuencia, cuando dijo: "Será elocuente quien pueda hablar de cosas pequeñas con modestia, de medianas con moderación, y de grandes con grandeza" (Cicerón, de Oratore): como si añadiera también esos tres, y así explicara una misma sentencia diciendo. Será, por tanto, elocuente quien, para enseñar, pueda hablar de cosas pequeñas con modestia; para deleitar, de medianas con moderación; para persuadir, de grandes con grandeza.

CAPÍTULO XVIII.---El orador eclesiástico siempre se ocupa de materia grande.

35. Estos tres aspectos, como fueron dichos por él, podrían mostrarse en causas forenses; pero no aquí, es decir, en cuestiones eclesiásticas, en las que se mueve el discurso con el que queremos instruir. En aquellas, se dicen pequeñas las cosas donde se juzga sobre asuntos pecuniarios; grandes, donde se juzga sobre la salvación y la vida de los hombres: y aquellas donde no se juzga nada de esto, ni se actúa para que se actúe o se decida, sino solo para deleitar al oyente, se consideran intermedias, y por eso moderadas, es decir, moderadas. Pues el término "modica" proviene de "modus": ya que decimos "modica" por pequeñas de manera impropia, no propiamente. En nuestras cuestiones, dado que todo, especialmente lo que decimos desde un lugar elevado al pueblo, debe referirse a la salvación de los hombres, no temporal, sino eterna, donde también debe evitarse la perdición eterna, todo lo que decimos

es grande; tanto que ni siquiera las cosas pecuniarias, ya sea que se adquieran o se pierdan, deben parecer pequeñas cuando el doctor eclesiástico habla de ellas, ya sea que se trate de una gran cantidad de dinero o de una pequeña. Pues no es pequeña la justicia, que ciertamente debemos guardar incluso en pequeñas cantidades de dinero, como dice el Señor: "El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel" (Lucas 16, 10). Lo que es mínimo, es mínimo; pero ser fiel en lo mínimo, es grande. Pues así como la razón de la redondez, es decir, que desde un punto medio todas las líneas se extienden iguales hasta el extremo, es la misma en un gran disco que en una pequeña moneda; así donde se manejan pequeñas cosas con justicia, no se disminuye la grandeza de la justicia.

36. Finalmente, sobre los juicios seculares (¿acaso no son pecuniarios?) cuando el Apóstol hablaba: "¿Se atreve alguno de vosotros, teniendo un asunto contra otro, a ser juzgado por los injustos, y no por los santos? ¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas mínimas? ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles, cuánto más las cosas de esta vida? Si, pues, tenéis juicios sobre cosas de esta vida, poned para juzgar a los que son de menor estima en la iglesia. Para vergüenza vuestra lo digo. ¿Así que no hay entre vosotros sabio, ni uno que pueda juzgar entre sus hermanos? Sino que el hermano con el hermano pleitea, y esto ante los incrédulos. Ya es una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados? Pero vosotros hacéis el agravio, y defraudáis, y esto a los hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?" (1 Corintios 6, 1-9). ¿Por qué se indigna tanto el Apóstol, por qué reprende, por qué reprocha, por qué increpa, por qué amenaza? ¿Por qué manifiesta el afecto de su alma con un cambio tan frecuente y áspero de voz? ¿Por qué, finalmente, habla tan grandemente de cosas mínimas? ¿Acaso los asuntos seculares merecieron tanto de él? De ninguna manera. Pero lo hace por la justicia, la caridad, la piedad, que, sin duda alguna en una mente sobria, son grandes incluso en las cosas más pequeñas.

37. Ciertamente, si aconsejáramos a los hombres cómo deberían llevar sus asuntos seculares, ya sea por sí mismos o por sus allegados, ante jueces eclesiásticos, correctamente les aconsejaríamos que los llevaran como cosas pequeñas, con modestia: pero cuando hablamos del discurso de aquel hombre, a quien queremos que sea maestro de aquellas cosas por las cuales somos liberados de los males eternos y llegamos a los bienes eternos; dondequiera que se traten estas cosas, ya sea al pueblo o en privado, ya sea a uno o a muchos, ya sea a amigos o enemigos, ya sea en discurso continuo o en conversación, ya sea en tratados o en libros, ya sea en cartas larguísimas o brevísimas, son grandes. A menos que, porque un vaso de agua fría es la cosa más pequeña y vil, por eso el Señor dijo algo mínimo y vil, que quien lo dé a un discípulo suyo, no perderá su recompensa (Mateo 10, 42): o cuando este doctor en la Iglesia hace un discurso sobre ello, ¿debe considerar que está diciendo algo pequeño; y por eso no debe hablar con moderación, ni con grandeza, sino con modestia? ¿Acaso cuando sucedió que hablamos de esto al pueblo, y Dios asistió para que no habláramos incongruentemente, no surgió de esa agua fría una especie de llama (2 Macabeos 1, 32), que incluso encendió los corazones fríos de los hombres para realizar obras de misericordia, con la esperanza de una recompensa celestial?

CAPÍTULO XIX.---Usar diferentes géneros de discurso según la ocasión.

38. Y sin embargo, aunque este doctor debe ser un orador de grandes cosas, no siempre debe decirlas con grandeza, sino con modestia, cuando se enseña algo; con moderación, cuando se reprende o se alaba algo: pero cuando se debe hacer algo, y hablamos a aquellos que deben hacerlo, pero no quieren, entonces las cosas que son grandes deben decirse con grandeza, y

de manera adecuada para persuadir los ánimos. Y a veces sobre una misma cosa grande, se dice con modestia, si se enseña; y con moderación, si se predica; y con grandeza, si el ánimo alejado de ella debe ser impulsado a convertirse. ¿Qué hay más grande que Dios mismo? ¿Acaso por eso no se aprende? ¿O quien enseña la unidad de la Trinidad, debe hacerlo sino con un discurso modesto, para que la cosa difícil de discernir, en cuanto se pueda, pueda ser entendida? ¿Acaso aquí se buscan adornos, y no documentos? ¿Acaso el oyente debe ser persuadido para que actúe, y no más bien instruido para que aprenda? Pero cuando se alaba a Dios, ya sea por sí mismo o por sus obras, ¡cuán grande es la belleza y esplendor del discurso que surge para quien puede alabar, en cuanto puede, a quien nadie alaba adecuadamente, nadie de ninguna manera no alaba! Pero si no se le adora, o si se adoran ídolos, o demonios, o cualquier criatura con él o antes que él; cuán grande es este mal, y para que los hombres se aparten de este mal, debe decirse ciertamente con grandeza.

CAPÍTULO XX.---Ejemplos de las Sagradas Escrituras, primero, de discurso modesto; luego moderado; finalmente, grandioso: estos tres de las Epístolas de Pablo.

39. Un ejemplo de discurso modesto está en el apóstol Pablo, para mencionar algo más claro, donde dice: "Decidme, los que queréis estar bajo la Ley, ¿no habéis oído la Ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre; pero el de la esclava nació según la carne, y el de la libre, por la promesa: lo cual es una alegoría. Porque estas son dos alianzas: una, ciertamente, del monte Sinaí, que engendra para esclavitud, que es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros" (Gálatas 4, 21-26), etc. También donde razona, y dice: "Hermanos, hablo en términos humanos: un testamento, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida ni le añade. Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas y a su descendencia. No dice: Y a las descendencias, como si hablara de muchos, sino como de uno solo: Y a tu descendencia, que es Cristo. Esto, pues, digo: el testamento previamente ratificado por Dios, la Ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa. Y porque podría surgir en la mente del oyente la pregunta: ¿Por qué, entonces, se dio la Ley, si no es por ella la herencia? él mismo se lo plantea, y dice como preguntando: "¿Qué, pues, la Ley?" Luego responde: "Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la descendencia a quien fue hecha la promesa, ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador. Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno. Y aquí surgía la objeción que él mismo se plantea: "¿Es, pues, la Ley contraria a las promesas de Dios?" Y responde: "De ninguna manera; porque si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, entonces la justicia sería verdaderamente por la ley. Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes" (Gálatas 3, 15-22); o si hay algo similar. Por lo tanto, pertenece al cuidado de enseñar no solo abrir lo cerrado y desatar los nudos de las cuestiones; sino también, mientras se hace esto, anticipar otras cuestiones que puedan surgir, para que lo que decimos no sea refutado o desaprobado por ellas: si, sin embargo, la solución de ellas también se presenta, para no plantear lo que no podemos resolver. Sucede que cuando una cuestión incidental trae otras cuestiones, y otras nuevamente a las incidentales, se tratan y resuelven, la intención se extiende en tal longitud de razonamiento, que a menos que la memoria sea muy fuerte y vigorosa, el disputador no puede regresar al principio de donde se trataba. Sin embargo, es muy bueno que cualquier cosa que pueda ser contradicha, si surge, sea refutada; para que no surja donde no haya quien responda; o que surja ante un presente, pero silencioso, y se retire menos sanado.

40. En aquellas palabras apostólicas, el discurso es moderado: "No reprendas al anciano, sino exhortalo como a un padre, a los jóvenes como a hermanos, a las ancianas como a madres, a las jóvenes como a hermanas" (1 Timoteo 5, 1-2). Y en aquellas: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios". Y casi todo ese pasaje de exhortación tiene un género de elocución moderado: donde son más bellas aquellas en las que las propias cosas se devuelven a las propias como si fueran deudas, de manera adecuada, como es: "Teniendo dones diferentes según la gracia que nos es dada; si es profecía, úsese conforme a la medida de la fe; si es ministerio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, hágalo con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría. El amor sea sin fingimiento; aborreciendo lo malo, adhiriéndose a lo bueno: amándoos los unos a los otros con amor fraternal, en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros, en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. Unánimes entre vosotros" (Romanos 12, 1, 6-16). Y cuán bellamente todas estas cosas, así derramadas, se cierran con un circuito bimembre: "No seáis sabios en vuestra propia opinión, sino asociándoos con los humildes". Y un poco después: "En esto mismo perseverad, pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honor, honor". Que, derramados en miembros, también se cierran con un circuito que dos miembros tejen: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros". Y poco después: "La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidias; sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne" (Romanos 13, 6-8, 12-14). Si alguien dijera así: "Y no proveáis para los deseos de la carne"; sin duda, la clausula más numerosa deleitaría los oídos: pero el intérprete más serio prefirió mantener el orden de las palabras. Cómo suena esto en el discurso griego, en el que habló el Apóstol, que lo vean los más doctos en ese discurso hasta estos puntos: sin embargo, lo que nos ha sido interpretado en el mismo orden de palabras, tampoco allí parece correr numeroso.

41. Ciertamente, este ornamento de elocución, que se hace con clausulas numerosas, se debe admitir que falta en nuestros autores. Lo cual, si se hizo a través de los intérpretes, o (lo que más creo) deliberadamente evitaron estas cosas plausibles, no me atrevo a afirmar, ya que confieso que lo ignoro. Sin embargo, sé que si alguien experto en esta numeración compone sus clausulas según la ley de esos mismos números, lo cual se hace muy fácilmente cambiando algunas palabras, que valen lo mismo en significado, o cambiando el orden de las que encontró; no encontrará que a esos hombres divinos les faltó nada de lo que aprendió como grande en las escuelas de gramáticos o retóricos: y encontrará muchos géneros de locución de tal decoro, que son decorosos tanto en nuestro idioma, pero especialmente en el suyo, de los cuales ninguno se encuentra en esas letras de las que estos se enorgullecen. Pero se debe tener cuidado de que a las sentencias divinas y graves, al añadir número, no se les quite peso. Pues esa disciplina musical, donde se aprende plenamente este número, no faltó en absoluto a nuestros Profetas, de modo que el doctísimo Jerónimo menciona incluso algunos metros, al menos en la lengua hebrea (Jerónimo, en el prólogo sobre Job): cuya verdad, para conservarla en las palabras, no las trasladó de allí. Pero para hablar de mi propio sentido, que me es más conocido que a otros y que el de otros, así como en mi elocución, en cuanto modestamente creo, no paso por alto estos números de clausulas; así en nuestros autores me agrada más que allí los encuentro raramente.

42. El gran estilo de oratoria se distingue principalmente del estilo moderado en que no está adornado tanto con ornamentos verbales, sino que es violento en sus afectos del alma. Pues también puede incluir casi todos esos adornos; pero si no los tiene, no los necesita. Se lleva por su propio ímpetu, y la belleza de la elocución, si se presenta, la arrastra por la fuerza de las cosas, no la asume por el cuidado del decoro. Le basta, por lo que se trata, que las palabras sean congruentes, no elegidas por la industria del orador, sino que sigan el ardor del pecho. Pues si un hombre valiente es armado con hierro dorado y engastado de gemas, muy concentrado en la batalla, actúa con esas armas no porque sean preciosas, sino porque son armas: sin embargo, es el mismo y tiene mucho valor, incluso cuando la ira le hace buscar un arma. El Apóstol actúa para que, por el ministerio evangélico, se soporten pacientemente los males de este tiempo, con el consuelo de los dones de Dios. Es una gran cosa, y se lleva a cabo grandiosamente, y no faltan los adornos de la oratoria: "He aquí", dice, "ahora es el tiempo aceptable, he aquí ahora es el día de salvación. No dando en nada ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea censurado; sino en todo recomendándonos a nosotros mismos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor no fingido, en palabra de verdad, en poder de Dios: por armas de justicia a diestra y a siniestra, por honra y por deshonor, por mala fama y por buena fama; como engañadores, y veraces; como desconocidos, y bien conocidos; como moribundos, y he aquí vivimos; como castigados, y no muertos; como tristes, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo. Ved aún ardiente: 'Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado' (II Cor. VI, 2-11), y lo demás, que sería largo de seguir.

43. Asimismo, a los Romanos les exhorta a que las persecuciones de este mundo sean vencidas con amor, con la esperanza cierta en la ayuda de Dios. Y lo hace grandiosamente y con ornato: "Sabemos", dice, "que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo Jesús es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: 'Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero' (Salmo XLIII, 22). Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. VIII, 28-39).

44. A los Gálatas, aunque toda la Epístola está escrita en un estilo de oratoria sumiso, excepto en las partes finales donde el discurso es moderado; sin embargo, introduce un pasaje con tal movimiento del alma, que sin ninguno de esos adornos, como los que acabamos de mencionar, no podría decirse sino grandiosamente. "Observáis días, y meses, y tiempos, y

años. Temo por vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros. Sed como yo, porque yo también soy como vosotros: hermanos, os ruego; no me habéis ofendido en nada. Sabéis que por causa de una enfermedad de la carne os anuncié el evangelio al principio, y no despreciasteis ni desechasteis la prueba que tenía en mi carne, sino que me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¿Dónde está, pues, aquella satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que, si hubieseis podido, os hubierais sacado los ojos para dármelos. ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad? Tienen celo por vosotros, pero no para bien; sino que quieren apartaros, para que tengáis celo por ellos. Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros. Quisiera estar ahora con vosotros y cambiar de tono, porque estoy perplejo en cuanto a vosotros" (Gal. IV, 10-20). ¿Acaso aquí las palabras se han devuelto contrarias a las contrarias, o están unidas por alguna gradación, o han sonado en períodos y miembros? Y sin embargo, no por eso ha enfriado el gran afecto, con el que sentimos que el discurso hierve.

CAPÍTULO XXI.---Se toman ejemplos de estos tres géneros de dicción de los doctores eclesiásticos, a saber, Cipriano y Ambrosio.

45. Pero estas cosas apostólicas son tan claras, que también son profundas; y están escritas y confiadas a la memoria de tal manera, que no solo necesitan de un lector o un oyente, sino también de un expositor, si alguien no se contenta con la superficie y busca la profundidad en ellas. Por lo tanto, veamos estos géneros de oratoria en aquellos que, mediante la lectura de estos, han progresado en el conocimiento de las cosas divinas y saludables, y lo han ministrado a la Iglesia. El beato Cipriano utiliza un estilo de oratoria sumiso en el libro donde discute sobre el Sacramento del cáliz. Allí se resuelve una cuestión, en la que se pregunta si el cáliz del Señor debe contener solo agua, o mezclada con vino. Pero, a modo de ejemplo, se debe poner algo de allí. Después del principio de la epístola, comenzando ya a resolver la cuestión propuesta: "Debes saber que se nos ha advertido que en la ofrenda del cáliz se observe la tradición del Señor, y que no hagamos otra cosa que lo que el Señor hizo primero por nosotros, para que el cáliz que se ofrece en conmemoración de Él, se ofrezca mezclado con vino. Pues cuando Cristo dice: 'Yo soy la vid verdadera' (Juan XV, 5); la sangre de Cristo, ciertamente, no es agua, sino vino; y no puede parecer que su sangre, por la cual fuimos redimidos y vivificados, esté en el cáliz, cuando falta el vino en el cáliz, por el cual se muestra la sangre de Cristo; que se proclama por el sacramento y testimonio de todas las Escrituras. Encontramos en el Génesis que esto mismo se anticipó en el sacramento de Noé, y que allí existió una figura de la pasión del Señor, porque bebió vino, porque se embriagó, porque fue descubierto en su casa, porque estaba recostado con los muslos desnudos y expuestos; porque esa desnudez del padre fue señalada por el hijo del medio; pero cubierta por el mayor y el menor (Gén. IX, 20-23), y las demás cosas que no es necesario seguir, ya que basta con abarcar solo esto, que Noé, mostrando el tipo de la futura verdad, no bebió agua sino vino; y así expresó la imagen de la pasión del Señor. Asimismo, en el sacerdote Melquisedec vemos prefigurado el Sacramento del Señor, según lo que testifica la Escritura divina, y dice: 'Y Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino. Era sacerdote del Dios Altísimo, y bendijo a Abraham' (Gén. XIV, 18). Que Melquisedec portara el tipo de Cristo, lo declara el Espíritu Santo en los Salmos, diciendo desde la persona del Padre al Hijo: 'Antes del lucero te engendré. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec' (Salmo CIX, 4). Estas y otras cosas que siguen en esta epístola mantienen el modo de dicción sumiso, lo cual es fácil de explorar para los lectores.

46. También el santo Ambrosio, cuando trata un gran asunto sobre el Espíritu Santo, para demostrar que es igual al Padre y al Hijo, utiliza un estilo de oratoria sumiso; ya que el asunto emprendido no requiere ornamentos verbales, ni afectos de conmoción para mover los ánimos, sino documentos de las cosas. Por lo tanto, entre otras cosas, al principio de esta obra dice: "Conmovido por el oráculo, Gedeón, cuando escuchó que, aunque faltaran miles de personas, el Señor liberaría a su pueblo de los enemigos en un solo hombre, ofreció un cabrito, cuya carne, según el mandato del ángel, y los panes sin levadura puso sobre la roca, y los roció con caldo: que tan pronto como el ángel de Dios tocó con la punta de la vara que llevaba, salió fuego de la roca, y así el sacrificio que se ofrecía fue consumido (Jueces VI, 11-21). Con esta señal parece haberse declarado que esa roca tenía el tipo del cuerpo de Cristo; porque está escrito: 'Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo' (I Cor. X, 4). Lo cual, sin duda, no se refiere a su divinidad, sino a la carne, que inundó los corazones sedientos de los pueblos con el río perenne de su sangre. Ya entonces, en el misterio, se declaró que el Señor Jesús en su carne aboliría crucificado los pecados de todo el mundo, no solo las faltas de los hechos, sino también los deseos de las almas. Pues la carne del cabrito se refiere a la culpa del hecho; el caldo a las seducciones de los deseos, como está escrito: 'Porque el pueblo codició un deseo malo, y dijeron: ¿Quién nos dará carne para comer?' (Núm. XI, 4). Lo que, por tanto, el ángel extendió la vara y tocó la roca, de la cual salió fuego, muestra que la carne del Señor, llena del Espíritu divino, quemaría todos los pecados de la condición humana. Por eso también el Señor dice: 'Fuego vine a traer a la tierra' (Lucas XII, 49); y las demás cosas, en las que se centra principalmente en enseñar y probar el asunto (Ambros. lib. 1 de Spiritu sancto, en prologo).

47. Del género moderado es en Cipriano aquella alabanza de la virginidad: "Ahora nuestro discurso es para las vírgenes, cuya gloria es tanto más sublime, cuanto mayor es el cuidado. Es la flor de la descendencia eclesiástica, el decoro y ornamento de la gracia espiritual, la alegre disposición de la alabanza y el honor, una obra íntegra e incorrupta, la imagen de Dios que responde a la santidad del Señor, la porción más ilustre del rebaño de Cristo. Se regocija por ellas, y en ellas florece abundantemente la gloriosa fecundidad de la madre Iglesia: y cuanto más gloriosa es la virginidad al aumentar su número, tanto más crece el gozo de la madre. Y en otro lugar al final de la epístola: 'Así como llevamos', dice, 'la imagen del que es de polvo, llevemos también la imagen del que es del cielo' (I Cor. XV, 49). Esta imagen la lleva la virginidad, la lleva la integridad, la lleva la santidad y la verdad; la llevan los que recuerdan las disciplinas de Dios, reteniendo la justicia con religión, estables en la fe, humildes en el temor, fuertes para toda tolerancia, mansos para soportar injurias, fáciles para hacer misericordia, unánimes y concordes en la paz fraterna. Estas cosas, oh buenas vírgenes, debéis observar, amar y cumplir, vosotras que, dedicadas a Dios y a Cristo, precedéis al Señor a quien os habéis consagrado, con una parte mayor y mejor. Las avanzadas en años, enseñad a las más jóvenes; las menores, servid a las mayores, sed un estímulo para las iguales; animaos mutuamente con exhortaciones, provocad a la gloria con ejemplos de virtud; perseverad con fortaleza, avanzad espiritualmente, llegad felizmente; solo recordadnos entonces, cuando vuestra virginidad comience a ser honrada" (Cipriano, Tratado sobre la disciplina y el hábito de las Vírgenes).

48. También Ambrosio, con un estilo de oratoria moderado y adornado, propone a las vírgenes profesas, como bajo la forma de un ejemplo, lo que deben imitar en sus costumbres, y dice: "Era virgen, no solo de cuerpo, sino también de mente, que no adulteraba con ningún engaño su sincero afecto: humilde de corazón, grave en palabras, prudente de ánimo, parca en hablar, estudiosa en leer; no poniendo su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en la oración del pobre; atenta al trabajo, modesta en el hablar; acostumbrada a buscar no al

hombre, sino a Dios como juez de su mente; no ofender a nadie, desear el bien a todos; levantarse ante los mayores, no envidiar a los iguales; huir de la jactancia, seguir la razón, amar la virtud. ¿Cuándo ofendió con su rostro a sus padres? ¿Cuándo discrepó de sus parientes? ¿Cuándo despreció al humilde? ¿Cuándo se rió del débil? ¿Cuándo evitó al necesitado? Acostumbrada a visitar solo a aquellos grupos de hombres que la misericordia no avergonzaría, ni la modestia pasaría por alto. Nada severo en sus ojos, nada insolente en sus palabras, nada desvergonzado en su actuar; no un gesto más relajado, no un paso más suelto, no una voz más petulante, de modo que la misma apariencia del cuerpo fuera una imagen de su mente, y una figura de probidad. Pues una buena casa debe ser reconocida en el mismo vestíbulo, y desde la primera entrada mostrar que no hay oscuridad oculta dentro, como si la luz de las lámparas colocadas dentro brillara afuera. ¿Qué diré de la parquedad en los alimentos, de la abundancia de deberes; lo uno casi excediendo la naturaleza, lo otro casi faltando a la misma naturaleza? Allí no se interrumpían los tiempos, aquí los días se duplicaban con ayuno; y si alguna vez surgía la voluntad de reponerse, el alimento era a menudo el que evitaba la muerte, no el que proporcionaba delicias" (Ambrosio, de *Virginibus*, lib. 2, en principio), etc. Pero he puesto esto como ejemplo de este género moderado, porque aquí no se trata de que las que aún no han hecho voto de virginidad lo hagan; sino de cómo deben ser las que ya están consagradas. Pues para que el ánimo emprenda tal y tan grande propósito, debe ser excitado y encendido con un gran estilo de oratoria. Pero el mártir Cipriano escribió sobre el hábito de las vírgenes, no sobre la asunción del propósito de la virginidad. Este obispo, sin embargo, también las incita a esto con gran elocuencia.

49. Pero de lo que ambos trataron, recordaré ejemplos de dicción grandiosa. Ambos, de hecho, se lanzaron contra aquellas que colorean, o más bien decoloran, su forma con pigmentos: de los cuales el primero, cuando trataba esto, dijo entre otras cosas: "Si algún artista pintor hubiera representado el rostro y la figura de alguien, y la calidad del cuerpo con un color imitador; y ya formado el simulacro, y terminado, otra mano interviniera para reformar lo ya formado y pintado, como si fuera más hábil, sería considerada una grave injuria al primer artista y una justa indignación. ¿Te crees que vas a llevar impunemente la audacia de una temeridad tan impropia, la ofensa al artista divino? Pues para que no seas impúdica entre los hombres, y no seas incestuosa con los halagos de la luz, al corromper y violar lo que es de Dios, te detienes como una peor adúltera. Lo que crees que te adorna, lo que crees que te embellece, es un ataque a la obra divina, es una transgresión de la verdad. La voz del Apóstol que advierte es: 'Limpiad la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois sin levadura. Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con los panes sin levadura de sinceridad y verdad' (I Cor. V, 7, 8). ¿Acaso persevera la sinceridad y la verdad, cuando lo que es sincero se contamina, y con los adulterios de los colores, y con los engaños de los cosméticos, lo verdadero se transforma en mentira? Tu Señor dice: 'No puedes hacer un cabello blanco o negro' (Mat. V, 36); y tú, para vencer la voz de tu Señor, quieres ser más poderosa. Con audaz intento y sacrílego desprecio tiñes tus cabellos; con mal presagio de lo que vendrá, ya te auguras cabellos flamígeros" (Cipriano, Tratado sobre la disciplina y el hábito de las Vírgenes). Es largo insertar todo lo que sigue.

50. Pero el posterior, para hablar contra tales, dice: "De aquí nacen esos incentivos de vicios, para que con colores buscados pinten sus rostros, mientras temen desagradar a los hombres, y meditan el adulterio del rostro para el adulterio de la castidad. ¡Cuánta es esta locura, cambiar la imagen de la naturaleza, buscar la pintura; y mientras temen el juicio marital, traicionar el suyo! Pues primero pronuncia sobre sí misma, la que desea cambiar lo que nació: así,

mientras desea agradar a otro, primero se desagrada a sí misma. ¿Qué juez, mujer, buscaremos más verdadero de tu deformidad que tú misma, que temes ser vista? Si eres hermosa, ¿por qué te escondes? Si eres fea, ¿por qué mientes que eres hermosa, sin tener el favor de tu conciencia, ni el favor del error ajeno? Pues él ama a otra, tú quieres agradar a otro: y te enojas si ama a otra, quien es enseñado a adular en ti. Mala maestra eres de tu injuria. Pues incluso la que ha sufrido un proxeneta, se niega a ser proxeneta; y aunque sea una mujer vil, no peca para otro, sino para sí misma. Casi son más tolerables los crímenes en el adulterio: pues allí se adúltera la castidad, aquí la naturaleza" (Ambrosio, de Virginibus, lib. 1). Creo que es suficiente para mostrar que las mujeres, para no adular su forma con cosméticos, son fuertemente impulsadas a la modestia y al temor con esta elocuencia. Por lo tanto, no reconocemos aquí un género de dicción sumiso ni moderado, sino completamente grandioso. Y en estos dos que he querido proponer de entre todos, y en otros hombres eclesiásticos que hablan bien, y bien, es decir, como lo requiere el asunto, agudamente, con ornato, y ardientemente, a través de muchos de sus escritos o discursos, se pueden encontrar estos tres géneros, y con la lectura o audición continua, mezclada también con la práctica, pueden arraigar en los estudiantes.

CAPÍTULO XXII.---La dicción debe variarse con todos los géneros.

51. Y que nadie piense que es fuera de la disciplina mezclar estas cosas: al contrario, en cuanto sea posible hacerlo de manera congruente, la dicción debe variarse con todos los géneros. Pues cuando es prolija en un solo género, retiene menos al oyente. Pero cuando se hace una transición de uno a otro, aunque vaya más lejos, el discurso procede más decorosamente: aunque cada género tiene sus propias variedades en el discurso de los elocuentes, por las cuales no se permite que en los sentidos de los que escuchan se enfríe o se entibie. Sin embargo, el estilo sumiso solo puede tolerarse más tiempo que el estilo grandioso solo. Pues cuanto más debe excitarse la conmoción del ánimo para que el oyente nos asienta, tanto menos puede mantenerse en ella por mucho tiempo, una vez que ha sido excitada lo suficiente. Y por eso se debe tener cuidado de que, mientras queremos elevar más lo que ya está elevado, no caiga también de donde fue llevado por la excitación. Pero interponiendo lo que debe decirse más sumisamente, se vuelve bien a lo que es necesario decir grandiosamente, para que el ímpetu de la dicción alterne como la marea del mar. De lo cual se sigue que el gran género de dicción, si debe decirse por más tiempo, no debe ser solo, sino variado con la interposición de otros géneros: sin embargo, se atribuye toda la dicción a ese género cuya abundancia prevalece.

CAPUT XXIII.---Cómo mezclar los estilos de dicción.

52. Es importante qué estilo se intercala o se aplica a otro en lugares específicos y necesarios. En el estilo grandioso, por ejemplo, siempre o casi siempre conviene que los inicios sean moderados. Y está en el poder del elocuente decir algunas cosas de manera sumisa, incluso aquellas que podrían decirse grandiosamente; de modo que lo que se dice grandiosamente se haga más grandioso en comparación con aquellas, y se vuelva más luminoso como si fueran sombras. Sin embargo, en cualquier estilo donde se deben resolver ciertos nudos de cuestiones, se necesita agudeza, que el estilo sumiso reclama propiamente para sí. Por lo tanto, este estilo debe usarse también en los otros dos estilos cuando se presentan tales situaciones: como alabar o vituperar algo, donde no se requiere la condena o liberación de alguien, ni la aprobación para cualquier acción, en cualquier otro estilo que ocurra, se debe aplicar e intercalar el estilo moderado. En el estilo grandioso, por lo tanto, los otros dos encuentran su lugar, y de manera similar en el sumiso. Sin embargo, el estilo moderado no

siempre, pero a veces necesita del sumiso, si, como dije, surge una cuestión cuyo nudo debe resolverse; o cuando algunas cosas que podrían adornarse no se adornan, sino que se dicen con un discurso sumiso, para que ofrezcan un lugar más prominente a ciertos adornos. El estilo grandioso no requiere una dicción moderada: se adopta para deleitar las mentes, no para moverlas.

CAPUT XXIV.---Qué logra el estilo sublime de dicción.

53. No es cierto que si al que habla se le aclama con frecuencia y vehemencia, por eso debe considerarse que habla grandiosamente: esto también lo logran las agudezas del estilo sumiso y los adornos del moderado. El estilo grandioso a menudo oprime las voces con su peso, pero exprime lágrimas. Por ejemplo, cuando en Cesarea de Mauritania disuadía al pueblo de una lucha civil, o más bien más que civil, que llamaban Caterva; pues no solo ciudadanos, sino también parientes, hermanos, finalmente padres e hijos, divididos en dos partes, luchaban entre sí con piedras durante varios días consecutivos, en un tiempo del año solemnemente, y cada uno mataba al que podía: hablé grandiosamente, tanto como pude, para arrancar y expulsar de sus corazones y costumbres ese mal tan cruel y arraigado; sin embargo, no creí haber logrado algo cuando los escuché aclamar, sino cuando los vi llorar. Pues indicaban que se les enseñaba y deleitaba con las aclamaciones, pero se conmovían con las lágrimas. Cuando las vi, creí que esa costumbre inhumana, transmitida por padres y abuelos, y por antepasados lejanos, que hostilmente ocupaba, o más bien poseía, sus corazones, estaba vencida, antes de que lo mostraran en la realidad. Y tan pronto como terminé el discurso, volví los corazones y las bocas a dar gracias a Dios. Y he aquí que ya casi ocho años o más han pasado, con la gracia de Cristo, desde que allí no se ha intentado nada similar. Hay también muchas otras experiencias por las cuales hemos aprendido que los hombres han mostrado lo que ha hecho en ellos la grandeza sabia de la dicción, no tanto con clamor como con gemido, a veces incluso con lágrimas, y finalmente con un cambio de vida.

54. También con el estilo sumiso de dicción muchos han sido cambiados: pero para que supieran lo que no sabían, o creyeran lo que les parecía increíble; no para que hicieran lo que ya sabían que debían hacer y no querían hacer. Para doblar tal dureza, se debe hablar grandiosamente. Pues tanto las alabanzas como las vituperaciones, cuando se dicen elocuentemente, aunque sean en un estilo moderado, afectan a algunos de tal manera que no solo se deleitan con la elocuencia en las alabanzas y vituperaciones, sino que también desean vivir de manera loable y evitar vivir de manera vituperable. Pero, ¿acaso todos los que se deleitan se transforman, como en el estilo grandioso todos los que se conmueven actúan; y en el estilo sumiso todos los que son enseñados saben, o creen que es verdad lo que no saben?

CAPUT XXV.---A qué fin debe referirse el estilo moderado de dicción.

55. De donde se deduce que lo que esos dos estilos intentan lograr, es lo más necesario para aquellos que desean hablar sabiamente y elocuentemente. Sin embargo, lo que se hace en un estilo moderado, es decir, para que la elocuencia misma deleite, no debe usarse por sí mismo; sino para que a las cosas que se dicen útil y honestamente, si no necesitan un discurso que enseñe ni que mueva, porque tienen oyentes que ya saben y están de acuerdo, se les adhiera con más prontitud o más firmemente el consentimiento debido al deleite mismo de la elocución. Pues aunque el oficio universal de la elocuencia, en cualquiera de estos tres estilos, es hablar adecuadamente para la persuasión; el fin, sin embargo, es persuadir diciendo lo que se intenta. En cualquiera de estos tres estilos, el elocuente habla adecuadamente para la persuasión, pero si no persuade, no alcanza el fin de la elocuencia. Persuade en el estilo sumiso que lo que dice es verdadero; persuade en el grandioso que se hagan las cosas que ya

se saben que deben hacerse y no se hacen; persuade en el estilo moderado que habla bellamente y con ornato: ¿qué necesidad tenemos de este fin? Que lo busquen aquellos que se glorían en su lengua y se jactan en panegíricos y discursos similares, donde no hay que enseñar ni mover a hacer algo, sino solo deleitar al oyente. Nosotros, sin embargo, referimos este fin a otro fin, para que lo que queremos lograr cuando hablamos grandiosamente, también lo queramos con este, es decir, que se amen las buenas costumbres o se eviten las malas; si los hombres no están tan alejados de esta acción que parezcan necesitar ser urgidos con un estilo grandioso de dicción: o, si ya lo hacen, que lo hagan con más diligencia y perseveren firmemente en ello. Así se hace que incluso con el ornato del estilo moderado, no usemos jactanciosamente, sino prudentemente: no contentos con su fin, que solo deleita al oyente; sino haciendo más bien que incluso con él se ayude al bien que queremos persuadir.

CAPUT XXVI.---En cada estilo de dicción, el orador debe procurar ser escuchado inteligentemente, con agrado y obediencia.

56. Por lo tanto, aquellos tres puntos que mencionamos antes, que quien habla sabiamente, si también quiere hablar elocuentemente, debe procurar que se le escuche inteligentemente, con agrado y con obediencia, no deben entenderse de tal manera que se atribuyan individualmente a esos tres estilos de dicción, como si escuchar inteligentemente perteneciera al sumiso, escuchar con agrado al moderado, y escuchar con obediencia al grandioso; sino más bien de tal manera que siempre busque estos tres, y tanto como pueda, los logre, incluso cuando se mueve en cada uno de ellos. Pues no queremos ser despreciados, incluso cuando hablamos sumisamente; y por lo tanto queremos ser escuchados no solo inteligentemente, sino también con agrado. ¿Y qué hacemos al enseñar con testimonios divinos lo que decimos, sino procurar ser escuchados con obediencia, es decir, que se crea en ellos, con la ayuda de aquel a quien se dijo, Tus testimonios han sido muy creídos (Sal. XCII, 5)? ¿Qué desea también sino que se le crea, quien narra algo, aunque sea con elocuencia sumisa, a los que están aprendiendo? ¿Y quién querría escucharlo, si no retiene al oyente con alguna suavidad? Pues si no se le entiende, ¿quién no sabe que no puede ser escuchado ni con agrado ni con obediencia? Sin embargo, a menudo la misma dicción sumisa, al resolver las cuestiones más difíciles, y demostrar con una manifestación inesperada; al extraer y mostrar sentencias agudísimas de no sé qué cavernas, de donde no se esperaba; al convencer del error al adversario, y enseñar que es falso lo que parecía invencible dicho por él; especialmente cuando tiene un cierto decoro no buscado, sino de alguna manera natural, y cierta numeración de cláusulas no jactanciosa, sino casi necesaria, y, por así decirlo, extorsionada por las mismas cosas; excita tales aclamaciones, que apenas se entiende que es sumisa. Pues no porque no avanza adornada, ni armada, sino que se enfrenta como desnuda, por eso no golpea al adversario con nervios y músculos; y derriba y destruye la falsedad que se opone con miembros fortísimos. ¿De dónde, entonces, se aclama con frecuencia y mucho a quienes hablan así, sino porque la verdad demostrada de esta manera, defendida así, invicta así, deleita? Y en este género sumiso, nuestro doctor y orador debe procurar que no solo se le escuche inteligentemente, sino también con agrado y obediencia.

57. También esa elocuencia del género moderado en el elocuente eclesiástico, no se deja sin adornar, ni se adorna indecentemente: ni solo busca deleitar, que es lo único que profesa entre otros; sino que también en lo que alaba o vitupera, en lo que se debe buscar o mantener firmemente, y en lo que se debe evitar o rechazar, quiere ser escuchado con obediencia. Si no se le escucha inteligentemente, tampoco puede ser escuchado con agrado. Por lo tanto, esos tres puntos, que los oyentes entiendan, que se deleiten, que obedezcan, también deben buscarse en este género, donde la delectación tiene el principado.

58. Ahora bien, cuando es necesario mover y doblar al oyente con un estilo grandioso (lo cual es necesario cuando se confiesa que se dice verazmente y con suavidad, y sin embargo no se quiere hacer lo que se dice), sin duda se debe hablar grandiosamente. Pero, ¿quién se mueve si no sabe lo que se dice? ¿O quién se mantiene escuchando si no se deleita? Por lo tanto, en este género, donde el corazón duro debe ser doblado a la obediencia con la grandeza de la dicción, a menos que quien habla sea escuchado inteligentemente y con agrado, no puede ser escuchado con obediencia.

CAPUT XXVII.---Se escucha con más obediencia a quien vive conforme a su discurso.

59. Sin embargo, para ser escuchado con obediencia, la vida del que habla tiene más peso que cualquier grandeza de dicción. Pues quien habla sabiamente y elocuentemente, pero vive mal, instruye a muchos que desean aprender, aunque sea inútil para su propia alma (Ecli. XXXVII, 22), como está escrito. Por eso también el Apóstol dice: Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es anunciado (Filip. I, 18). Cristo es la verdad, y sin embargo, la verdad puede ser anunciada incluso no por verdad: es decir, que con un corazón malo y engañoso, se prediquen cosas rectas y verdaderas. Así se anuncia Jesucristo por aquellos que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo. Pero como los buenos fieles no escuchan a cualquier hombre, sino al mismo Señor con obediencia, quien dice, Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen; porque dicen y no hacen; por eso se escuchan útilmente, aunque no actúen útilmente. Pues buscan lo suyo, pero no se atreven a enseñar lo suyo, desde el lugar superior de la sede eclesiástica, que la sana doctrina establece. Por eso el mismo Señor, antes de decir lo que mencioné sobre tales personas, dijo: En la cátedra de Moisés se sentaron (Mat. XXIII, 2, 3). Por lo tanto, esa cátedra, no de ellos sino de Moisés, los obligaba a decir cosas buenas, aunque no las hicieran. Así que hacían lo suyo en su vida; pero la cátedra ajena no les permitía enseñar lo suyo.

60. Muchos, por lo tanto, benefician diciendo lo que no hacen; pero beneficiarían a muchos más haciendo lo que dicen. Pues abundan quienes buscan la defensa de su mala vida en sus propios superiores y maestros, respondiendo en su corazón, o incluso si se atreven a decirlo, con su boca, y diciendo: ¿Por qué me mandas lo que tú mismo no haces? Así sucede que no escuchan con obediencia a quien no se escucha a sí mismo, y desprecian la palabra de Dios que se les predica junto con el mismo predicador. Por eso el Apóstol, escribiendo a Timoteo, después de decir, Que nadie desprecie tu juventud; añadió cómo no ser despreciado, y dijo: Sé ejemplo de los fieles en palabra, en conducta, en amor, en fe, en castidad (1 Tim. IV, 12).

CAPUT XXVIII.---Debe buscarse la verdad más que las palabras. Qué significa contender con palabras.

61. Tal doctor, para ser escuchado con obediencia, no habla impúdicamente no solo sumisamente y moderadamente, sino también grandiosamente, porque no vive despreciablemente. Así elige una buena vida, que tampoco descuida una buena fama, sino que provee cosas buenas ante Dios y los hombres (II Cor. VIII, 21), tanto como puede, temiéndole a Él, y aconsejando a ellos. En el mismo discurso, prefiere agradar con las cosas que con las palabras; y no considera que se dice mejor, a menos que se diga más verdaderamente; ni el doctor debe servir a las palabras, sino las palabras al doctor. Esto es lo que el Apóstol dice: No en sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo (I Cor. I, 17). Esto también se aplica a lo que dice a Timoteo: No contiendas con palabras; porque no es útil, sino para subversión de los oyentes (II Tim. II, 14). Pues esto no se dijo para que no digamos nada por la verdad a los adversarios que la atacan. ¿Y dónde quedará lo que, al mostrar cómo debe ser un obispo, dice entre otras cosas: Que sea capaz de exhortar con sana doctrina y convencer a los que contradicen (Tit. I, 9)? Contender con palabras es no

preocuparse de cómo el error sea vencido por la verdad, sino de cómo tu discurso sea preferido al de otro. Pero quien no contiene con palabras, ya sea que hable sumisamente, moderadamente o grandiosamente, busca con sus palabras que la verdad se manifieste, que la verdad agrade, que la verdad mueva; porque ni siquiera la caridad, que es el fin del precepto y la plenitud de la Ley (I Tim. I, 5; y Rom. XIII, 10), puede ser recta si las cosas que se aman no son verdaderas, sino falsas. Así como quien tiene un cuerpo hermoso y un alma deforme, es más digno de lástima que si tuviera un cuerpo deforme; así quienes dicen elocuentemente cosas falsas, son más dignos de compasión que si dijeran tales cosas de manera deforme. ¿Qué es, entonces, no solo hablar elocuentemente, sino también sabiamente, sino aplicar palabras en el estilo sumiso suficientes, en el moderado brillantes, en el grandioso vehementes, a cosas verdaderas que deben ser escuchadas? Pero quien no puede ambas cosas, que diga sabiamente lo que no dice elocuentemente, más bien que diga elocuentemente lo que dice insensatamente.

CAPUT XXIX.---No se debe culpar al eclesiástico que toma un discurso elocuente escrito por otro para pronunciarlo.

Si, sin embargo, ni siquiera puede hacer esto, que viva de tal manera que no solo se gane una recompensa para sí mismo, sino que también ofrezca un ejemplo a otros, y que su abundancia de palabras sea una forma de vida.

62. Hay ciertamente algunos que pueden pronunciar bien, pero no pueden idear qué pronunciar. Si toman de otros un discurso elocuente y sabiamente escrito, lo memorizan y lo presentan al pueblo; si asumen ese papel, no actúan de manera impropia. Pues así, lo cual es ciertamente útil, muchos se convierten en predicadores de la verdad, pero no muchos maestros, si todos dicen lo mismo de un solo verdadero maestro, y no hay divisiones entre ellos (I Cor. I, 10). No deben ser disuadidos por la voz del profeta Jeremías, por quien Dios reprende a aquellos que roban sus palabras, cada uno de su prójimo (Jer. XXIII, 30). Pues quienes roban, toman lo ajeno; pero la palabra de Dios no es ajena a aquellos que le obedecen: más bien, aquel dice cosas ajenas, quien, aunque hable bien, vive mal. Pues cualesquiera cosas buenas que diga, parecen ser ideadas por su ingenio, pero son ajenas a sus costumbres. Dios, por lo tanto, dijo que roban sus palabras aquellos que quieren parecer buenos, diciendo lo que es de Dios; cuando son malos, haciendo lo que es suyo. Sin embargo, ciertamente no dicen cosas buenas quienes dicen, si prestas atención. ¿Cómo pueden decir con palabras lo que niegan con hechos? Pues no en vano dice el Apóstol sobre tales personas: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tit. I, 16). De modo que, de alguna manera, ellos mismos dicen, y de otra manera no dicen, porque ambos son verdaderos lo que dice la Verdad. Hablando de tales personas, lo que dicen, dice, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis; esto es, lo que escucháis de su boca, haced; lo que veis en su obra, no lo hagáis: porque dicen, dice, y no hacen (Mat. XXIII, 3). Por lo tanto, aunque no hagan, dicen. Pero en otro lugar, reprendiendo a tales personas: Hipócritas, dice, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? (Id. XII, 34). Y por lo tanto, lo que dicen, cuando dicen cosas buenas, no lo dicen ellos mismos, negándolo con su voluntad y obra. De ahí que suceda que un hombre elocuente y malo, componga un discurso para que sea dicho por otro que no es elocuente pero sí bueno, en el que se predique la verdad; cuando esto sucede, él mismo entrega lo ajeno de sí mismo, y aquel toma lo suyo de lo ajeno. Pero cuando los buenos fieles prestan este servicio a otros buenos fieles, ambos dicen lo suyo: porque Dios es de ellos, de quien son aquellas cosas que dicen; y hacen suyas aquellas cosas que no pudieron componer, quienes viven de manera compuesta según ellas.

CAPUT XXX.---El predicador debe preceder su discurso con una oración a Dios.

63. Ya sea que esté a punto de hablar ante el pueblo o ante cualquier audiencia, o que esté a punto de dictar lo que se dirá ante el pueblo o será leído por quienes quieran o puedan; que ore para que Dios ponga una buena palabra en su boca. Pues si la reina Esther oró, para hablar ante el rey por la salvación temporal de su pueblo, para que Dios pusiera en su boca un discurso adecuado (Esther. XIV, 13); cuánto más debe orar quien trabaja en palabra y doctrina por la salvación eterna de los hombres para recibir tal don. Aquellos que van a decir lo que han recibido de otros, deben orar antes de recibirlo, por aquellos de quienes lo reciben, para que se les dé lo que desean recibir a través de ellos; y cuando lo hayan recibido, deben orar para que ellos mismos lo presenten bien, y aquellos a quienes lo presentan lo reciban; y deben dar gracias por el buen resultado del discurso al mismo de quien no dudan haberlo recibido: para que quien se gloria, se gloríe en aquel en cuya mano estamos nosotros y nuestras palabras (Sap. VII, 16).

CAPUT XXXI---Excusa la prolijidad del libro.

64. Este libro ha resultado más extenso de lo que deseaba y de lo que había pensado. Sin embargo, para el que lo lee o escucha con agrado, no es largo; pero para quien le parece extenso, que lo lea por partes, si desea conocerlo; y quien no tiene interés en su conocimiento, que no se queje de su longitud. No obstante, doy gracias a nuestro Dios, porque en estos cuatro libros no he discutido sobre cómo soy yo, a quien le faltan muchas cosas, sino sobre cómo debe ser aquel que, en la doctrina sana, es decir, cristiana, se esfuerza por trabajar no solo para sí mismo, sino también para los demás, con la poca capacidad que he podido.